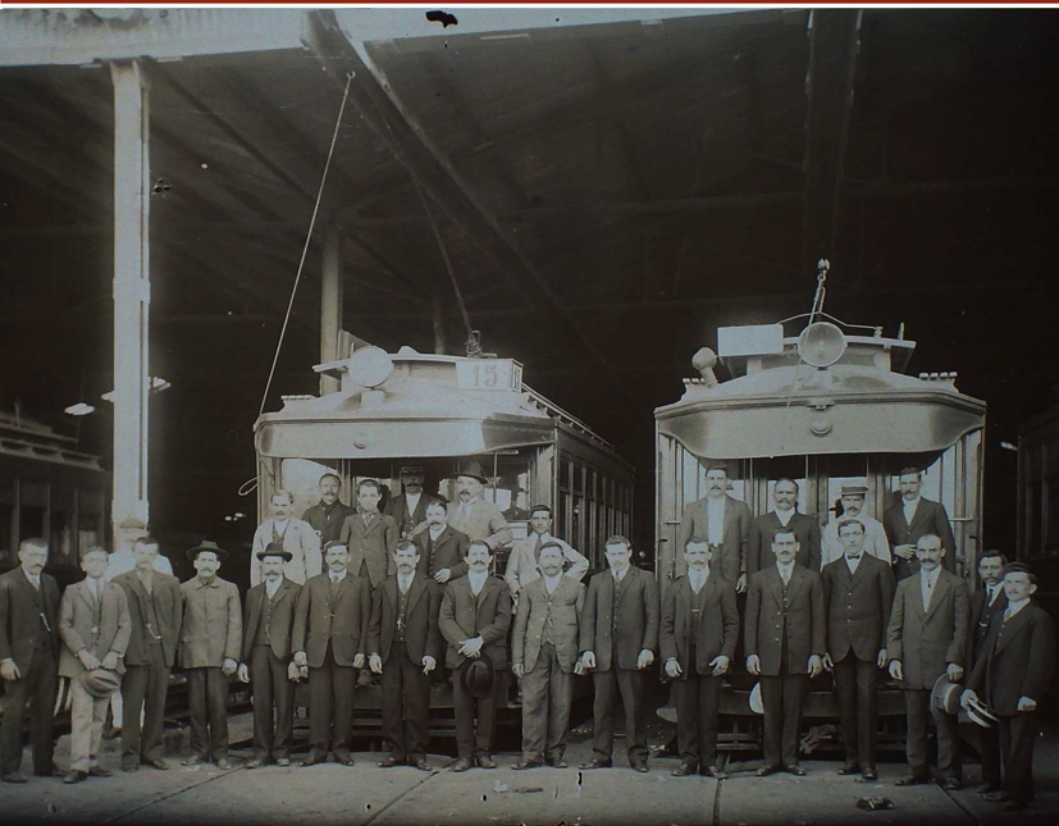


# *Aquel Castellano que buscó las Américas*



Carmelo Rubio de la Iglesia

Carmelo Rubio de la Iglesia

*Aquel Castellano  
que buscó las Américas*

A Isabel, mi mujer  
y a mis hijos, Mercedes, Silvia y Carlos



## PROLOGO

Los castellanos no representaron mayoritariamente la emigración a tierras americanas como lo hicieron, por ejemplo, los gallegos. Por eso cuesta un poco entender cómo Mariano, tan joven, muy trabajador, sin estudios, casi analfabeto, pero con un gran corazón y unos sentimientos intachables, tuvo esa inquietud viviendo en una tierra de interior. Él conversó largas horas con un vecino de un pueblo cercano que había regresado de Argentina hacía poco tiempo, informándole bien que le había ido y la pequeña fortuna lograda.

Esto le llevó a pensar y dar vueltas a la cabeza: ¿por qué él no podía hacer lo mismo y aspirar a una vida mejor, no sólo para él, sino también para ayudar a sus padres?

La vida del campo era muy esclava en la primera década del siglo XX. Se vivía de lo que se cultivaba, sin ningún tipo de maquinaria, solamente los brazos, unas rudimentarias herramientas y la ayuda de los pocos animales que cuidaban. Había que trabajar de sol a sol y el tiempo no solía acompañar; cuando no caía el pedrisco eran las fuertes heladas, la sequía o el exceso de lluvia, etc. y en un pueblo tan pequeño, se carecía

hasta de lo más esencial. Se comía de lo que el campo y los animales producían. Allí Mariano no encontraba aliciente de superación.

Fue madurando la idea de emigrar en busca de esas «Américas» y por fin se dispuso a llevar a cabo tan arriesgada aventura.

No a todos los emigrantes les sonrió la fortuna. Hubo quienes, a pesar de trabajar mucho, solamente alcanzaron ingresos para sobrevivir, formaron una familia, pero no pudieron volver a España. De otros, se dejó de recibir noticias. Pero Mariano, bien por su carácter, por las ganas de aprender, por esforzarse al máximo en su trabajo, dando más de lo que le pedían, dispuesto siempre a ayudar a sus compañeros o porque tuvo la suerte de encontrar a personas que le apoyaron en los momentos críticos, lo mismo en el viaje que en su estancia en Buenos Aires, logró ese sueño y pudo regresar al pueblo con un dinero tan esencial y con unos proyectos de futuro, que cambiarían su vida.

Se casó y tuvo unos hijos que también vivieron del campo, ¡pero qué distinto! Pues lo hicieron con los medios más modernos y una economía desahogada, lo que permitía que los nietos tuvieran estudios.

Cuando ya era mayor, en esas largas noches de invierno, o en las tardes de primavera, paseando por el campo con su nieto, que siempre le acompañaba, le iba contando todas las aventuras que había pasado y el niño, ya mayorcito y muy inteligente, no perdía detalle y si el abuelo callaba unos momentos rápidamente decía: ¿Qué le pasó después? y Mariano continuaba con su relato.

De afortunado se ha de calificar el conocer, al cabo de los años, a José, su nieto, y con la amistad que hicimos, un día me contó la historia de su abuelo Mariano, al que siempre recordaba con verdadero cariño y me quedé admirado oyéndole ¡una vida sorprendente!

Aquel hombre que nunca había salido del pueblo; que sólo conocía las noticias del exterior por los comentarios de la taberna del lugar y sin ningún otro conocimiento, demostró un arrojo y un afán de superación que me admiraron en tal medida que no pude por menos de escribir esta novela, basándome en su relato, pues algo teníamos en común José y yo: los dos nacimos y vivimos nuestros primeros años en un pueblecito pequeño y los dos conocimos cómo era la vida en el campo.

En ella he plasmado esos años, los medios con que contaban, las costumbres y tradiciones y espero que con su lectura os haga retroceder en la imaginación unas cuantas décadas; los mayores para recordarlo y los jóvenes para conocerlo.

El autor





## *Marmolejo de Arriba, 1927*

Eleuterio, el cartero, entreabrió el cuarterón de la puerta, al tiempo que llamaba con voz alta para que le oyera la Juana. A pesar de la hora temprana y la crudeza de aquel día de otoño, cercano a la Navidad, el puchero ya hervía a borbotones levantando la tapadera impulsada por la presión del vapor. Como tardaba un poco en salir, Eleuterio gritó: *!Juanaaaa!* a la vez que golpeaba con la mano la puerta.

Del llar colgaba la lata repleta de hojas de llanta, patatas, remolacha... El engorde de los cerdos formaba parte de la subsistencia y representaba uno de los principales recursos alimenticios para las gentes del campo.

Estas fulgurantes imágenes, estampas tan bucólicas, cruzarían con vértigo el espacio narrativo sin entorpecer la respuesta de Juana que, terminando de abrocharse la toquilla, con voz firme exclamó: *¡Ya voy!* mientras se dirigía hacia la calle.

Eleuterio saludó con los *¡buenos días, Juana!* a la vez que le mostraba una carta que venía certificada a nombre de su esposo. Con dificultad puso la firma que certificaba haber recibido la misma. Juana dejó la carta en la sala, volviendo de

nuevo a la cocina para avivar el fuego y añadir algunos condimentos al puchero.

Mariano regresaba, como cada día, al atardecer. La yunta, con paso taciturno, tiraba del carro y solamente rompía el silencio algún descompasado chirrido de las ruedas. Ya se intuían las escasas y tenues luces del pueblo. Ausente de casa desde el amanecer, Mariano retornaba a su hogar para compartir el descanso con su mujer. Tan pronto Juana se apercebó de la llegada de su esposo, encendió el farol de aceite para que viera meter los aperos. Ambos compartieron una mirada de cariño. La cena les esperaba.. Desuncidos, los animales atravesarían el portal sin titubeos caminando hacia la cuadra en busca del instintivo pesebre.

La noche ya cubría los tejados de aquel pueblecito de la vieja Castilla, atalaya y vigía, en otro tiempo, de un convento romano. Casas de piedra y adobe, ventanas pequeñas, tejados profusos que cobijaban las balconadas de madera y, esbeltas, sobresalían las chimeneas cónicas, denominadas pinariegas, como una prolongación de la cocina de campana.

Esta habitación de la casa, comúnmente cuadrada, representaba el lugar donde se desarrollaba la vida. El hogar, adosado a una de las paredes y sobre el que se hacía lumbre, levantaba unos centímetros del suelo. Ocupando dos de los lados, unos bancos corridos de madera, con respaldos, permitían disfrutar del calor, dejando que la mente divagara con el color boreal de las llamas. Aquí se comía, discurrían los momentos de convivencia, se comentaban, ¿por qué no decirlo?, los pequeños chismorreos del lugar. A un metro más o menos de altura unas repisas sostenían las teas encendidas que iluminaban el recinto.

Volviendo a la vida real, Juana le preguntó: *¿Qué tal has pasado el día? Un poco de frío al comienzo de la mañana pero, con el paso de las horas y el ejercicio del trabajo, ya se entra en calor*, respondió.

Mariano, despojándose de la boina, ocupó el asiento de costumbre a la par que preguntaba a su mujer cómo había transcurrido la jornada.

*¡Ah! Se me olvidaba*, replicó ésta y marchó hacia la sala donde había dejado la carta. Volvió con ella en la mano y se la entregó a Mariano. *Toma, añadió, esta carta que muy de mañana ha traído el cartero*. El marido, sin parpadear, con la mirada fija en el remitente frunció el ceño, la cogió y comenzó a abrirla por la parte más estrecha arrancando en forma de pizco el papel del sobre al tiempo que la sostenía con los dedos índice y pulgar. La escritura a mano, con un trazo seguro, seguía las líneas pautadas del papel. Terminada de leer con mucha dificultad, de nuevo la metió en el sobre, salió a dejarla y volvió a sentarse, pensativo, a cenar.

*¿Quién escribe?*, le preguntó Juana. *Se me pasó el decírtelo*, respondió Mariano. *Sí, la tía Primitiva. Dice que el gobierno de Cuba les ha confiscado los bienes pero que se encuentran bien y manda recuerdos para nosotros y demás familia*. A pesar del esfuerzo por ocultarlo, en sus palabras se notaba incertidumbre y misterio. Terminada la cena se fueron a descansar pues había que madrugar. Pero Mariano no pudo dormir porque el contenido de la carta, en nada, coincidía con la explicación dada a su mujer. El país de procedencia era Buenos Aires (Argentina) y la tía Primitiva vivía en La Habana (Cuba).



## Capítulo I

### Mariano proyecta una nueva vida

Mas conviene saber que el pueblecito donde naciera Mariano, allá por el mil ochocientos noventa, contaba en aquellos momentos con una población de unos treinta vecinos. Al abrigo de una montaña se levantaban las casas formando grupos de manzanas de no más de dos alturas. La iglesia, de bóveda de cañón con algunos colaterales, cobijaba un altar mayor del más puro estilo barroco. Cual matrona romana, María, madre de Dios, ocupaba la hornacina central. Al lado opuesto del altar, próximo a la puerta de entrada, se levantaba una torre cuadrangular de mediana altura de cuyos arcos ojivales colgaban las políglotas campanas.

En la plaza mayor, la picota o rollo, de piedra circular, permanecía enhiesta como símbolo inequívoco de justicia e identificaba al pueblo con el rango de villa. Casa del pueblo, escuelas. A la orilla del camino, un poco alejadas del casco urbano y en sentido opuesto, las ermitas de San Roque y Santa Ana. Como adorno también de la plaza una fuente de aguas transparentes y el pilón donde abrevaban los animales. Dos caños de bronce echaban abundante agua procedente de un

inagotable manantial. Principalmente mujeres y niños acudían a llenar los cántaros y botijos de barro. El clima, con temperaturas extremas, respondía a los cortos y calurosos veranos y en sentido opuesto a los prolongados y gélidos inviernos. La agricultura, el pastoreo, algunos productos de los huertos, la leña y el mantenimiento de casas o corrales ocupaban al hombre la mayor parte de su tiempo.

Digno de admiración resultaba ver a las señoras, más bien mayores, cubierta la cabeza con pañuelo negro, doblado en esquina y anudado por debajo de la barbilla, cardando la lana de los vellones hasta convertirlos en voluminosos copos de nieve o etéreas nubecillas. Qué habilidad para lograr un hilo tan uniforme. El impulso circular ejercido con el huso conseguía una larga hebra de gran resistencia. Con ello la mujer confeccionaría, punto a punto, prendas de abrigo, jerséis, chalinas, calcetines etc.

También le pertenecía a la mujer cocer el pan cada tres semanas. Normalmente las familias tenían un horno e instrumentos apropiados para cerner, elaborar la masa, palas para meter y sacar las hogazas, calentar el horno y guardar la levadura para la siguiente hornada. De traer la leña se encargaba el marido.

Con un sentido de justicia se deberían resaltar las virtudes, casi heroicas, de las mujeres de los pueblos de Castilla, sin menoscabo de la grandeza y cualidades de cuantas pueblan otras regiones o países.

En aras a la brevedad y con la aportación inestimable del intuitivo lector, se han omitido numerosos comportamientos, que enaltecen por sí mismos, la entrega de la madre al cuidado

y educación de los hijos, los quehaceres domésticos y la vital ayuda en las labores del campo.

Juana, nacida también en un pueblecito de Castilla la Vieja, pedáneo de Marmolejo de Arriba, era la mayor de cuatro hermanas. De familia bien acomodada (numerosas tierras, principalmente de labranza, ganadería y rebaños) los padres de Juana gozaban a la vez de un gran prestigio y respeto de los ciudadanos. En la comarca, ante cualquier litigio o desavenencia el padre intervenía, a instancia de las partes, como hombre de razonamiento y concordia. Como hija mayor, sobre ella recaían responsabilidades y labores. Por ello, apenas pudo asistir a la escuela, resintiéndose su formación. Pero su innato nivel de inteligencia y más tarde su pundonor, hicieron que alcanzase un altísimo bagaje de conocimientos. Cada noche acudía con aquel maestro, don Gregorio, a clase de adultos y el progreso resultó milagroso. Aquella niña, ya una mujercita, esbelta y elegante en sus ademanes se mostraba muy reflexiva y segura en las palabras. Escasamente sonreía, aunque su mirada penetrante rebosaba amabilidad. Tez blanca, ojos marrones, pelo abundante de color negro, peinado hacia atrás y terminado en un moño. Sentía un especial cariño por su tierra de la que en contadas ocasiones se alejó.

Mariano vino al mundo cuatro años antes que Juana, en el pueblo citado. Sus padres vivían con estrechez debido a las pocas tierras habidas en propiedad y el alto precio que pagaban por las alquiladas o en aparcería. La vivienda apenas reunía las mínimas condiciones de dignidad. En las alcobas caían goteras y bajo aquel envejecido tejado se escondía la indigencia. Tanto para sus padres como para él apenas había comida.

En el ánimo de Mariano bullía, cada vez con mayor viveza, la idea de buscar otros mundos con nuevas oportunidades. En este joven con ligera formación, se traslucían, en cambio, elevadas dosis de inteligencia.

Años atrás, su tía Primitiva, que vino a pasar unos días en su pueblo, se llevó consigo a su hermana Aurora a La Habana (Cuba). Por el año mil ochocientos setenta Primitiva servía a una familia que residía en Madrid y por estas fechas marchó a Cuba donde se casó con un isleño teniendo como descendencia al menos dos hijas. Nadie debe extrañarse de la imprecisión de los datos, pues en aquellos tiempos las comunicaciones se movían con tanta lentitud e inseguridad que incluso se dio la circunstancia de marchar alguien a otros países y no volver a saber nada de él.

Mariano, de constitución más bien fuerte y estatura un poco baja, ojos azules, pelo grisáceo, se mostraba con los ademanes de un hombre bonachón y paciente. Se podía asegurar que contaba con infinitos recursos para resolver cualquier imprevisto.

La decisión de marcharse no ofrecía duda alguna. Pero dos motivos importantes le preocupaban de verdad: dejar solos a sus padres y reunir el dinero para el viaje. De lo segundo apenas se acordaba ya que contaba con algo insignificante pero confiaba en superarlo con sacrificio y fortaleza. Aquel año la cosecha se multiplicó con creces por lo que después de pagar las deudas, aún se pudieron vender algunas faneguillas. En cambio no le dejaba descansar el pensamiento de abandonar a sus padres tal como él lo interpretaba. Esta situación rompía todos sus proyectos y se sentía inmerso en el más profundo



desconcierto. Sólo imaginárselo le trasladaba a un mundo donde le faltaba el aire hasta producirle un ahogo real.

Curiosamente, apenas pasó la navidad, Don Antonio, el sacerdote de la parroquia, llamó a Mariano cuando salieron de la misa dominical. Bien es cierto que para este muchacho el sentido religioso no había calado muy hondo aunque el respeto a los demás formaba parte de sí mismo.

*¡Ven un momento!* le dijo el Sr. cura llamándole por su nombre.

Mariano con gesto sumiso se acercó.

*Ud. mande, Don Antonio,* a la vez que se descubría quitándose la boina.

El sacerdote le dio una palmadita y le rogó que se cubriera la cabeza.

*Mira, tú ya conoces la huerta,* le dijo, *y verás que la pared se ha rehundido en algunas partes. Me consta que tú lo sabes hacer muy bien por ello te pido que en cuanto puedas lo repares. Tan pronto lo termines, me dices cuánto sube y al instante te lo pago.*

Le faltó tiempo para terminar el trabajo y, por cierto, quedó maravilloso

Mariano, por vergüenza, no acudió a cobrar.

El tiempo se fue pasando y Don Antonio que había comprobado la precisión del trabajo se dijo para sí mismo: *de hoy no pasa el pagar el arreglo de la pared de piedra.*

Por casualidad Mariano, camino del corral, pasaba por delante de la casa del Sr. cura.

Don Antonio desde el balcón llamó a Mariano: *¡Oye, ven un momento. Empuja la puerta que está abierta!*

El muchacho sobrecogido entró en el portal y desde arriba oyo: *¡sube, sube Mariano! Ten cuidado que al entrar de la calle se ve poco.* Y a medida que ascendía por las escaleras las palabras de Don Antonio iban bajando de tono al encontrarse ambos más cerca.

El sacerdote le felicitó por la nueva pared al tiempo que se lo agradeció. Le cogió por el hombro y le dijo: *¿acaso no necesitas el dinero? Dime cuánto es y te lo pago.*

Mariano desconcertado por el trato tan familiar se echó a llorar, respondiéndole que no le debía nada, pero sí le pedía que le escuchara y le diera consejo.

Don Antonio le dio un apretón de manos y marchó hacia su despacho (una mesa muy sencilla, un crucifijo, una carpeta, una escribanía y el Breviarium Romanum, amén de varios tomos de teología y pláticas...), abrió alguno de los cajones y de un sobre cogió un dinero; volvió a cerrar el cajón y se acercó a la estantería y, abriendo la solapa de uno de los libros, sacó unos billetes. La vida sacerdotal le enseñó tantas y tantas cosas que ya poco le podía resultar nuevo pero la estampa del joven le llegó tan adentro que apenas le quedaban respuestas.

Ocultando la aflicción, don Antonio volvió del despacho y encontró a Mariano con la mirada hacia el suelo al tiempo que sollozaba. De manera intuitiva aquel hombre al servicio de Dios y de las almas elevó el tono de voz y con una cierta autoridad, sin matiz alguno de soberbia exclamó: *¡Mariano,*

*esto es tuyo!* al tiempo que le ponía el sobre en el bolsillo. *Te doy las gracias por la diligencia y el trabajo tan bien hecho. Si consideras que el importe es mayor, dímelo y yo sabré lo que tengo que hacer.*

*Y ahora dime en qué te puedo servir.*

Mariano no tenía respuestas. Un trato tan atento le dejó aturdido!. Sólo le quedaba la sinceridad. Aunque entrecortado el joven explicó el fundamento de su proyecto y la razón tan poderosa que se lo impedía.

Aquel sacerdote de unos cincuenta años, cuya mirada se entrecruzaba con la de Mariano y con verdadera atención, escuchó y comprendió lo vital que representaba para este mozo emprender nuevos caminos y en qué medida se sacrificaría abandonando el proyecto, si el separarse de sus padres significara un gran dolor para ellos.

*«Dejarás a tu padre y a tu madre» tal como lo refiere el Evangelio. Estas palabras, explicó el sacerdote, no deben interpretarse como un abandono hacia quienes te engendraron o te dieron el ser, sino que cada miembro de la familia ha de buscar nuevos horizontes sin negar la ayuda a los progenitores.*

Caló en Mariano la explicación recibida e inmediatamente pensó que una vez colocado y ganando un dinero bien podía enviar una cantidad a sus padres para que no les faltara de nada. Pero se adelantó el párroco cuando se comprometió a cuidar a sus padres como unos feligreses más, además de la aportación económica necesaria durante el tiempo que permaneciera ausente, con la firme condición de saldar la deuda cuando las ganancias se lo permitieran.

La lección nunca llegaría tan lejos. De vuelta hacia casa no dudó en fijar la fecha de partida. Sólo faltaba el conseguir algo de dinero para el viaje y la aceptación de sus padres. Tal cúmulo de sorpresas se agolpaban en su mente, con semejante confusión, que ni siquiera se acordó de abrir el sobre que le diera don Antonio.

Al sacar el dinero y ver tal cantidad, pensó que se trataba de una equivocación, por lo que corrió a casa del Sr. cura. La tarde había caído. En la casa de éste había luz. Llamó con el picaporte y respondió una voz: *¡Ya bajo!* Al instante sonó el giro de la llave y al verle don Antonio preguntó si ocurría algo. *Sí, al contar el dinero, le respondió, la cantidad sobrepasa en muchísimo el valor del trabajo al tiempo que le expresaba que esta ocupación le había servido de distracción, por lo que no le debía nada.*

*Mariano, estoy asombrado de tu honradez,* le dijo el párroco. *Vete a casa y no olvides que cuanto te he dado te pertenece. Ahora habla con tus padres del viaje y antes de partir vienes a despedirte. Yo también estaré con tus padres.*

Cuando uno se pregunta por el fundamento que hubiese despertado en Mariano emigrar a otros lugares en busca de la justa aspiración personal y económica, tal vez la llama pudiera haber surgido de la amistad con Arturo que tras largos años en Argentina, en la ciudad de Buenos Aires, de nuevo había regresado a su pueblo. El trabajo y el ahorro le proporcionaron justamente una posición de auténtico privilegio.

Al llegar Arturo al país de América la primera ocupación surgió en un taller mecánico, con la categoría de ayudante. En no mucho tiempo se ganaría la consideración de un trabajador cualificado alcanzando en poco tiempo la máxima especialidad como tornero.

Una vez en España, Arturo vino a su pueblo, no lejos de Marmolejo de Arriba, pueblo de Mariano. Entre ambos se estableció una relación laboral.

La casa de Arturo y su mujer, tiempo atrás un montón de escombros, hoy bien se podía catalogar de un palacio. Quien la hubiera visto derruida y llena de escombros, al contemplarla ahora se preguntaría si estaba equivocado o si sufría algún tipo de alucinación.

Y, en este cambio, Mariano sería el artífice de la maravilla. Arturo, habiendo visto los trabajos salidos de sus manos, no dudó en encomendarle la colocación de la piedra de su casa y no se equivocó.

Aunque si Mariano sobresalía por el virtuoso estilo en el manejo de la piedra y otras labores, lo que de verdad le hacía grande radicaba en su interior. Pequeño en estatura, inmenso en el espíritu, para quien el precio de las cosas radicaba en el compromiso, la respuesta de este muchacho no tenía parangón, todo el valor se basaba en el esfuerzo, en el bien hacer y en la fidelidad.

Para Arturo la marcha de Mariano le entristecía por perderle, a la vez que se preguntaba si él había fomentado inconscientemente tal decisión. Trastocar tal proyecto se podría calificar de egoísta pues la alegría de la victoria se alcanza tras haber superado la dureza de la batalla. La carrera de la vida, de

siempre, exigió del esfuerzo personal y la meta jamás se ha logrado con la salida sino con la llegada.

Para aquel muchacho los acontecimientos se aceleraron hasta el punto de que las dudas, más bien incertidumbres, quedaron disipadas.

En aquel pueblecito el paso del tiempo y las estaciones transcurrieron siempre al abrigo de la monotonía. Muy pocos desde su nacimiento hasta el final de la vida escaparían del peso de aquellas piedras cubiertas de musgo. Muy escasos, como Mariano, contaban con el privilegio de sentir tan de cerca la generosidad de otros semejantes, pero además, la realidad demostraba que la verdadera riqueza para muchos consistía no en tener sino en creerse menos pobres que otros.

El futuro que le esperaba a Mariano indudablemente iba a discurrir por caminos escabrosos, pero ahora, con la ilusión de un mañana feliz, la fuerza del destino arrollaría cuantas dificultades surgieran y al volver de nuevo, dejaría allí el recuerdo agradecido y encontraría a cuantas personas, le esperaran con cariño en Marmolejo de Arriba.

La fecha de partir ya estaba acordada. El párroco ya había visitado a los padres del joven y les había hecho los cargos. Sus palabras del amor a los hijos y el reconocimiento de su libertad, resultaron decisivos al decir que jamás se sintieran abandonados y que su hijo regresaría hecho un gran hombre. Aparentemente todo lo aceptaron, pero tengo la certeza que no lo comprendieron, especialmente su madre que permanecía en un completo silencio, con la mirada perdida.

Arturo también se comprometió a prestar ayuda a los padres de su amigo, si fuese preciso.

De esta manera, aquel hijo podía marcharse casi liberado de tan honda preocupación: el futuro de sus padres. Éstos, poco a poco, asumirían que la grandeza de unos padres dependía del grado de generosidad hacia los hijos.

Llegó el día de marchar. Siempre figuraría en su memoria aquel doce de marzo de 1910. El día anterior se había despedido de don Antonio.

*¡Mariano!* le dijo con voz firme al tiempo que le miraba fijamente: *Las despedidas siempre resultan dolorosas pero son necesarias para celebrar con júbilo el regreso. Vete, sí y que el mundo te llene de sabiduría aunque por nada cambies la limpieza de tu mente ni el calor de tu corazón. Te auguro el triunfo y si Dios quiere yo te estaré esperando para felicitarte.*

Mariano, ruborizado, sin fuerzas, se sentía desfallecer. Aquellas palabras no cayeron en terreno estéril. Darían su fruto.

Don Antonio, que había salido hacia el despacho, volvió y acompañó a Mariano hasta la puerta de la calle. Con un tono de bondad añadió que la amistad no necesita lazos porque también en la distancia está presente.

Cuando el Sr. cura pasó a su despacho comprobó que no tenía ni tan sólo una peseta. Se quedó cortado. Quería dar una propina especial a Mariano. Tan pronto como se despidió de él, fue a casa de un vecino, con el que tenía confianza, a pedirle un dinero.

*¿Cómo por aquí don Antonio?* le preguntó Cándido. *Pues mira* -apoyando el Sr. Cura la mano en la espalda del vecino-, le acercó hacia la puerta para más discreción hablándole en

voz baja, *necesito que me dejes un dinero, te lo devolveré lo antes posible*. Cándido no lo dudó. Se acercó en busca de su mujer que acababa de salir a casa de la vecina. Eulalia en compañía de su marido, saludó al párroco *¡buenas tardes nos de Dios! ¡Que así sea!* le respondió. Entraron en casa y al instante Eulalia volvió, le dio el dinero a su esposo y éste a su vez se lo entregó al Sr. cura. Al tiempo de recibirlo éste propuso hacer un recibo, a lo que el matrimonio, al unísono, exclamó *¡más faltaría! Ud. se lo lleva y si necesita más nos lo dice y cuando pueda nos lo devuelve. No padezca ni tenga prisa alguna*. A ello el sacerdote les dio las gracias repetidas veces y marchó a casa de los padres de Mariano a quienes les entregó para su hijo un dinero envuelto en un papel, despidiéndose hasta otro momento porque tenía un poco de prisa.

El muchacho, que había ido a decir adiós a Arturo y su esposa, volvió un poco tarde. En la soledad del camino, ya de vuelta, le venían a la imaginación tantas estampas vividas recientemente y algunas imágenes, casi en relieve, iluminadas por destellos, pasaron por su mente.

A pesar del aparente mundo de fantasía, el joven reflexivo y juicioso, analizó cuanto estaba sucediendo y, admirado, descubrió valores que, aunque ocultos, siempre existieron.

Recorrió las escenas de la niñez, de la adolescencia y de la mocedad y encontró que, pasado por el tamiz de su juicio, la desconfianza no era digna de fiar, que el engaño envilece, que la falsedad solamente sirve de alimento a la baja ruindad y que daba gracias porque la vida le había enseñado a respetar, a cumplir con su palabra y convivir con honestidad.

Otra universidad donde se impartían lecciones de convivencia popular tenía como sede la cantina. Casi todos los



vecinos del pueblo en algún momento del día, principalmente de la noche, se acercaban a tomar un vaso de vino. No podía faltar la charla, algún chascarrillo contado con gracia o el miente de alguien.

Claro que el comentario de aquellos días se centraba en Mariano y su marcha al extranjero. Unos le catalogaban de héroe, otros, en cambio, de irresponsable. Había pareceres de todos los colores. Lo verdaderamente maravilloso tenía una lectura unánime, el que todos los vecinos del pueblo le miraban con simpatía. El riesgo e incertidumbre de su futuro rompió la monotonía despertando hacia Mariano un afecto popular.

Por la mañana, mucho antes del amanecer, el muchacho y su padre recorrieron el camino que les condujo hasta la diligencia, cuya llegada a la Casa de Postas «El Valle», tendría lugar allá al alba. El trayecto, un tanto largo, discurría por lugares escabrosos: tramos carreteros con extremas dificultades, sendas de arrieros de una estrechez tal que se corría el riesgo de caer al vacío. El tiempo empleado en el recorrido superó las cinco horas con un problema añadido, la noche, y además cerrada por la niebla.

Padre e hijo, a pie, uno al lado del otro, apenas hablaron, pues llevaban el corazón encogido. Un poco antes de salir a campo abierto, pinar a ambos lados, no habría pasado más de una hora desde que salieron del pueblo... ¡qué horror! de repente se echó sobre Andrés y Mariano un jinete que gritaba ¡los ladrones! ¡los ladrones! al tiempo que con algún objeto golpeó a la mula. Ésta saltó de tal manera que hizo que el ladrón cayera de su caballo. Cual fantasma, el

asaltador consiguió subir a la montura y huir.

El terror se adueñó de sus mentes dejando helada la sangre de los cuerpos.

Aunque despacio, el desconcierto fue desapareciendo. Y, desde ese momento sus sentidos pusieron en guardia todos los recursos para no verse sorprendidos. Mientras, continuaban andando, pues la diligencia llegaba a una hora fija; Andrés rememorando los pasos anteriores dijo: *¿No recuerdas, hijo, que la «Sevillana», así se llamaba la mula, poco antes del asalto, levantó las orejas al tiempo que rebuznó?* Está más que demostrado que los animales cuentan con unos sentidos más agudos que el hombre. Pero lo cierto es que no reconocieron al asaltador.

Aquella noche quedaría en el recuerdo con letras de fuego. ¿Cómo se podrían imaginar, padre e hijo que en una fecha tan memorable algún ser humano intentara violar la tristeza con la sorpresa y el robo?

Al paisaje, casi imperceptible, le adornaban tierras de sementera, intercaladas con zonas de coníferas, pinos negrales. Lentamente se fue ganando la ladera hasta alcanzar la cima. Lajas de caliza, sabinas, carrascas, relieves rocosos o la oscuridad de una profunda sima. Llaneando largo trecho por la loma, al fin se dio vista al valle y muy a lo lejos se intuían las casonas de Postas.

Los corazones de padre e hijo, tal como se acercaba la hora de tener que separarse, latían a mayor ritmo y la tristeza se adueñaba de aquellos dos seres. Y ¿cómo se podría calificar el silencio y resignación de la madre que aguantaba el dolor agudo que se siente al dejar un hijo el hogar; Al día siguiente, al lla-

marle para que fuese a trabajar *¡Mariano que ya es la hora!* no respondería. El pensar dónde pararía y qué estaría haciendo y no poderle ayudar, la hundían hasta perder físicamente las fuerzas mientras le caían lágrimas amargas por las mejillas.

Al fin llegamos a la estación de diligencias. Una tenue y medrosa llama acogía a los viajeros. Empujaron uno de los portones entreabiertos. Entraron no sin haber bajado la maleta de la «Sevillana». Atado con cuerda y hecho con maderas, este pequeño cajón solamente contenía algunas mudas de ropa interior, pantalones, camisas, jerséis, algo de matanza curada y unos retratos de sus padres.

El poco dinero, envuelto con un trozo de papel y a buen recaudo lo llevaba consigo mismo en un bolsillo. Otra pequeña cantidad, fácil de sacar, la tenía en un lugar más sencillo. Para entrar al edificio dos enormes portones de madera un tanto carcomidos, se sujetaban a la pared por robustos goznes. Dentro, un amplísimo portal y dos ventanas protegidas por un enrejado metálico. Del techo colgaba un farol de hojalata y, pegados a la pared, unos bancos largos de madera. En frente de la entrada una puerta de madera daba acceso a una espaciosa cocina con un amplio hogar en el que aún humeaba la leña, un recipiente con agua caliente y unas velas para iluminar la estancia.

Una persona de mediana edad cruzó el salón. En la mano derecha sostenía alguna herramienta y al vernos, sin detenerse dijo *¿dónde van los hombres? ¿los dos van de viaje?* Y, sin mediar respuesta, auguró que seguramente el carruaje llegaría más tarde.

Poco más de la hora prevista llegó la diligencia. Dos viajeros ocupaban sus respectivos asientos. El cobrador preguntó

*¿cuántos van? Yo solamente,* respondió Mariano. *¿Hasta dónde?* continuó preguntando. *Hasta el final. ¿cuántos bultos lleva? Una maleta,* le dijo al tiempo que se la mostraba. Enseguida el cobrador le dio el billete con el precio. El muchacho se echó mano al bolsillo y se lo pagó.

¡Qué duras las despedidas! Al tiempo de salir Andrés se abrazó a su hijo y besándole en la mejilla, comenzó a derramar abundantes lágrimas. *«¡Hijo que tengas salud!» Tu madre y yo nos quedamos inválidos, pero sabiendo que volverás, te esperamos cada atardecer con la fuerza de unos padres esperanzados y seguros de tu triunfo. No olvides, hijo mío, que lo más grande de la persona es la honradez. Trabaja, lucha y cuídate. No guardes rencor.*

Restregándose los ojos subió al coche y tomó asiento. Con la mirada en la maleta no quitó la vista hasta verla colocada en la baca.

Arrancó la diligencia a la voz del cochero al tiempo que éste estimulaba a las caballerías con las riendas.

Andrés, muy decaído, retornó a su casa. Por el horizonte el albor anunciaba un nuevo día. Ya bien entrada la mañana, al llegar al lugar del suceso, en el propio camino aparecían las señales. Muy cerca un pasamontañas y un adorno de la montura que llevaba el caballo del asaltante. Lo recogió todo, pero de ello nada contaría a su mujer, Lucía, ni a persona alguna del pueblo.

Los hallazgos, tan casuales, no pasaron desapercibidos para Andrés. Concentrado naturalmente en la marcha de su hijo un flash vertiginoso animó el recuerdo y la figura de alguien que en

algún momento llevaba puesto ese modelo de gorro en la cabeza. Habiéndolo metido en un lado de las alforjas lo sacó a la luz para verlo con los ojos y superponerlo con la imagen de su memoria. El vivo destello confirmó la total exactitud.

Por la noche al coincidir en la cantina, Andrés observó que este vecino llevaba unas heridas en la cara y en la mano. Al preguntarle qué le había pasado, le contestó que se había caído al entrar a la cuadra y se había golpeado con una tabla. Algo poco verosímil.

Hecho con hebras de lana doméstica a modo de listados, el gorro comenzaba con un marrón oscuro, continuaba con blanco, le seguía rojo y se cerraba con verde. Al llegar a casa lo escondió junto con el objeto metálico de la silla para evitar sospechas, incluso de Lucía.



## Capítulo II

### El Viaje

Por los caminos de rodadura la diligencia marchaba al ritmo acostumbrado hacia el destino. Ni siquiera las irregularidades del firme y los saltos del carruaje inmutaban la respiración de los viajeros.

La noche iba perdiendo su fuerza y el amanecer imponía poco a poco su fuerza. Los faroles del carruaje implacables con la oscuridad también se rendían a la nueva luz. El cochero sopló la llama y, con los dedos humedecidos por la lengua, sofocó el rescoldo de la mecha.

Mariano notó el relente de la mañana, al tiempo que sentía un profundo escalofrío. Giró la cabeza a su alrededor con enorme discreción, observando que ambos compañeros de viaje bostezaban permaneciendo aún con los ojos cerrados. La tenue luz que penetraba en la estancia le permitió ver algunos rasgos de sus acompañantes. Con un instinto natural Mariano intuía, con demostrado acierto, que pronto se haría una parada para reponer fuerzas y, sobre todo, para responder a unas imperiosas necesidades fisiológicas.

A tenor del dicho popular de que una persona solía andar una legua en una hora -medida de longitud equivalente a unos 5.500 m. aproximadamente-, en nada tenía que ver con el recorrido de una diligencia.

Las pocas horas transcurridas desde que dejó a su padre, a Mariano le parecieron una eternidad.

Aplicarle a este muchacho solamente el valor y la entereza supondría la mayor descalificación. Suponiendo en él tales principios, el auténtico empuje anidaba en su mente. Para este joven la meta consistía en trabajar noche y día, ahorrar cuanto pudiera y volver de nuevo a su tierra. Para él ningún escollo podía ser insalvable. Con una enorme dosis de equilibrio y prudencia las decisiones rozarían los más exigentes índices de la perfección. Sin embargo, las maneras y costumbres de su pueblo muy poco tenían que ver con los nuevos mundos por lo que todo le resultaba además de nuevo, extraño. La duda, la incertidumbre, la lógica desconfianza le reportaba sufrimiento e inseguridad pero jamás fisura alguna en su decisión.

Inmerso en tales principios psicológicos, de repente se detuvo la diligencia al tiempo que se oyó: ¡*Sooo!* en la voz del conductor. Éste acercándose a los viajeros les informó de un receso para almorzar y estirar las piernas. Uno de los viajeros giró la cabeza hacia Mariano saludándole con «buenos días», a lo que él contestó de igual manera. Poco después lo hizo una dama que aparentemente se conocía con el anterior y no faltó también la educada respuesta. La vestimenta de ambos y su porte respondía a un nivel de cierta altura social. Casi detrás Mariano bajó la escalerilla y siguió a los otros viajeros. En la sala, sentados en una mesa, varios señores comían los primeros bocados de pan de hogaza y torreznos. En estos almuerzos



no podía faltar un jarro con vino tinto, muy probablemente de la zona de la ribera. Al lado un mostrador pequeño, que atendía una señora muy resuelta, de cierta edad, con pañuelo en la cabeza y saya de color gris. Mientras preparaba el café de puchero -aunque más que café bien se podría decir que achicoria-, la mujer se dirigió a Mariano *¿Qué quiere Ud.?* Éste titubeando, respondió: *¿Podría hacerme un huevo frito?* Claro que sí, le respondió la buena señora en un tono más que afable. Y añadió seguido: *si le parece puedo ponerle unas sopas de pan del caldo del cocido. Pues sí, mejor,* respondió el muchacho, al tiempo que hacía un gesto de conformidad con la cabeza.

Al ir a pagar la mujer le preguntó en tono afectivo: *¿Le han gustado las sopas? Me han estado más que «buenísimas».* En ese momento no hablaba la gramática sino el corazón que nunca engaña, al tiempo que sacaba del bolsillo el dinero. Como la señora no tenía cambio le perdonó el pico, deseando al muchacho buen viaje.

No pasaría desapercibido, dentro del mostrador, el pellejo de vino situado sobre una banqueta y atada la boca con una cuerda y los jarros de barro al lado de una azumbre de hojalata. En un pequeño estante alguna botella de orujo, de anís y de vino rancio.

Esperando que arrancara la diligencia, Mariano salió a dar una vuelta y respirar el relente tan limpio del nuevo día. La confianza en sí mismo iba aumentando. El buen trato era fruto de una apropiada educación no de la casualidad. Todo se basaba en algún fundamento: «Sé con los demás lo que quisieras que fuesen contigo mismo».

Apenas se había alejado un poco decidió volver de nuevo. Cuando regresaba coincidió de frente con las dos personas que venían en la diligencia. *¿Ud. también continúa?* le preguntaron. *Sí, sí,* respondió. *Voy hasta la última estación, donde, me han dicho, he de coger el tren que va a Barcelona.*

*¡Ah! Pues nosotros también vamos a Barcelona y allí embarcaremos para El Plata.*

El chico no supo reaccionar ante la pura coincidencia. Sintió miedo porque le parecía que aquello pudiera tener algo de brujería o de milagroso. Cuanto sucedía a su alrededor, absolutamente todo lo superponía con los moldes aprendidos en su pueblo. Y claro, encasillados en la monotonía y ancestrales costumbres del lugar ¿cómo podría comprender aquel joven lo que jamás antes le hubiesen enseñado ni visto? ¿Cómo podría superar la máxima «no te fíes de nadie»?

Al salir a otras tierras, convivir con otras gentes, observar tan distintos comportamientos, comprender que la conducta social, en términos generales carecía de dobleces y así tantos y tantos detalles que hubieran enloquecido a la mayoría, Mariano se preguntaba cómo podía asimilarlo con distinción.. Estas enseñanzas marcarían para siempre la trayectoria de su vida.

El viaje continuaba. Al subir al coche ya ocupaban los asientos nuevas caras. No faltó el ¡buenos días! Al poco llegaron los compañeros con los que había hablado momentos antes. Conociendo a Mariano alguien pudiera pensar que se hubiese olvidado de la maleta, pero no, no. Tanto al bajar, como ahora al partir, ya le había echado el ojo.

El saber que aquella pareja también se dirigía a Barcelona infundió en su ánimo confianza, recuperando al tiempo nueva ilusión.

De mero espectador, ya se iniciaba en relacionar esquemas de convivencia en los que él se sentía, aún con timidez, como persona activa. No es preciso aclarar que jamás intervendría con manifestación alguna.

La diligencia partió a la hora. Las caballerías se habían cambiado por otras descansadas. Trotaban con brío. Los paisajes por donde discurría el camino parecían cuadros pintados por verdaderos artistas. Las vías de rodadura seguían por el valle, al pie de la montaña, protegidas por las cumbres. Predominantemente llano, de vez en cuando, se cruzaba un insignificante puente al paso de un arroyuelo. En el cielo el vuelo de un azor; más adelante una manada de corzos que cruzaban a poca distancia del carruaje. Campos de labranza, recientes sementeras, aquí centenarias sabinas conviviendo con el humilde y aromático tomillo, un poco después el enhiesto pino rezumando gotas de miera, más tarde dorada colofonia y oloroso aguarrás.

El recorrido por estos lugares, aunque fugaz, iba dejando profundas sensaciones en los viajeros. Pueblecitos donde se erigían nobles palacetes, suntuosas iglesias, de un exquisito románico y de otros estilos; algunas, incluso, porticadas; un poco más lejos el puente romano que sorteaba el río a su paso por montes de carrasca o poblados robledales. Rebaños al careo, tal como cantara San Juan de la Cruz: «Pastores los que fuéredes allá por las majadas, al otero...». Y en contadas ocasiones, aprovechando un sobrado, el cruce con un carro de hierba tirado por somnolientas vacas.

Los pasajeros, al igual que la mañana, avanzaban dejando atrás la distancia. Aquel muchacho profundamente tímido despertaría del letargo. A medida que la confianza aumentara, la libertad se iría fortaleciendo. Aquél que ayer hablaba sin mirar a la cara, pocas horas después, ya casi había hecho del diálogo y la mirada a los ojos, un hábito.

Seguramente la vestimenta de nuestro personaje, en sintonía con otros estilos del día presente, despertaría en más de uno cierta sonrisa irónica. Quienes en algún momento pusieran en hora su reloj coincidente con el meridiano de Greenwich o hubiesen imaginado la Torre Eiffel, todos ellos, al contactar con las pequeñas aldeas o sus vecinos, descubrirían los valores que por más sencillos no perderían atracción. En estas poblaciones la iluminación doméstica, al llegar la noche, dependía de las teas (trozos pequeños de madera con resina sacados de los pinos). La estancia común, la cocina, cumplía con casi todas las necesidades, como ya dijéramos anteriormente.

Se carecía de luz eléctrica, de agua corriente en las casas, de cuanto significara avance alguno de comodidad. Desconocer estos disfrutes obligaría a tales habitantes a gozar de unos recursos donados por la propia naturaleza. Todo giraba al ritmo del creador y la aceptación sumisa de sus normas.

¿Cómo podían ser comparables, a la par, mundos tan distintos? Dentro del mismo país y en distancias tan cortas las formas de vida podían llegar a ser tan diferentes: progreso y modernismo frente a costumbres tan rudimentarias. No poseer aquello que se desconocía no despertaba ambición.

Las diferencias entre las ciudades y los pueblos se podrían calificar de infinitas. Entre unas y otros existían verda-

deros abismos. Ya al nacer el destino quedaba marcado. La familia y la cuna, factores decisivos, esculpían el sino de cada individuo y solamente algunos héroes rompían las ataduras tradicionales.

Entre la variedad del paisaje, la concentración mental y la incertidumbre del joven muchacho, la diligencia ya entraba en la estación. Las jóvenes caballerías acortaron en media hora el camino recorrido, realmente largo. Los viajeros descendieron del carruaje, entregando el ayudante a cada uno su equipaje. Mariano, con su afabilidad, recogió las maletas de aquellas dos personas que dijeron ir a Barcelona para embarcar allí hacia El Plata. Aquello de «El Plata» le sonaba a chino, bueno a metal semiprecioso. Al entregárselas le dieron las gracias y viendo que Mariano se alejaba, le dijeron *¿pero no iba también Ud. para la Ciudad Condal? ¡No, no! yo voy a Barcelona afirmó con fuerza.*

*Bueno, bien, hemos querido decir a Barcelona,* aclararon.

*Sí, sí y cuánto me gustaría acompañarles porque yo no he estado nunca. No faltaba más,* le respondieron con una insinuación de agrad, inequívoca muestra de su amable aceptación.

Se dirigieron hacia la estación de ferrocarril. Una puerta de cristales servía de entrada a la sala de espera. Varios bancos de madera. Una ventanilla a media altura adosada a un rincón aparecía cerrada con un letrero en la parte superior: BILLETES.

Desde allí se veían las vías. El muchacho con la mirada

perdida en el cielo se quedaba, a menudo, viendo visiones. Le sorprendía y admiraba todo. Pero aquellos dos viajeros le infundían valor convirtiendo las pesadillas en entusiasmo. Como no sabía cuanto costaría el viaje a se empezó a devanar los sesos sobre el precio del billete a Barcelona. Para no encontrarse en la situación de tener que sacar el envoltorio con el dinero, decidió salir un instante y sacó una cantidad guardándolo de nuevo con sumo cuidado. Ya en la sala, ocupó un banco contiguo al de sus acompañantes.

Poco después se abrió la ventanilla al tiempo que se oía el traqueteo de una banqueta de madera. Naturalmente el jefe de estación necesitaba un asiento alto para alcanzar a la ventanilla y, desde el interior, recorrió con la mirada a cuantos esperaban en la sala al tiempo que anunciaba que el tren con destino a Barcelona estaba próximo a llegar por lo que podían ya sacar los billetes. El compañero se acercó y pidió tres. Mariano, imitándole, se colocó detrás para adquirir el suyo. Al darse la vuelta el compañero se encontró de cara con el muchacho. *Toma tu billete*, y prosiguió: *conviene que cada uno lleve el suyo por si lo pidiera el revisor*. El muchacho al recibirlo, casi sin acercar la mano: *dígame cuanto vale*, suplicó. *Ahí está el precio pero si no le va bien ahora ya me lo dará*. Sin titubeos sacó dinero del bolsillo y al tiempo que se lo entregaba, reiteró su agradecimiento

Este joven, como sabemos, nacido en un pueblecito de la sierra castellana y decidido a abrirse nuevos caminos en tierras desconocidas, cada momento descubría enseñanzas que asimilaba a velocidad de vértigo. Aprendía con rapidez y sobre ello apoyaría su futuro y el mañana. El ayer sólo tenía cabida en el recuerdo, en el hogar familiar, en las tra-

diciones y en el bien nacido. El mañana, ya iniciado, avanzaría necesariamente sin retroceso y cada paso marcaría el acierto o el fracaso. Afortunado se debía considerar Mariano al tener de compañeros al matrimonio Ricardo y Elena.

Aún distante se oyó el silbido repetido y entrecortado del tren. Ya se escuchaban los profundos suspiros de la máquina de vapor y bajo los pies se notaba cada vez con mayor efecto la vibración del suelo. De pie en el andén, al detenerse la locomotora, descendieron del vagón algunos pasajeros y subieron otros, si bien, el número de viajeros era escaso. A pesar de las sorpresas y lo novedoso que le resultaba a Mariano cuanto sucedía a su alrededor, su manera de actuar, tan natural, en ningún momento dio muestras de apabullamiento o confusión.

Apenas pasados unos momentos el jefe de estación, con gorra de plato y señal roja en la mano, cumpliendo con las normas ferroviarias, se dirigió al maquinista y tras hablar con él levantó la bandera continuando el tren hacia Barcelona.

Mariano y sus compañeros ocuparon un departamento totalmente vacío. Después de colocar las maletas en los estantes, el joven salió al pasillo ansioso de observar a través de la ventana cuanto pasaba por delante de su vista: montañas cubiertas de arbustos, tierras yermas con fondos rocosos, páramos infértiles cubiertos de aulagas; en el valle, profusas vegas dibujadas con surcos rectilíneos y algunos arbolados; para guardar los aperos o refugiarse de la lluvia algunas casetas salpicadas. Curiosamente cuando el tren tomaba las curvas en la dirección de la ventana del observador se veía completo el lateral de la máquina, el humo del carbón y el movimiento osci-

lante de las bielas impulsando la fuerza a las ruedas. Al instante se acercó el revisor pidiendo los billetes.

Tan largo rato de pie le trajo el cansancio por lo que decidió sentarse. Al darse la vuelta vio que su compañero venía por el pasillo. Esperó a que llegara y preguntó si ocurría algo. *¡Nooo!, amigo*, respondió y en voz más bien baja le dijo: *ven-go del WC y, por cierto, se ve todo limpio*. El chico se quedó pensativo y sin pestañear. No entendió absolutamente nada aunque por el tono de discreción el asunto debía pertenecer al mundo de lo personal. Entró en el compartimento detrás de su compañero y tomaron asiento. *¿Qué has visto?* le preguntó el acompañante. *¡Oh! maravilloso. ¡Qué extensiones de tierras y qué surcos tan rectos! El río con tanto caudal y la impresión al cruzarlo el tren por un inmenso puente ¡Sorprendente!* Se hizo un total silencio. Mientras, por la mente de nuestro viajero bullían impacientes las letras WC. Intentaba darles forma y las aplicaba cuanto le venía a la imaginación pero al final... «Una imagen vale más que mil palabras». Comprendió que en esta ocasión el mejor sistema de conocimiento era el inductivo. Conocido el efecto encontrada la causa.

Decidido se levantó y al tiempo que salía dijo: *¡ahora vengo!* Avanzó por el pasillo en dirección por donde viniera su compañero intentando buscar el fundamento del enigma. A medida que avanzaba se cruzaban las miradas con los viajeros que ocupaban otros asientos. Viendo que el pasillo se terminaba y el traqueteo del tren sonaba cada vez con mayor estridencia, observó que la puerta que se comunicaba con la escalerilla de la calle se encontraba abierta. Se acercó con cuidado y la cerró. Con ello el ruido disminuyó en gran medida. Ya casi vencido al no encontrar lo que buscaba, un señor abrió una



puerta, justamente al otro lado de la que acababa de cerrar y, al ver al joven, le preguntó si quería entrar. Este, sin pensar le dijo que sí y pasó. Un milagro. Mariano tenía verdadera necesidad pero estaba esperando que, al igual que la diligencia, el tren parara para poder hacer las necesidades. Y «halló la respuesta viendo» que en la parte superior de la puerta aparecían las famosas WC. No importaba el significado sino para qué servía.

La enseñanza resultó más que importante. Ahora ya volvía al compartimento más descansado.

La tarde ya avanzada mostraba las primeras estampas del anochecer. Entretanto el tren inflexible seguía hacia su destino.

Por la cabeza del joven viajero se sucedían las imágenes de cuando ayer aún vivía en su pueblo: Patatas desechas, torreznillos, pan, huevos fritos, chorizo, lomo ... El recordar aquellos manjares despertaba el apetito.

Mientras se deleitaba con tales pensamientos el tren bajó la marcha y se detuvo en la estación.

Unas jóvenes ataviadas con trajes típicos subieron a los vagones para ofrecer a todos los viajeros, maquinistas y demás personal ferroviario, dulces, pastas y una copita de licor, pues era tal la sintonía de estos pueblos con el ferrocarril que cuando llegaban sus fiestas patronales, querían hacer partícipes a cuantos pasaran por allí.

También subió un señor mayor y, con curiosidad, bajo la tenue luz, todos miramos al anciano que al entrar en el compartimento preguntó si había sitio para él y si podía sentarse con ellos. El gesto de aceptación fue unánime. En el rostro del buen señor se reflejaban tristeza y angustia al tiempo que de

sus ojos, aunque intentaba ocultarlo, caían unas lágrimas. Uno de los viajeros le preguntó: *¿qué le sucede buen hombre?* Tardó un poco en responder. Acababa de despedirse de su hijo y sus nietos, con los que había pasado una maravillosa temporada, para ir a la capital con otro hijo aunque sabía que no era bien recibido.

Para romper en cierto modo tal angustia uno de los compañeros pensó que el repartir las viandas que le prepararon para tan largo viaje podría crear un ambiente más distendido. El señor agradeció el ofrecimiento y quiso hacerles partícipes de su pena.

*Allí en el pueblo, todos los días salía al campo con mis nietos. Unas veces jugaba con ellos y otras me pedían que les contara historietas de cuando yo era pequeño incluso de mayor: cómo eran los trabajos en el campo, cómo se sembraba la mies, cómo se recogía y se llevaba al molino el trigo para convertirlo en harina, y la fiesta tan maravillosa el día que amasaba la abuela y nos hacía tortas y dulces y muñequitos de masa. Las palomitas de maíz que nos compraban el día de la fiesta, los anisitos de colores que nos los metíamos todos en la boca y al sacarlos se quedaban pegados en los dedos ¡qué burrullo!; los centimitos que nos daba el tío Jenaro para comprar golosinas, así hasta un largo sin fin. Por eso mis nietos estaban encantados al escucharme y siempre me decían: abuelo más, cuéntanos más cosas que son muy bonitas.*

*En cambio, ahora, con los hijos, que están en la capital, los nietos son mayores y como mi hijo trabaja todo el día me encuentro solo en un piso, prácticamente sin salir y causando problemas más que alegrías. Pero ¡qué se va a hacer! ¡la vida es así! le comentó con un tono de dulzura la compañera. Y*

*continuó: «Ud. no se preocupe, ya verá que pronto se pasa esta temporada y cuando llegue la primavera, de nuevo, volverá al pueblo con sus nietos que le estarán esperando para abrazarle y colmarle de besos.*

En el abuelo aquellas palabras hicieron renacer otra vez la esperanza y en su rostro apareció una vaga sonrisa.

La última Semana Santa les había hecho una carraca a los nietos. No paraban de hacer ruido por toda la casa.

Aquel señor no acababa de hablar de sus nietecitos. Para él, lo significaban todo. Vivía con ellos y, en la distancia, con su recuerdo.

A todos se les encogió el corazón. Pero se había conseguido lo más importante: hacer dichoso por unos momentos a un ser cuyos nietos representaban, al final de su vida, su mayor tesoro. Digno de admirar por tener una ilusión para vivir. Lamentable, en cambio, cuando la vida ya es una carga, ésta solamente se alivia con la muerte.

Pero la existencia no responde a un sistema lógico. Se sucede de modo tan inesperado que las alegrías de hoy se convierten en tristeza mañana. Y claro, estas circunstancias de disfrute y padecimiento van por barrios.

Como nuestros personajes cayeron en un profundo sueño, Mariano, preocupado por la llegada a Barcelona, se mantenía despierto, teniendo que escuchar además las anécdotas que los viajeros contiguos, de modo animado, contaban entre bulliciosas risas.

El tema iba también de trenes. Decía uno: *Esto ocurrió muy cerca de aquí. «El tren llegó al andén y subieron y baja-*

*ron los usuarios. Reanudó la marcha. Poco después de partir, a lo lejos, por un camino una señora con una maleta en una mano y una bolsa en la otra gritaba con todas las fuerzas al tiempo que levantaba las manos tras dejar los bultos en el suelo. El maquinista se percató y detuvo el tren para que subiera aquella señora. Ya en el vagón, poco después el revisor se acercó a ella para cobrarla el billete. La señora dio por hecho que al coger el tren más adelante de la estación le harían un precio más bajo. Atónito el revisor quiso entender que se trataba de una broma pero ella insistió con tozudez ante las carcajadas de cuantos viajeros habían presenciado lo ocurrido. Desistió de su postura pagando de mala gana el billete correspondiente.»*

Una algarabía descomunal se preparó al terminar esta anécdota.

*Otro viajero comentó: pues en mi pueblo «Coincidieron con sus rebaños tres pastores junto a una ermita dedicada a San Antonio. A su alrededor se levantó, en otro tiempo, un pueblo del que solamente quedaban algunas paredes en ruinas. Los zagales recordaron que aquel día celebraban en su aldea la fiesta principal y decidieron encomendar el ganado al santo y ellos marcharon al pueblo. Como vecinos disfrutaron de los actos. Cantaron, bebieron, saltaron y rieron. Después de comer volvieron a quitar la responsabilidad al santo de cuidar los rebaños. Ya, antes de llegar a la ermita se percataron del salchucho. Directamente se dirigieron al altar donde se encontraba la imagen del Santo y la emprendieron a garrotazos, dándole palos sin piedad hasta dejarlo hecho añicos. Al preguntarles el Sr. Juez cómo pudieron abandonar al ganado, respondieron que dejaron al Santo al cui-*

*dado pero que podría haber ocurrido que al estar el Santo dentro de la ermita, tal vez no lo oyera y que ellos se hacían responsables de los daños. Los vecinos y perjudicados que ocupaban la sala no pudieron contenerse de risas y el Sr. Juez les sentenció a pagar los trigos comidos e hizo especial hincapié en poner un San Antonio nuevo haciendo responsable de su cumplimiento al sacerdote, D. Ambrosio y pagar a éste el ritual para desagaviar al santo.» No pararon de reír.*

En esta ocasión cogió las riendas una señora. Así me pareció por el tono de voz. Comenzó:

*«El señor era muy bruto y en un viaje que hizo en tren a la capital, coincidió con unos jóvenes que le conocían. Éstos para mofarse de él agarraron el tiro de la alarma que solía estar en el techo de cada uno de los vagones, fingiendo no tener suficiente fuerza para moverla, acción que repitieron varias veces para llamarle más la atención al valentón. Como éste ignoraba lo que representaba tal instrumento sólo vio cómo ridiculizar a tan débiles jovenzuelos y tiró fuertemente hasta casi arrancar el mecanismo. Cumpliendo con la normativa ferroviaria el maquinista frenó en profundidad para detener al monstruo de hierro. Maquinista, revisor y todo el personal que se encontraba en el tren, acudieron vertiginosamente al vagón. Allí encontraron a un valiente que esperaba una felicitación por su heroicidad. Preguntado por qué había tirado, respondió que unos muchachos no podían y él lo hizo con una mano sola. Percatado el revisor del nivel de la persona le apercibió que no lo volviera a hacer.»*

Carcajadas, risas y pitorreo y más cuando unos se decían a otros: *Seguro que tal fulano era de tu pueblo. Y... ¡anda que*

*vosotros!*

Pasaron las horas y cada vez la llegada a Barcelona se intuía más cercana. Todos, visiblemente despiertos, pronto iban a poner fin a tan largo viaje. Para Mariano la pesadilla de qué hacer se alzaba como una montaña insalvable. ¿Qué iba a hacer? ¿A dónde ir? Solamente veía un túnel que se abría y se perdía la luz.

En el vagón, con la mañana, aumentaba la claridad. Poco a poco los compañeros se fueron levantando del aposento, seguramente para ir al escusado.

Aquel muchacho, ante la llegada a Barcelona se hundió; notó en el pulso un nuevo ritmo. Sus ojos entristecieron. Nadie hubiera querido verle tan destrozado. Documentación incompleta, dinero más que escaso, desconocimiento total de cuanto le rodeaba y sin conocer a persona alguna...

Al paso de la situación salieron sus compañeros, quienes le ofrecieron todo tipo de ayuda.

Al decir que como lugar de trabajo figuraba Buenos Aires, -así constaba en los documentos de la oficina de Emigración y demás certificados expedidos-, quedó tan sorprendido que exclamó: *Sí, haremos juntos el viaje sacando el pasaje en la misma naviera.* Y con el fin de que su participación en el proyecto le diera una madurez, los compañeros le hacían responsable de las decisiones. Ellos habían viajado en distintas ocasiones tanto de ida como de vuelta. Para estos compañeros no existía dificultad alguna. Lo importante pasaba porque Mariano aprendiera. *Ahora cuando lleguemos, hemos de buscar la compañía naviera que ofrezca las condiciones más favorables: seguridad; calidad de los servicios, tiempo del viaje*

y *precio*. Mariano escuchaba con atención, aunque en algún momento flaqueaba su fortaleza. Aquella fe inquebrantable mostraba algunas fisuras o, al menos, dudas.

Solamente las muestras de generosidad del matrimonio le animaban a continuar. Pudiera ocurrir que sus palabras no expresaran el agradecimiento que sentía por dentro pero los gestos, sin duda elocuentes, entrañaban las muestras más palpables de reconocimiento. Sin ellos, no tenía duda, hubiera desistido ya del proyecto.

Y si las circunstancias vividas hubieran mermado su moral, el espíritu y la actitud sosegada de sus compañeros supondrían para él una lección magistral de fortaleza. Otro motivo de valor nacía al pensar en tantas gentes que salieron de sus casas hacia lugares inhóspitos, sorteando dificultades al límite y sin tener alguien a quien llamar o pedir ayuda, en la máxima soledad. Así, aunque no albergaba profundas raíces de religiosidad, en algún instante de recogimiento, Mariano llegaría a pensar en la providencia por haberle dado tales compañeros.

Las interminables zonas de industrias, agrupadas ininterrumpidamente, eran el evidente testimonio de hallarse próximos a una cosmopolita urbe. Antes de llegar a una de las estaciones los alrededores se presentaban como algo grandioso: edificaciones, estructuras, vías, vehículos, gentes, colorido, suntuosidad... El propio ruido del tren al cambio de raíl sonaba de manera distinta. Algo nuevo y majestuoso se acercaba. Mariano pensó si podría estar sufriendo alucinaciones.

Semejante grandeza le convertía a uno en insignificante. No parpadeaba y con la mirada intentaba penetrar en la superficie tersa y plateada del mar hasta confundirse en la lejanía

con el azul grisáceo del cielo. ¡Qué podía decir ante tal visión!

Tales sensaciones no podían describirse: altísimos hangares con nervaduras metálicas, techos ovalados, tejados de cristal, forjas decorativas sustentando pesos sin medida, dando cobijo a entrelazadas vías, algunas ocupadas por locomotoras y otras por vagones en descanso.

Ya en el andén se detuvo el tren al tiempo que el jefe de estación daba la bienvenida haciendo sonar la campana.

Mariano se afanó en bajar la maleta y los bolsos de los acompañantes. Le dieron las gracias por tal gesto. A imitación de otros viajeros, bajó al andén con su maleta y desde allí recogió el equipaje de manos de los compañeros mientras éstos descendían por las escaleras del vagón.

Ahora más que nunca necesitaba de su ayuda. A pesar de saber leer y escribir, aunque sólo por encima, el muchacho sentía pánico al tener que presentar los papeles y preguntó dónde iban. *Me imagino que te apetecerá tomar algo*, dijo el acompañante y entraron en el bar. Casi al terminar, le informaron de la obligación de presentarse en el consulado. Y como este matrimonio, que viajaba al mismo país, aunque a una ciudad distinta, debía acudir al mismo consulado, decidieron ir juntos.

Sin tardanza Mariano abrió la maleta para sacar los papeles y al ver la foto de sus padres se le saltaron las lágrimas. Le parecía que ya habían pasado muchos años. Al verle en tal situación sintieron lástima. Muy probablemente a ellos les sucediera algo parecido en otro momento, de ahí que lo supieran valorar por el dolor agudo que suponía. Le animaron ofreciéndole en todo momento su ayuda. Todo irá bien.



La experiencia de estos señores arrojaba cifras enormemente positivas. Llegados ya hace alguna década, su formación académica y una consolidada posición en Argentina, les permitía vivir con soltura. No cabía duda de su laboriosidad y esfuerzo diario. Circunstancialmente habían venido a su tierra para ver a sus padres y pasar unos días en su compañía. Tanto para ellos como para la familia representaba un orgullo. Al principio tardaron en volver pero a medida que pudieron vendrían a España cada dos años. Ella, nacida en un pueblo cercano al de Mariano y él de otra provincia, pero también perteneciente a Castilla la Vieja, ambos guardaban una cultura y un recuerdo.

En la estación preguntaron por el Consulado de Argentina. A pesar de los años transcurridos permanecía en el mismo lugar. Y como la distancia desde donde se encontraban no era excesiva decidieron ir andando. Muy cerca del puerto ¡qué barcos!

Una placa ovalada encima de la puerta de entrada con una inscripción «BUENOS AIRES. CONSULADO». Un guardia con uniforme les atendió. Se adelantó un poco el matrimonio, hablaron con él y pasaron a una sala. Les dijo que esperarían un poco, enseguida les atenderían. Apenas transcurridos unos momentos se abrió una puerta y apareció un señor muy bien vestido; nos saludó con *¡buenos días señores!* al tiempo que nos invitó a pasar.

Mariano, retraído, detrás de sus acompañantes, se mostraba atemorizado. Para el chico todo representaba mundos nuevos. Su modo de reaccionar respondía a un comportamiento más que natural.

Todo un tanto medido, en presencia del cónsul, antes de presentar los certificados del muchacho, ellos renovaron el visado de ciudadanos argentinos. Ahora correspondía a Mariano presentar su documentación. Como éste se había colocado un poco atrás y su compañero llevaba los papeles, Ricardo los fue depositando uno por uno. Surgió un inconveniente insalvable ¿quién le reclamaba en el país de destino? Si no cumplía este requisito no podía continuar el camino, debiendo regresar de nuevo a su pueblo. Mariano escuchaba. Mientras, por su cuerpo corría un escalofrío de muerte. Volver de nuevo a su pueblo. Fracasado, vencido, humillado. ¿Dónde se hallaba el héroe? ¿Qué territorios había conquistado?. Vaya mofa, qué ridículo.

En esos momentos se distingue la calidad de la persona. Mariano pensó: antes de volver, me escondo en el barco y cuando llegue esperaré el momento para entrar en la ciudad.

Ante tal situación sólo cabía una extrema generosidad del matrimonio acompañante: hacerse cargo del muchacho responsabilizándose de su persona. No lo dudaron, la propuesta fue aceptada e hizo posible la legalización y sellado. Pagaron las pólizas y salieron a la calle.

Como si un resorte automático le hubiera impulsado, Mariano saltó hacia sus acompañantes rompiendo todos los protocolos de comportamiento y les dio un beso a cada uno *¡Gracias, gracias, amigos! gritó enardecido ¡os quiero!*

Antes de continuar, sentados en un banco, celebraron haber resuelto casi lo imposible y como pudo el amigo Mariano garantizó a sus benefactores ejemplar comportamiento y eterna gratitud. Bueno sería recordar aquella máxima hebrea

«El que da no debe volver a recordarse, pero el que recibe nunca debe olvidarse» o aquel proverbio «No arrojes piedras en la fuente de la que has bebido».

La distancia entre Barcelona y Buenos Aires se había acortado de tal manera que las millas que separaban a estas ciudades formaban parte de lo imaginario. Las orillas se tocaban y en el termómetro de la ilusión las marcas alcanzarían el más alto nivel. Todo rebosaba un entusiasmo sin medida. Si alguien, cuando aún vivía en el pueblo, le hubiera hablado de gente con este corazón, de ninguna manera le hubiera creído. Ahora si él volviera al pueblo y lo contara tampoco le creerían.

Siguieron andando por un ancho paseo, llamado marítimo, hasta avistar el puerto. En la dársena se encontraban enormes barcos atracados. Corpulentas barcazas transportaban voluminosas mercancías de un lado para otro y algún remolcador arrastraba hasta el dique al transbordador que llegaba. Chimeneas de navíos humeantes y el ronco sonido de las sirenas.

El continuo trasiego de gentes secundado por un movimiento frenético de materiales convertían la zona en una actividad de infarto.

Más adelante, de noble estilo, edificios coloniales representativos de compañías navieras o de empresas comerciales. Plazas típicas adornadas con palmeras y faroles de fina forja. Graciosos adornos fundidos en hierro, decorados con animales mitológicos y variadas alegorías.

Interminables avenidas que partiendo del puerto, se perdían en la montaña. Arterias por las que circulaba el trabajo, riqueza de vida y de progreso. Universidades y Escuelas In-

dustriales donde se impartían conocimientos y se formaban los hombres que después alcanzarían un futuro más próspero tanto en lo individual como en lo social. Teatros y centros de ocio. Plazas con toda clase de productos alimenticios: puestos de carnes, pescados, verduras, frutas y así hasta cuanto se pudiera imaginar el más caprichoso.

En las carteleras de las compañías navieras consultaron las fechas de salida hacia Buenos Aires. Casi todos los embarques tardarían más de un mes. Por fin la Compañía Naviera Ligure Brasiliana-Italia zarparía aquel mismo día. El pasaje tal vez un poco más elevado que lo ordinario y sólo quedaban algunos camarotes de 2ª clase. La alternativa no dejaba dudas. Consultaron a Mariano sobre las limitadas opciones y éste dejó totalmente en sus manos la toma de decisión. ¡Cómo iban a esperar un mes para conseguir embarcar!

Con entusiasmo, el muchacho se echó mano al bolsillo y sacó un pequeño envoltorio de papel, contó el dinero para el billete y se lo guardó de nuevo al tiempo que dirigió la mirada a su alrededor por si alguien le hubiese observado. Una recomendación en el pueblo *¡No te fíes de nadie!* Tal encomienda, a excepción de D. Antonio, se la repitieron hasta agotarle. Lo verdaderamente importante pasaba por saber de quién podía uno fiarse.

Ya con los pasajes en la mano, decidieron dar un paseo por las Ramblas y cogieron un tranvía. Mariano, en todo momento, estaba ausente de la realidad: infinitas calles, edificios majestuosos, tiendas, escaparates, gentes de tantas razas, plazas, arbolado, construcciones suntuosas. Un mundo tanto más nuevo por lo nunca imaginado.

A Mariano llevado por la inercia le ocurrió una anécdota. Tal como subía por las Ramblas se volvió para observar un carruaje de caballos y pisó a una señora casualmente. Ésta exclamó con vehemencia «*escolta!, noi*». Asustado, sin entender qué le decía se acercó a los compañeros; éstos que habían escuchado a la señora, se echaron a reír con cierta gracia. *Y ¿qué ha dicho? Literalmente en catalán «escucha, muchacho».* *La mujer se ha quejado de que le has hecho daño al pisarla.*

El muchacho del pueblo, con maestros tan preparados, recibía constantemente profundas lecciones, verdaderas enseñanzas de la vida. Hasta el más insignificante detalle tenía su importancia. Los mensajes aparecían meridianamente claros. Por ello las lecciones las asimilaba con presteza. Quería demostrar a sus compañeros el cariño que por ellos sentía y consideró que una de las maneras bien podría ser invitarles a comer conmemorando el tener la suerte de estar con ellos. Se lo propuso y lo aceptaron. Bajando de nuevo hacia el puerto, muy cerca de la Fuente Canaletas, vieron un lugar sencillo pero acogedor que ofrecía comidas. Entraron y tomaron asiento. Al instante se acercó una agradable muchacha. ¿Qué desean tomar los señores? preguntó. La joven relató con soltura los distintos menús. Al plato de judías añadieron unas succulentas butifarras. Los tres quedaron encantados de la comida pero de modo particular Mariano que llevaba algunos días sin saber qué sabor tenía un plato caliente.

Este viaje quedaría grabado eternamente en su recuerdo. Si buscásemos el fundamento de esta aventura, veríamos que se fraguó más en el corazón que en la mente. Todo nació de una ilusión y aunque no lo dijera ¡cuántas veces se arrepentiría

de tal idea! Pero su amor propio se lo habría impedido porque volverse atrás condenaría a este mozo al más profundo descrédito. Por aquello de que el fracaso anónimo se convierte en un triunfo público.

Otra pregunta que se hará el lector será la de encontrar una explicación a la simpatía nacida entre Mariano y los dos viajeros, principalmente de la señora. Sin duda la ingenuidad y la nobleza. Y si añadimos a esto la humildad y sencillez del muchacho bien se le podría calificar de envidiable. Cuando daba las gracias, lo hacía de tal manera, que uno sentía orgullo de haberle ayudado.

Mientras se acercaban al puerto, la hora iba avanzando. En el muelle cercano a la Barceloneta esperaba el navío que les llevaría a Buenos Aires. En el casco de proa, en letras blancas de grueso trazo, caladas sobre una franja negra aparecía «Ligure Brasileana-Italia». La pasarela que unía el navío con tierra ya se hallaba colocada y oficiales de marina revisaban la documentación de los pasajeros.

Un inmenso gentío apelotonado en la terminal presagiaba el atraque o partida de algún trasatlántico. Por los ademanes y las formas se trataba de rupturas y despedidas. Con los brazos en alto y moviendo las manos gritaban con voces cargadas de sentimiento. Las despedidas siempre rompieron lazos, de ahí que surgieran verdaderas situaciones de dolor.

Los tres, al llegar, presentaron los billetes, sacados y revisados anteriormente y ascendieron hacia la cubierta en busca de los camarotes. Tuvieron pequeñas dudas pero encontraron

enseguida las estancias.

El recinto que tenía dos literas lo ocuparían el matrimonio, el otro, muy cerca, con una litera doble, lo utilizaría Mariano, compartiendo así la habitación con un jovencísimo empleado, que trabajaba en el propio barco como ayudante de máquinas.

Cuánto iba a significar para Mariano la coincidencia con esta persona. A pesar de la corta edad el trabajo que desempeñaba correspondía a un especialista con alta responsabilidad. Las horas de ocupación cubrían gran parte del día, muchas veces también de la noche. Aquel admirable trabajador había impresionado a su reciente huésped de camarote. Nuestro muchacho recién llegado pensaba de la misma forma. Cuando el trabajo y la responsabilidad van unidos, nace en ese momento un auténtico héroe. El trabajo acorta los días pero alarga la vida. Casi hasta ahora, ni siquiera en los tiempos de la esclavitud, se ha valorado tanto la aptitud humana estrechamente unida a la actitud laboral. Estos conceptos de economía, casi empíricos, rentabilidad, costes de proceso, gastos, jornada laboral, emolumentos, mantenimiento y reparación de maquinaria se tenían muy en cuenta en todo proceso empresarial. La valoración de la persona empezaba a ocupar un capítulo muy a tener en cuenta. Se consideraba como un puntal esencial al inicio y posterior sostén de todo negocio.

El tenedor de libros, además de llevar las cuentas, tenía entre sus funciones el control del personal: puntualidad, rendimiento, laboriosidad y servicio. No olvidemos el puesto de mérito que desarrollaba un trabajo de modo gratuito para hacer méritos y optar al mismo con sueldo una vez demostrado tener suficientes conocimientos.

Las máquinas se iban abriendo camino, sobre todo en aquellos procesos que se catalogarían de alta producción. Todo ello requería de inversiones económicas muy elevadas. Pero continuaron los negocios familiares cuya transformación de la materia, netamente manual, respondía a una labor personal.

Allá por el año 1890 los cambios del progreso industrial, muy pocos en España y nada en nuestra Castilla, obligaron a la gente a buscar salidas a una situación casi de indigencia. Arrastrados en las labores del campo, el año que por la falta de lluvia o por un nublado se arrasaban las cosechas, el hambre se adueñaría de la vecindad. Además de faltarles el pan tendrían que ir al fiado para comprar simiente de sembradura.

De los pueblos castellanos salieron muchas personas, hasta familias enteras, hacia América. Solamente les movía poder sobrevivir y encontrar un trabajo, que de una forma estable, les asegurara la subsistencia. Algunos pudieron volver, incluso con ahorros suficientes para iniciar en su pueblo una vida más estable. Otros, se quedaron para siempre en este lado del Atlántico sin tener la posibilidad de regresar a su pueblo. Y, en cualquiera de las situaciones, todos dejaron alguna semilla de su patria en aquellas latitudes de América.

Al lector no se le escapará que a este muchacho, a falta de conocimientos sociales, se le pudiera calificar de hombre rudo. Gran pensador, con un razonamiento aplastante y una conducta tan ejemplar inspiraba en los demás plena confianza.

En sus esquemas no se ocultaba el riesgo del fracaso. Pasaba largos ratos pensando en la posibilidad de no alcanzar sus logros y la respuesta a ello no consistía en acobar-



darse sino enfrentarse con valentía hasta los límites de perder la vida.

También entraba en lo razonable que, a medida que se producían nuevas circunstancias, la inquebrantable fe en sí mismo, se desvaneciera en algunos momentos. Una reflexión profunda haría desaparecer cualquier desánimo. «La suerte está echada». En palabras de Anatole France «Se puede dudar de lo que se ve, pero no de las palabras de un hombre honrado». Así era Mariano.

De nuevo en lo real, retirada la pasarela, elevadas las anclas y sueltas las amarras se acercó un remolcador para sacar hacia alta mar al navío que les llevaría a un lugar de sueños. Lentamente el barco enfiló la proa hacia la escollera del mar abierto, al tiempo que se escuchaban las estruendosas sirenas anunciando su partida.

Ramón y Elena ya aposentados en su camarote se acercaron a ver a Mariano y subieron a cubierta. Desde allí podían presenciar la magnificencia de la Ciudad Condal, numerosas gentes que se despedían, tensiones emotivas que reflejaban en los rostros la tristeza del adiós.

Marcado el rumbo el navío surcaba las aguas a gran ritmo. Caída la tarde el anochecer llegaría muy pronto y con ello la hora de cenar en que los viajeros compartirían una cercana velada.

A pesar de la mar en calma, Mariano sintió algún ligero mareo que superó con valentía. Las luces de la ciudad, cada vez más distantes, le traían al pensamiento cómo se iban alejando de la patria y de su pequeño pueblo donde se quedaron esperando los seres más queridos.

La brisa del atardecer penetraba en los huesos. En espera de la cena descendieron a la planta inferior. Cuando bajaban por las escaleras llamaron para que se acudiera al comedor. Regla de oro de la compañía, la puntualidad.

Un amplísimo comedor, de aspecto muy limpio. Del techo colgaban arañas de bronce con tupidos brazos de cristal y adornos decorativos muy apropiados. Una doble cenefa recorría las paredes. Formas de ondas entrelazadas por ramos florales y animales exóticos procedentes del mundo mitológico daban colorido majestuoso a la techumbre. Con precisión simétrica pinturas y fotografías de personajes, principalmente fundadores y mecenas de las empresas así como los reconocimientos y premios obtenidos por el buen hacer. A lo largo de la pared salpicados apliques que daban luz al salón.

En la cabecera de la magna sala una vitrina guardaba una brújula y el Cuaderno de Bitácora donde se anotaban las incidencias o detalles de la travesía.

El mobiliario, mesas y sillas en madera, transmitía sensación de gran robustez. Los manteles y servilletas de hilo o algodón adornaban y aportaban estilo sin olvidar la vajilla y cubiertos que hacían el disfrute de los comensales. Mariano se colocó enfrente de Ricardo y Elena.

Terminados los postres se despidieron y marcharon a descansar. La jornada había discurrido con enorme ajetreo. El día siguiente transcurriría con mayor sosiego.

Se vieron a la hora del almuerzo. Quedaron para más tarde disfrutar en la cubierta del radiante sol.

A la hora acordada, con puntualidad inglesa, coincidieron muy cerca de la proa. Otros muchos pasajeros disfrutaban de tan brillante mañana.

El barco, impasible, surcaba la tersa superficie.

La conversación cada vez resultaba más interesante.

Los compañeros de Mariano le dijeron que no dudara en pedir colaboración si en algún momento lo precisaba. Hasta ahora el trato no podía ser más respetuoso pero querían que, además, les conociera más de cerca. Comenzaría Elena explicando que procedía de una pequeña aldea de Castilla. Que hacía ya algunos años, primero Ramón, nombre del marido, viajó al Plata. Allí pondría una tienda de telas y tejidos. El negocio le fue verdaderamente bien. Cuando ya se situó volvió al pueblo para casarse con Elena. El matrimonio retornó a Buenos Aires y tardaron bastantes años en regresar al pueblo.

*«Mis padres ya murieron dijo Ramón y, como era natural, no pudieron venir al entierro; de familia allegada sólo quedaban unos tíos.»* Elena añadió: *«de mi parte contaba con su madre y una hermana mayor. No habían tenido familia, pero dentro de su matrimonio, jamás había decaído la llama del amor.»* Al tiempo que Elena así hablaba dirigió una sonrisa a su esposo que asintió graciosamente con un gesto de la cabeza. *En la actualidad, continuó hablando Ramón, el comercio lo tenían alquilado. La familia que lo regentaba se encontraba muy satisfecha de la rentabilidad que obtenía.*

Mariano, que escuchaba con suma atención, al no decir o explicar un poco de su vida, Elena se dirigió a él para animarle. *¿Y tu familia? ¿Tienes padres y hermanos? ¿Cómo nació en ti la idea de venir a la Argentina? ¿Cuales eran tus aspiraciones?*

*Ten la certeza que los pasos dados representan lo más difícil de la aventura, a partir de ahora las dificultades disminuirán y cuando hayas encontrado un trabajo irás acomodando tu vida hasta conseguir, con toda seguridad, el logro de tus sueños.*

Cuando Mariano conoció a Elena y su marido, la edad de ella no superaría los treinta años. Alta y delgada, cabellos castaños con media melena, elegante, culta y finos modales, a la vez que comprensiva y discreta.

Ramón, de unos cuarenta y cinco años, también alto, moreno, de cabellos negros, inspiraba confianza en sus gestos y era afable en el trato.

Ricardo y Elena no recordaban haber pasado rato tan maravilloso como el que acababan de vivir. En tiempos pasados recorrieron paso a paso este mismo camino en distintas ocasiones, entonces con una cierta precariedad. El género humano, por instinto, ha procurado suavizar, en lo posible, a los venideros los sufrimientos o dificultades soportados en propia carne.

Este matrimonio, ya en Buenos Aires, además de los conocimientos universitarios, se esforzó hasta alcanzar tanto él como ella los graduados en Derecho y Psicología respectivamente, e impartían clases en distintos centros académicos.

Cada mañana, un poco más cerca del destino. Para muchos pasajeros la principal distracción consistía en el hastío y el aburrimiento; para Mariano, en cambio, la lección le parecía novedosa, mejor dicho, sorprendente.

Pablo, compañero de camarote, les invitó a él y a sus compañeros a visitar la zona de máquinas. Allí se encontraba

el corazón del barco. De allí nacía la fuerza que impulsara al monstruo flotante.

No es preciso explicar que el buen funcionamiento de la maquinaria dependía de la atención, cuidado y mantenimiento. A pesar del corto tiempo desempeñando el trabajo, como ayudante de máquinas, los conocimientos adquiridos respaldaban la confianza de su jefe, el ingeniero. Aquí se cumplía aquello «Una avería reparada enseñaba más que mil lecciones estudiadas». Este jovencito hacía tiempo que había descubierto que todo lo relacionado con piezas y montajes industriales le apasionaba.

Tan pronto como pudiera, afirmó, iniciaría estudios hasta alcanzar la máxima titulación. Por la forma de decirlo la afirmación de Pablo no ofrecía dudas.

Cuando le preguntó Elena cómo había llegado hasta allí un muchacho que, al día de hoy, contaba con diecisiete años y ya llevaba tres de oficio, aseguró el joven que a los siete años salió de su familia, muy lejos de su hogar.

Con un ánimo apacible comenzó a relatar que un día sus padres ya no aguantaron más el ver que aquel hijo no tenía, ni siquiera, para llevarse a la boca un trocito de pan. A sus progenitores no les quedaba nada de qué privarse. Carecían absolutamente de todo alimento. La indigencia les arrastró a una situación de precariedad total.

Una familia, que decía vivir en la ciudad, recogió al niño sin compromiso alguno de las partes. La conciencia y moralidad determinarían si este niño tendría un trato digno y una alimentación suficiente. Ningún compromiso formal, establecido entre las partes, obligaba a un comporta-

miento ejemplar.

El muchacho al contar ahora aquellos momentos temblaba y se sobrecogía. Los lazos, principalmente maternos, visiblemente habían desaparecido. Arrancado de sus orígenes, borrados los vínculos del hogar, tal vacío dejaría unas heridas amargas para el resto de su vida. Para aquella familia, el niño representaba la figura de un pequeño esclavo. Sin contacto alguno con la población, en lo más profundo de la montaña, el matrimonio que lo recogió vivía en un cortijo y se alimentaba del cultivo de algunas tierras y el cuidado de pequeños ganados. Pablo cuidaba una piara de cerdos en medio de montes extensos poblados de robles, carrascas, castaños... Cada día, antes del amanecer, aquel niño, harapiento salía acompañado de su mejor amigo «Lluvia», un perro con una inteligencia tal que interpretaba los deseos de su dueño tan sólo con la mirada.

Una cazadora gris azulada con botonera delante, camisa blanca con cuello redondo, pantalón largo, aunque de perneras cortas, de basto tejido y de un color marrón oscuro. Sobre el hombro una manta, de cuadros, de tosca lana, doblada a lo largo. Calcetines blancos hasta la rodilla, gruesos y resistentes. Por calzado unas abarcas, atadas con correas y en la cabeza una mugrienta boina negra, muy deslucida.

Y no podía faltar el zurrón en banderola donde llevaba los alimentos. Bueno si así se podía llamar a unos mendrugos de pan y no mucho más. La gayata o cachava, muy resistente, la blandía al aire con la mano.

Pablo, por su edad inquieto y observador, se comportaba como un autómatas, nada quedaba fuera de los esquemas impuestos. Ni sugerencias ni recomendaciones, imposiciones y

mandatos. Ni un solo desliz. La naturaleza, símbolo de libertad, al contacto con el cuerpo y con la mente del inteligente rapaz, iba perfilando en él los refinados sentidos hasta alcanzar la mayor agudeza. Las constantes observaciones del mundo que le rodeaba, la conducta de los seres, el crecimiento y frutos de los vegetales y de los árboles, la lluvia; la vida en el río, las nubes, las tormentas, el granizo, la nieve, la reproducción de los animales y, de modo especial, la anidación de las aves, el canto infinito de los pájaros hasta alcanzar un sin fin de experiencias maravillosas, iban modelando la figura de un hombre responsable.

Pero ¡Ay! cómo lo había podido olvidar. Aquel niño ocupaba dentro del establo o cortes para los cochinos un pequeño rincón. Unos cuatro metros, delimitados por unas costeras envejecidas. Paja en el suelo, un jergón con almohada y unas mantas muy raídas. Algunos clavos en las maderas del techo servían para colgar vestimentas u objetos diversos: unas cuerdas o alambres o alguna talla labrada con la navaja. Casi al raso, un poco protegido por un raquítrico tejadillo un pequeño recipiente con agua que servía para el aseo aunque también los animales, con frecuencia, lo usaban como abrevadero.

Ahora Pablo nos seguiría hablando con una descripción un tanto apasionada de los sentimientos, de cómo se fraguó el futuro de la vida, de cómo se curtió la piel, de la fortaleza para continuar con fe cuando los momentos se presentaban totalmente adversos, de la capacidad sin límites para afrontar la soledad. De cómo confiar en que el mundo era así de lógico sin entrar en discernimientos y que a medida que las estrecheces se acrecentaban había que tener la certeza de que aquella etapa llegaría pronto a su fin.

Un día cualquiera, qué importa la exactitud, aquel mocete, no más tarde de las cinco, se levantó, como de costumbre, restregándose los ojos, pero con decisión. A la hora precisa Casimiro, el borriquillo, empezaba a removerse barrruntando la hora. Le colocó la cabezada y los arreos. Lluvia ya había dado una vuelta por la zona. El perro de una bella estampa, pelo tupido y ondulado, de color marrón claro, sentado sobre las patas de atrás esperaba la señal para dirigir hacia el campo a los cerdos en el momento que éstos salieran. Su amigo le obsequiaba con un trozo de pan duro al tiempo que le hacía algunas caricias. El animalito le respondía lamiéndole la mano repetidas veces.

Si en alguna ocasión se retrasaba al salir, Valentina, dueña y madrastra le castigaba al muchacho poniéndole aún menos comida. Esta señora representaba lo más cercano al veneno. No tenía entrañas. Desde la ventana de la casa observaba cuándo salía y cuándo regresaba Pablo. El pobre muchachito pasaba hambre. La consideración hacia él equivalía, sin rodeos, a la de un esclavo. Nunca le pegaron pero las regañinas, sin fundamento, sobrepasaban los límites. Jamás le mostraron una ligera sonrisa, todos los ademanes envolvían muestras de desprecio.

Por estas razones, aquel pobre niño, inválido por los recursos, sin una palabra de ternura, despreciado, cuando salía al campo sentía formar parte del mismo.

Tanto los cerdos, Lluvia, Casimiro, el conejo, el lagarto, el mirlo, el ruiseñor, el búho, la saltarina ardilla..., representaban su círculo de amistad y él mismo participaba de ese mundo. Gracias a todos ellos comprendió a valorar la libertad. Con ellos aprendió a respetar. A todos ellos admiró y jamás invadió



su parcela.

La inteligencia que el Creador le había dado la usó para ayudar a sus amigos, los animales.

Recordaba aquella cría de corzo, recién nacida y, a poca distancia la madre muerta. La recogió y la llevó al corral. Como necesitaba leche se la pidió a un pastor con el que coincidía en el campo. El animalito creció deprisa y de nuevo volvió a su mundo. Otro día, en el camino se encontró un cuervo con una pata rota. Le puso una bisma y entablilló su pata untándole alrededor de la misma excremento de los animales. Apenas transcurrieran algunos días apareció en la rama de un árbol. Le observó y pudo ver que ya apoyaba la pata, por lo que ya estaba curado. Milagrosamente se dejó coger y le quitó las tablillas.

Cinco largos años le enseñaron a valorar lo que poseía y a imaginarse que tenían que existir otros mundos.

En este largo recorrido del tiempo -se dice prontónada más ni menos que un lustro, ni un sólo día salió de aquel cortijo.

Jamás la monotonía hizo su aparición. Debía dar las gracias por haber tenido ocupados todos los días. Aun cuando no pensaba, observaba el cielo, contemplando la profundidad de las figuras plasmadas en las nubes.

Ocurrió por aquellas fechas que el marido de Valentina murió. Poco a poco ella se iba mostrando más cercana. La comida había mejorado en gran manera. Al volver, muy al atardecer, y entregarle la fiambarrera para el día siguiente le miraba con otros ojos. A medida que ella daba muestras de

mayor atención, el muchacho acrecentaba la distancia.

Ahora debía marcharse cuanto antes de allí. Le parecía injusto abandonar a Lluvia y a Casimiro pero comprendía que sus amigos tenían una misión a cumplir y ellos también comprenderían cuál era la suya.

Hasta ese momento y, por timidez, había respetado escrupulosamente la prohibición que le impusieron de no traspasar la línea o demarcación del pasto de los cerdos. Más de una vez se sintió tentado por la curiosidad pero no se atrevió a conocer lo que pudiera encontrar al otro lado de la montaña tan lejana.

Lo que no había conseguido la fisgonería, ahora, el temor a ser utilizado caprichosamente, le hizo intolerante; tomó una decisión irrevocable y estableció una fecha límite.

Como los demás días, a la hora de costumbre la piara marchó hacia el campo en busca de comida. La manada rebuscando alimentos se diseminaba por la extensa llanura poblada de árboles.

Bastante lejos se vislumbraba el rebaño y Pablo respiró de alegría. Necesitaba que el pastor le informara sobre lo que había más allá. El mayoral venía a estos valles desde un pueblo que distaba más de dos leguas y siguiendo en la misma dirección unos veinte kilómetros se llegaría a una pequeña ciudad con un pequeño puerto de mar, muy comercial y turística. Una flota dedicada a la pesca de bajura ocupaba a buena parte de trabajadores. Desde aquí partían algunas barcas que transportaban hortalizas y frutas a los mercados de las grandes ciudades; en ocasiones navíos de cierta enverga-

dura se acercaban al puerto para llenar las bodegas de productos en salazón, carnes, pescados, quesos, etc.

Nemesio, el pastor, se ocuparía de informar sobre la fecha de partida de algún barco con destino a Barcelona. El pastor tenía amistad con un vecino que trabajaba en el puerto.

Pablo ya no descansaba en espera de noticias. Y la canción se repetía ¡dónde encontrar trabajo! Resistiría y pediría limosna como lo hacían aquellas gentes a los que se les llamaba pobres.

De vuelta, como tantos días, regresaría al cortijo pero el camino le resultó más corto. Se avecinaban fechas decisivas. Al cruzar la casa hacia el establo, Valentina, por casualidad, al subir la escalera hacia la vivienda se detuvo para dirigirle la mirada; éste agachó la cabeza y, con apariencia de naturalidad, miró hacia el suelo como si no se hubiera dado por enterado.

Toda la noche resultaría insuficiente para convertir en detalles un sueño tan repleto de ilusiones.

Ignoraba las dificultades que le esperaban pero tenía la certeza de que debía superar la situación actual que se iba prolongando en el tiempo sin un mañana. Vegetar en tal estrechez sólo se justificaría por incapacidad, enfermedad o amor y claro dentro de una edad lo suficientemente madura, con un juicio crítico que conscientemente lo aceptara.

Pablo contaba con una fuerza imparable, la firmeza en la decisión junto con la total libertad, sin ningún tipo de ataduras. Por no tener ni siquiera contaba con un chavo, pero no le importaba, le sobraba valor y ganas.

Los días le parecían años, casi una eternidad. Cuando

llegaba al campo, desde un pequeño montículo miraba para ver si divisaba el rebaño y aquel día estaba tan lejos que más que verlo se lo imaginó. En efecto al cabo de un largo rato ya desapareció la duda, el rebaño pastaba en las laderas y al poco se percató que venía Nemesio. ¡Buenos días Pablo! gritó mucho antes de llegar. Con muestras de radiante alegría corrió hacia él para corresponderle al saludo.

El pastor explicó cómo ya estaba todo acordado: en el plazo de dos días saldría el barco para Barcelona a las tres de la tarde y, al llegar allí, su amigo miraría de encontrar algún trabajo para él.

El corazón de Nemesio no guardaba rencores, sus latidos expresaban su enorme grandeza al lado de su bondad. Su vida había transcurrido de modo paralelo a la de Pablo. De ahí que sintiera por aquel niño una simpatía tan especial que más bien se diría cariño.

Le deseó suerte y al tiempo de despedirse con un fuerte abrazo le dio cincuenta pesetas. Para aquel tiempo esta cantidad casi representaba una fortuna. Eran los ahorros de mucho tiempo de Nemesio. Como Pablo se negó a cogerlo, el pastor se lo dejó a los pies mientras se alejaba en busca del rebaño.

Pablo, tan huérfano de calor, impasible, se quedó inmóvil. Se preguntaba el porqué de este comportamiento. Si hasta ahora solamente había prevalecido el egoísmo, el desprecio... ¿el mundo, de repente, había cambiado? O, ¿acaso ya existían los miserables, los humanos y los generosos?

Sin lugar a duda. Y el mundo continuaba porque afortunadamente abundaban más de los segundos que de los primeros. Claro que Pablo sólo conocía el mundo más negativo.

Mañana, al volver, limpiaría cuanto pudiera la ropa de vestir. Solamente tenía una. Se acercaría a hablar con doña Valentina y como no le entendería, le amenazaría con repreciones y castigos. La respuesta, con muestras de sumisión, se interpretaría como vasallaje.

Pero, al día siguiente él ya no estaría allí y por tanto el trabajo lo tendría que hacer otro. Al marcharse no dejaría rastro alguno. Que no supiera ni dónde ni con quién se hallaba. El proyecto no se podía ver truncado.

Mostrarse tan obediente con la señora no dejaba de responder a una estrategia. Tras una insinuación de rebelión, las aguas volverían a su cauce aparentando total sumisión.

Al no encontrarle, se olvidaría de él. En el mejor de los casos se lo contaría no sé a quién «un día desapareció sin dejar rastro»; por más que le buscó no dio con él. Pero su desaparición jamás la denunció.

Pablo, al contarlo, sintió un profundo desahogo. La historia, a medida que se escuchaba, encogía el corazón y ante un final tan feliz, fluía el verdadero entusiasmo.

La navegación discurría con la mayor tranquilidad. La temperatura ambiental, más que deliciosa, sobre todo en el centro del día, invitaba a subir a cubierta.

Hoy contaba Mariano que le había llamado la atención observar tantas gentes de razas tan diversas. No sabría distinguir a qué países pertenecerían, aunque los rasgos físicos pudieran identificarse como un elemento diferenciador.

Para el joven viajero la cubierta del navío representaba el lienzo de una estampa colorista, ¡qué vestimentas, qué

atavíos!

La grandeza del mar sobrepasaba en la mente de Mariano a ninguna otra imagen vista con anterioridad. Cuantas preguntas se hacía, quedaban, en su mayor parte, sin respuesta. Confiaba en que a lo largo del trayecto sus dudas se irían desvaneciendo. La sobrecogedora idea de algo tan inmenso, con el conocimiento, le acercaría a poder hacer una valoración y medida de lo grandioso como una mayor aproximación a semejante prodigio.

Algo tendría el mar cuando el mundo se inició con él. Por algo, los mejores escritores, clásicos o modernos, en prosa o poesía, le han dedicado incontables obras donde reflejan su belleza y fascinación.

Al igual que otros días, a la hora determinada, acudieron a cenar. Cuando terminaron, Mariano y acompañantes decidieron disfrutar de aquella tarde noche tan apacible en la cubierta del navío. Más que la brisa, la temperatura resultaba tan deliciosa que permanecieron largo rato. En un momento determinado Elena, muy instruida, exclamó: *Mira qué curioso, hoy precisamente corresponde a uno de los días, así lo cuenta la leyenda, en que se repite un hecho verdaderamente sublime y tierno. Sucedió que en algún tiempo, cerca de los fiordos o acantilados los lobos de mar atacaron a las sirenas que se hallaban por aquellas latitudes disfrutando de las cálidas aguas.*

*Al azar cruzaba una galera, cuyos marineros, al percatarse de semejante atropello, se lanzaron a las aguas, salvando a tales bellezas de la muerte.*

*Como reconocimiento a los humanos, cada noche de luna llena, como hoy, las sirenas recorren el horizonte inter-*

*pretando alegres, una danza de baile y de saltos. Al paso de los barcos, en lo alto de la montaña, dejan ver la mítica silueta, al tiempo que se escuchan sus lejanas canciones, de dulces melodías.*

Con tiempo anunciaron que Brasil sería la próxima escala. Aquí permanecerían atracados algún día, pudiendo así visitar la gigantesca ciudad.

Desde que se partía hasta alcanzar el destino, máxime en viajes de tan larga distancia, era obligado detenerse en distintos puertos para repostar combustible así como alimentos. A la vez, aunque el barco, en esencia, transportara pasajeros, solía llevar en sus bodegas algunas pequeñas cargas, cuyos fletes complementaban los ingresos de la compañía. Mercantes de gran tonelaje agrupaban las distintas mercancías que distribuían a otros lugares a través del cabotaje.

Al llegar a un puerto procedía visitar la ciudad: monumentos, arquitectura, compras, atracciones etc.

A la entrada le esperaba un remolcador. Una vez amarrado el navío al dique, colocaron la escalera. El reloj marcaba las tres de la tarde y poco a poco gran parte de los viajeros descendieron a tierra.

Ricardo y Elena, acompañados de Mariano, también se encaminaron hacia la ciudad. Larguísimas avenidas, riadas de gente. La incesante circulación de carruajes tirados por animales. Los tranvías anunciaban su presencia con la campana y el agudo chirrido de las ruedas herían los oídos. Si todo para Mariano resultaba enloquecedor un ¡ohooooo! prolongado de admiración se oyó al descubrir algún rascacielos casi tocando las nubes; arbolados, jardi-

nes, la cuidada vegetación en las plazas y el aroma en el ambiente de las fragantes rosas; fuentes ornamentales, rodeadas de estanques, cuyos chorros de agua salpicaban las estatuas conmemorativas.

La visita al zoo rompió casi todos los esquemas de admiración ¡un mono, un león, un loro! Al verlos por primera vez de «carne y hueso» los iba identificando a través de los dibujos de los libros del colegio. No parpadeaba. Que no se escapase ningún detalle. Se quedaba atónito observando cuanto ocurría a su alrededor. Mariano no daba abasto a tanta novedad.

Mientras tanto sus compañeros pensando que el muchacho no les perdía de vista se fueron alejando. De repente se percataron que no iba al lado. Retrocedieron, por el camino andado, pero no le encontraron. Miraron y remiraron, todo resultó infructuoso. Parecido le ocurrió a él.

Asustado, iba de un lugar a otro, con evidentes muestras de pánico. Agotado, cuando ya no podía más, decidió sentarse en un banco. Inmóvil como una estatua traslucía el hundimiento más absoluto. Y lo peor, sumido en el fracaso se sentía impotente para reaccionar.

¿Qué ocurriría si, llegada la hora de partir el barco, no hubiese vuelto? ¿Cómo reaccionarían sus compañeros? Todos los papeles, incluidos los billetes de embarque, documentos personales, etc. o bien se habían quedado en el camarote o los llevaban sus amigos. Ya casi sin aire, bajo la opresión de tan pesada losa, de nada servían las lamentaciones. Un fuerte impulso le despertó. Rompió la timidez y se dirigió a una pareja de policías que circulaba por



la zona: *señores, buenas tardes, me he perdido*, añadió. *Soy español*, les dijo. *Iba con unos compañeros pero no los encuentro. Voy a Buenos Aires en un barco que se llama Ligure. Está atracado en el puerto pero no se ir porque es la primera vez que estoy aquí. Les pidió, por favor, que le ayudasen.*

Los agentes entendieron lo esencial: español, Buenos Aires, Ligure. Hablaron entre sí y le rogaron que les siguiera. Cruzaron varias calles hasta llegar a una gran plaza. Pasaron varios tranvías hasta que llegó uno con un número. Uno de los policías habló con el conductor. Con la mano le hicieron el gesto de que subiera. *Ud. no se preocupe*, le dijeron; *cuando llegue al puerto el cobrador ya le avisará.* No le cobraron por el viaje.

En el interior del tranvía un pasillo largo. A un lado una fila de asientos de madera para dos personas y al otro una fila con asientos simples.

Qué hermoso viaje hubiera resultado en otras circunstancias. Con toda seguridad que el recorrido se pudiera calificar de maravilloso y tanto más para quien por primera vez llegaba de otro país. En cambio para Mariano, desconocedor de la hora a la que debía partir el barco, los momentos le parecían horas eternas.

A medida que el tranvía se acercaba a la zona del puerto el lugar ya le resultaba conocido. Un poco más adelante, de repente, levantándose del asiento Mariano exclamó *¡Ligure! ¡el barco!* Se quedó con la mirada fija.

Al instante el conductor del tranvía, dirigiéndose a él le dijo *¡muchacho! ya hemos llegado* al tiempo que le despedía

con ¡«bona sorte»! *Gracias señor*, pronunció con voz de gratitud mientras descendía con cuidado del tranvía.

Sin tomarse un mínimo de respiro, casi corriendo, se encaminó hacia el lugar donde había visto el barco.

Ya antes de llegar le pareció ver a sus compañeros, Ricardo y Elena. Dudaba de la realidad. En el tiempo sin verse, aunque muy corto, los acontecimientos se habían precipitado con tal intensidad que las huellas permanecerían en Mariano casi de por vida. Para aquel muchacho, que en todo momento buscaba el pasar desapercibido por su elevado grado de prudencia, precisamente por él, retrasar todo un barco la salida ¡qué vergüenza!

Y después, analizado bajo el aspecto de cuál había sido su comportamiento, llegó a la conclusión de que todo le iba resultando muy sencillo. En todo momento iba encontrando respuesta a las dificultades. Pensó que debía esforzarse mucho más por enfrentarse a los inconvenientes, con la suerte de tener detrás la ayuda si fuese preciso.

La hora de salir hacía rato que ya se había pasado. Sólo llevados por la fe, los compañeros rogaron al capitán que demorase la salida. Pero ya la espera no se podía alargar más por cuestiones oficiales.

Al verle venir el sentimiento sobrepasó los límites. Un salto de emoción les fundió en un abrazo.

Inmediatamente informaron de su llegada, agradecieron al responsable su colaboración, iniciando el remolcador la maniobra al instante.

Los momentos de angustia acabaron. A cualquiera le podría haber ocurrido algo semejante, lo que no a todos se

les hubiese ocurrido tomar tales decisiones máxime cuando en su poder no contaba con documentación alguna que le identificase.

Claro que la verdad representa la mayor fuerza que da a la persona ante cualquier circunstancia, cuya firmeza la convierte en inquebrantable.

El Ligure, a toda máquina, surcaba las aguas tranquilas con el rumbo a El Plata. Allí se encontraba la meta de las ilusiones.

El nuevo mundo, cual surcos de labranza, iba grabando en el recuerdo de aquel joven tal abanico de sensaciones y de vivencias que no podía descifrar de golpe. A la simple gama de colores observada en el pueblo, la paleta polícroma mezclada por el pintor en infinitos tonos y matices. A las formas, objetos, figuras, modelos, imágenes, criterios, medidos bajo el prisma de lo huraño el amplio contraste con la amplitud de espíritu, la variedad de enfoques y criterios, la riqueza de pensamientos, el compromiso con los demás... Este renacer obligaba a entonar, en forma de himno, un canto a la generosidad.

Los latidos de las máquinas empujaban con fuerza implacable la hélice del vapor. El despertar o el crepúsculo acortaban la lejanía del destino.

Y aún queriéndolo interpretar como terquedad, la auténtica realidad pasaría por afirmar que en ningún momento del día, para Mariano, quedarían en el olvido sus padres, don Antonio y el recuerdo general para su tierra y su pueblo.

En su cabeza solamente bullía una pesadilla, su futuro a la luz del trabajo, al tiempo que contemplaba con auténtica emoción el día que ya pudiera volver. Siempre la nobleza le

identificó como hombre de empeño. Salir de su tierra tenía una sola razón, regresar de nuevo para emprender una nueva vida con unos medios propios.

El tiempo que permanecería lejos del hogar, lo marcaría el conseguir los ahorros suficientes para comprar una casa, unas tierras y formar una familia.

Mariano, nacido en medio de un mundo dedicado a la agricultura y al cuidado de algunos rebaños de ovejas, conocía los entresijos del mundo rural. Sus padres vivían del campo. Con ellos había aprendido de ellos recibió las enseñanzas y a medida que fue creciendo, aportó la ayuda a su casa.

Debido a la avanzada edad de los progenitores, el peso del trabajo lo soportaba él y con el mayor agrado. La voluntad no faltó jamás pero los resultados de las cosechas, tan precarios, cada año les ponían en una situación de verdadera penuria.

Abuelo y nieto se encontraban sentados en el poyo de su casa. Mariano se levantó, entró en casa y volvió al instante. En la mano traía un papel de periódico con letras de imprenta por una cara y por la otra, escritos a mano, unos versos. Doblado y redoblado, cayéndose casi en trozos, el abuelo le dio a José esta reliquia. Casi con certeza que estas sencillas rimas las compuso algún compañero.

Oh barco, cuánto te quiero,  
pusiste rumbo a otros mares,  
contigo partió el recuerdo  
mi alma y mis pesares.

Seguro de un fiel destino  
nunca dudé en entregarte

de la vida mi tesoro  
de la esperanza el arte.

Desde el estrecho horizonte  
el océano se abre  
y surcando vas las aguas  
mientras las olas renacen.

Interpretaste mis sueños,  
mi vida en un pueblo nace,  
las raíces muy humildes,  
las ilusiones fugaces.

Por la mañana relente,  
brisa al atardecer,  
presagio de un nuevo mundo  
que empieza ya a florecer.

A lo largo del camino  
alegrías y zozobras,  
nuevos campos de ilusiones  
incertidumbres y sombras.

Barco mío yo te quiero,  
en el alma vais conmigo  
mensajero de mis cuitas  
testigo de mi destino.

Logro y fracaso a la par  
impulso, esencia y empeño,  
nota de las mil canciones  
de la tierra y de mis cerros.

Y cuando ya se vislumbran  
de Buenos Aires los cielos

quiero decirte muy cerca  
al amor que te profeso.

Siento renacer la aurora  
lares vivientes de ayer  
germen de aquellas raíces  
siembra de un viejo plantel.

Ahora pones la quilla  
para volver a besar  
las aguas que acariciaste  
del océano al cruzar.

Lleva en el más rico cofre  
el calor hacia mi aldea  
y dile: que no la olvido  
que vivo para quererla.

A una semana escasa para alcanzar la capital argentina el incansable navío iba dejando una estela espumosa tras de sí. En la cubierta, lugar de encuentro de los pasajeros, largas charlas entretenían a la gente y servían de distracción. A lo lejos, en la curvada y casi infinita superficie del océano se dejaba ver algún vapor. Esta coincidencia inspiraba confianza al sentirse acompañado en medio de tal inmensidad.

Como disponían de tanto tiempo libre, Mariano se dedicaba a pensar en ese mañana tan cercano y, a la vez, tan incierto. No dudaba en cumplir a satisfacción con el trabajo. Lo que no tenía seguro era cómo conseguirlo.

Apenas le quedaba dinero. De no encontrar de inmediato una ocupación, se preguntaba dónde viviría, la comida...

Al llegar a un país desconocido, en medio de la gran ciudad quién le enseñaría a dar los primeros pasos.

No cabe duda de la fortaleza del joven muchacho pero, ante esto, sentía como si sobre él cayera una enorme losa.

En estas circunstancias le abandonaban las fuerzas y se le agolpaban recuerdos pensando si las aspiraciones alimentaban a los héroes o la comodidad rutinaria alargaba la vida de los conformistas.

A estas alturas del viaje ¿acaso pensó en regresar a su tierra?. Seguro que pasó por su mente darse la vuelta, mientras sentía auténtica envidia por los que permanecieron en el pueblo, al lado de los suyos.

Pablo, compañero de camarote disponía de unas horas libres y como testimonio de amistad, invitó a una cena a Mariano y a sus compañeros. Entre ellos se despertaron verdaderos sentimientos de amistad y una manera de plasmarlo, bien se podría constatar a través de una velada.

En el intercambio de direcciones Ricardo y Elena dieron la suya a Pablo y éste les facilitó el Apartado de Correos de la compañía donde le llegaba la correspondencia. Mariano ya tenía la de sus amigos anteriormente. *Cuando Mariano trabaje ya nos dará su dirección*, afirmó Pablo.

Mientras conversaban alguien refirió que a la llegada de los barcos acostumbraban a reunirse en el puerto aquellos que necesitaban mano de obra. Todo giraba en torno a la oferta y la demanda.

Pablo, como tendría una semana de descanso al llegar a Buenos Aires, se ofreció a Mariano para acompañarle a distintos lugares, sin que ello supusiera entremetimiento alguno. Apreciaron la disposición y al buen Mariano le llenó

de alegría.

Surgió inconscientemente el comentario de las enormes dificultades que pasaron tantos de los venidos a estas tierras. En gran número no volvieron a España porque la vida no les sonrió. Buscar las Américas nació como un sueño, animó un proyecto, pero «hacer las Américas» muy pocos lo alcanzaron. *Yo, aseguro, dijo Pablo, que mi compañero de camarote logrará cuanto se proponga. Empeño en ello mi persona.*

El viaje, por otra parte, no había podido ser más tranquilo. En el recorrido ni un solo momento de pesadilla, excepto aquella noche, no lejos de Brasil, en lo que una tormenta acompañada de un viento huracanado levantaba enormes olas que parecían mover el barco caprichosamente.



## Capítulo III

### La Llegada a Buenos Aires

La mañana ya empezaba a alborear. Llegar a Buenos Aires para cada uno representaba algo distinto. Aquellos que regresaban tras unas vacaciones, volver a su hogar estimulaba el entusiasmo. En cambio para los que por primera vez buscaban en la aventura la suerte de la fortuna, la incertidumbre de conseguirla oprimía de tal manera que les faltaba el aire para respirar.

Las sirenas de los vapores se escuchaban un poco lejos. El constante trasiego anunciaba la llegada a un puerto muy activo.

El Ligure atemperó la marcha y la cubierta se llenó de personal, maletas, bultos. Un remolcador salió al encuentro del navío para atracarlo en la dársena correspondiente.

Mariano, hombre precavido, tanteó el bolsillo donde llevaba el dinero.

Puesta la escala, pasajeros y personal de servicio fueron descendiendo al tiempo que recibían del capitán del barco el saludo cordial de despedida y un papel con la dirección del navío, a modo de tarjeta.

Como quiera que el capitán conociera a cuantos hacían tan larga travesía, al llegar Mariano acompañado de sus amigos y de Pablo le dijo: *le recuerdo que el muchacho debe pasar por la Oficina de Extranjería para que le registren como ciudadano de Buenos Aires.*

El barco permanecería amarrado más de una semana. Reposición de combustible, descargar algunas mercancías y cargar otras. También llegarían gentes de otros países que cogrían el Ligure para retornar de nuevo.

Ya en tierra, se encaminaron hacia la oficina, no sin antes haber depositado en consigna las maletas y algunos bultos. El agente tomó nota de la documentación aportada, informando de la obligación de acercarse hasta allí cuando tuviera un domicilio habitual y un lugar de trabajo.

Muy cerca se encontraba un banco y Mariano tenía que cambiar las pocas pesetas por dinero del país bonaerense. Se acercaron a la ventanilla donde les atendió un empleado. Al tratarse de cambio de moneda, miró un listado, informándole, a la vez, del valor de la peseta que, por cierto, estaba bajo. Solicitó la correspondiente documentación. Tras rellenar un papel preguntó qué cantidad de pesetas quería cambiar. Sacó del interior del bolsillo un pequeño envoltorio de papel de periódico y le entregó unos billetes al empleado. Tanto Pablo como sus compañeros se alejaron discretamente. *¿Por pesos, verdad?* se volvió Mariano para preguntarlo a sus amigos. *Sí claro,* le respondieron, *por pesos argentinos.*

Le dio una explicación del cambio al tiempo que le entregaba la cantidad resultante: algunos billetes de más valor y monedas para uso corriente.

Ahora, lo primordial era encontrar un hospedaje donde poder comer y dormir. Una pensión modesta, de precio asequible.

A una distancia no excesiva del puerto, por fin, encontraron una casa. Dormitorios con varias camas. La separación entre ellas lo marcaba una mesilla o taquilla de madera. Servicios compartidos, lavaderos, aseos... El agua se extraía de un pozo por medio de una bomba.

Un matrimonio de una mediana edad, regentaba aquel negocio, aunque, al menos en esta ocasión, el papel del hombre correspondía al de una estatua ya que la señora ante cualquier duda o propuesta decidía y determinaba.

Los aires de aquella mujer respondían al cargo o dirección de una empresa. De estatura más bien alta; tez morena; cabello negro y en los ademanes muy resuelta. Afable y concisa en el diálogo; por el deje, se podía afirmar que era nacida en Argentina.

El precio de la pensión dependía del número de días acordados cuyo pago se haría por anticipado.

Mariano pidió parecer a sus compañeros y éstos le dijeron que el precio entraba en lo razonable y que a medida que se situara iría decidiendo.

En ese momento, al muchacho, le pareció muy bien; después de pagar aún le quedaba algo de dinero. Confiaba, además, en que pronto encontraría trabajo y los sueños comenzarían a tener realidad.

Los compañeros de viaje, a los que Mariano nunca podría agradecer su ayuda tan generosa, ahora debían llegar a

Santa Fe, donde residían y vivían al amparo de un pequeño negocio de su propiedad, amén de impartir clases de su especialidad en centros de enseñanza.

Aquella misma tarde el convoy partiría. Ahora quedaba pendiente que él diera su dirección.

Pablo quería ayudar a su amigo porque sabía del sufrimiento a la hora de buscar trabajo.

Verdaderamente escalofriante resultó presenciar la despedida de los dos compañeros. Abrazados entre sí se dejaba sentir el cariño sincero. El temor a que no se volvieran a ver, el separarse, les resultaba muy doloroso.

El día despertó tantas emociones que la propia condición humana exigía algún rato de tranquilidad.

Pablo le invitó a cenar en el barco, pues como personal de plantilla no tenía inconveniente alguno.

Con el fin de que Mariano se orientara decidieron ir andando hasta el navío. El recorrido, no muy largo, sirvió de una provechosa lección.

La cena, más que nunca, se convirtió en una reunión de familia. Todos se conocían. Naturalmente se veían gran parte del año al desarrollar el trabajo en el mismo barco. Se notaba un ambiente de hermosa camaradería. La cena, a la carta, la amenizaron los propios comensales.

Pese a las múltiples razones para tener un cierto optimismo, Mariano se dejaba influir por el pesimismo. Tal vez él se había forjado un mundo idílico, o se imaginó la tierra de promisión cuyo maná nacía cada mañana.

La realidad histórica, autenticada por un hecho social, puso de manifiesto que «las Américas», en el sentido de abundancia económica, correspondió a un fenómeno literario, en gran medida vacío de contenido.

Ciertamente la emigración a países americanos, muy en los principios del siglo XX, alistó a numerosos españoles. Numerosas familias luchaban por salir de las penurias y amargas estrecheces.

Quienes encontraron trabajo, mejoraron su posición, llegando algunos a encumbrarse a niveles desconocidos. Tal vez de estos destellos más de uno se dejó ofuscar y lo que correspondiera a la excepción se interpretó como regla de aciertos.

A la luz de un análisis serio y profundo pensaría que no existieron sobrados fundamentos que justificaran esta diáspora. Dejar su tierra, abandonar lo que más quería y sólo por un trozo de pan jamás merecería la pena; el sufrimiento del viaje, el riesgo a lo desconocido, la incertidumbre y el probable fracaso, la lógica desconfianza etc., limarían hasta la más férrea voluntad.

No obstante, el caso de nuestro personaje, en ningún momento se le podía acusar de irresponsable o inconsciente. A título individual, las obligaciones habidas con sus padres, con toda responsabilidad, las dejó resueltas con la más alta dignidad. Ningún compromiso ni moral ni afectivo pendía sobre su persona, por lo que disponer y tomar decisiones a nadie afectaban ni en bien ni en mal. En otro orden de circunstancias Mariano ponía como aval su férrea voluntad y sacrificio.

Al día siguiente, Mariano y Pablo, iniciaron la jornada acudiendo a uno de los mercados o plaza de comestibles. Ha-

blaron con varias personas e incluso se hicieron algunos contactos, y si bien no se formalizó trabajo alguno las enseñanzas recibidas resultaron de enorme valor.

Escuchó; entendió cómo se negociaba; observó en qué medida se barajaba el brutal mundo de la competencia; comprendió que el dinero o la plata ocupaba un rango superior siendo el eje central de la discusión; vio que nada se regalaba; que si un día trabajaba el rendimiento o la producción debería superar con creces al salario percibido.

Mientras Pablo conversaba con los encargados de los puestos y les preguntaba si necesitaban alguna persona para trabajar, Mariano, en silencio, prestaba la máxima atención. Comprendía cuanto se decía.

Pablo, tan corto en edad, en cambio tan culto y experimentado, detallista en las formas, se percató del exiguo equipaje que acompañaba a este gran muchacho. Apenas unas amarillentas camisas, pocas mudas y unos zapatos más que ajados por el tiempo.

Si a tan corto inventario se añadía un viaje tan largo, el deterioro de la vestimenta llegaría al límite de su uso.

Cualquiera, medianamente observador se percataría al instante de las ejemplares cualidades del chico pero las formas externas enturbiaban sus profundos valores.

Pablo, ya maduro por haber librado numerosas batallas, quería de verdad a su compañero, pero como no tenía la certeza de que encontrara trabajo antes de que él volviera a la mar, al pasar por una tienda entraron para comprarse él una camisa.

Ya dentro del comercio, sutilmente le animó a Mariano a que mirase un traje.

Mira si te gusta algo.

*¡Nooooo!* le respondió.

Pablo insistió con un tono más que amable *¿no crees que al ir más elegante resultaría más fácil encontrar trabajo?*

*¿Tú piensas así?* contestó.

*Sin lugar a duda.* Y le contó una anécdota vivida por él mismo: *Cuando entré en el barco, como aprendiz, el maestro ingeniero además de la puntualidad, la atención, responsabilidad, la calidad etc. el aseo personal formaba parte importante del trabajo. Tanto significaba el decoro en la persona, que un día, recuerdo me desperté tarde y me fui al trabajo sin afeitarme. Al llegar e irme para firmar, mi jefe ya se encontraba allí. Se me quedó mirando y sin mediar palabra alguna me dijo: «cuando venga Ud. limpio, se presenta a mí e iniciaremos las tareas del día».*

*Al volver me informó que pusiese la hora de iniciación en la Hoja Diaria de Trabajo. Después continuó diciendo que no olvidase que además de desprestigio personal, el abandono de sí mismo representaba la mayor afrenta para cuantos le rodeaban.*

*Finalmente, al cobrar la semana me descontaron el tiempo que llegué tarde. Y como dirían por estas tierras «mano santa» no volvería a ocurrir.*

Mariano lo comprendió todo e incluso le parecía bien

el comprarse ropa pero ¿cómo lo hacía si no tenía dinero?

Apenas hubieran pasado algunos minutos cuando Pablo se acercó al compañero para sugerirle que comprara un traje. El dinero no importaba. Del pago se encargaba él y como ahora el barco regresaría de nuevo a España, se pasaría más de medio año hasta volver a verse. Ya para entonces celebrarían muchos acontecimientos.

Con la ropa nueva, realmente parecía todo un gran muchacho. Al verse en el espejo su rostro se llenó de honda satisfacción.

Pasado mañana el Ligure zarparía de nuevo.

Al día siguiente visitarían otra zona comercial en busca de trabajo. Harían distintos recorridos para conocer otras posibilidades y Mariano se quedaría en el nuevo domicilio.

Muy de mañana acudieron a un centro o plaza, principalmente de frutas y verduras. Contactaron con varios responsables de los puestos. Ahora Mariano contaba con bastante experiencia. En adelante le correspondería tomar las decisiones. Se trataba de acudir cada día a los diversos lugares de posibles demandas.

Hasta ahora la vida le iba sonriendo. Cuantos le rodearon en el largo camino le enseñaron a valorar la entrega y la generosidad. El futuro ya estaba trazado, el acierto dependía de seguirlo con decisión, sin error. Comprender que no se debía mirar lo hecho sino lo que faltaba por hacer.

Pablo acompañó a Mariano hasta la pensión. Le ayudo a llevar el corto equipaje. Un poco antes del adiós le recordó a su amigo que no se olvidara de escribir a sus padres, al Sr.



Cura y a sus dos amigos de Santa Fe. Le pidió también que cuando ya trabajara se acercase a la Oficina de Extranjería para darles la dirección de residencia.

Pronto empezaría a anochecer y Pablo debía acudir al barco. La despedida de estos amigos resultó muy dolorosa.

*Bueno, ya sabes dónde estoy, tienes mis datos.*

*Claro que sí,* contestó, al tiempo que sacaba el papel para confirmarlo.

Ambos se dirigieron hacia la calle y antes de cerrarse la puerta se desearon salud, entregándole Pablo a su compañero un dinero envuelto en un papel.

*Toma, le dijo, este pequeño detalle.*

Mariano se resistió a cogerlo.

*Por favor, acepta esta insignificancia.*

Mariano, un tanto desconcertado, marchó muy preocupado a su aposento.

La tenue luz de la tarde aún iluminaba un poco el interior, lo que permitía al joven contar el regalo de su amigo

No podía creerlo. Era mucho el dinero que le había dado. Con todo sigilo, miró a todo su alrededor por si alguien le hubiese observado y se lo guardó en el bolsillo. ¡Cuánta ayuda! ¡cómo lo iba a necesitar si no empezaba pronto a trabajar! pensó.

Colocó en unos colgadores la ropa con el fin de que no se arrugara. Se trataba de una barra rígida de la que colgaban las perchas de madera. Por encima unos trapos que protegían del polvo.

Para el nuevo inquilino todo resultaba novedoso. Además de dormir, quienes podían o querían comer en la pensión hacían un contrato y estipulaban un precio.

Al ser la primera noche, Mariano se quedó perplejo al contemplar gentes tan distintas, que no cabe duda pertenecerían a los más diversos países.

Sorprendido se quedó cuando uno de los allí presentes, se dirigió a él con voz autoritaria: *Tú ¿de dónde eres?*

*De Castilla, España,* respondió nuestro joven.

Casi instantáneo, dio un gran salto y, levantando las manos, gritó: *¡De mi tierra! ¡De mi tierra!*

Hablaron entre sí.

Procedía de un pueblo muy cercado. Ambos conocían el nombre aunque no hubiesen estado en los respectivos lugares.

Así como Mariano más o menos llevaba una semana, este otro castellano llegó hacía más de dos meses. Aventajaba en edad a nuestro amigo en más de diez años y tal como explicó, tuvo un trabajo que abandonó por motivos de salud.

Cada mañana, Mariano, bien aseado salía en busca de trabajo.

Los primeros días la timidez le traicionaba.

Intentaba hablar con alguien y antes de llegar se volvía. Al regresar a casa él mismo se tildaba de cobarde. *Mañana he de perder el temor,* decía entre sí, pero al día siguiente le ocurría algo semejante.

Para cambiar de comportamiento debería suceder algo

muy importante.

El dinero se terminaba y lo mismo ocurría con la fe.

¿Qué haría sin una peseta? No, no, sin un peso.

¿Dónde se cobijaría cuando no pudiera pagar la pensión?

En las preguntas que se hacía no entraba la comida.

Antes de tener que volver vencido ejercería la mendicidad.

Por más que visitara tantos puestos de venta ofreciendo sus servicios la oportunidad no llegaba. Los tenderos le miraban con simpatía, incluso le ofrecían gratuitamente productos de los que vendían, principalmente frutas.

Precisamente aquel día se terminaba el pago, que por adelantado, entregara a la señora de la pensión. A partir de ahora o se renovaba el acuerdo o la situación se podría calificar de precaria. Pasó por su mente vender el traje; escribir a sus compañeros de viaje... y a poco más podría recurrir.

Decidió hablar con la señora que regentaba la hospedería. Se dirigió a ella y le contó la situación real.

La dueña escuchó con atención y al ver la angustia de aquel joven quedó tan impresionada que le ofreció que permaneciera allí el tiempo que necesitase e incluso que pudiera comer gratuitamente.

Mariano quedó mudo; dio gracias a la señora y ésta le animó a seguir buscando trabajo, garantizándole que lo encontraría por su forma de ser. No hacía falta decir que si ella supiera algo se lo comunicaría.

Si este muchacho se detuviera por un instante a pensar

en la generosidad de la Diosa Fortuna se debería sentir el más rico del mundo. En los momentos extremos, al límite de la dificultad, la entrega de los demás no podía responder con mayor esplendidez.

Se levantó muy de mañana. Pensó que aquel día festivo lo podría dedicar a conocer mejor los alrededores. Se aseó como cada día y se puso a andar por las calles sin rumbo alguno.

Suspendida en el ambiente, una ligera canícula cubría el cielo. Atento a cuanto veía no quería perderse detalle alguno. Apenas circulaba gente. Algún perro callejero, huidizo, iba de un lado para otro en busca de comida. De algunos balcones colgaban ropas. Un carruaje, tirado por un borriquillo, transportaba mercancías.

Recorrió, sin descanso, hasta el mediodía. A medida que se fue adentrando en la ciudad las estampas presentaban otro colorido. Suntuosos edificios; de algunos ondeaban banderas y en las hornacinas se contemplaban bellísimas estatuas de personajes ilustres.

Interminables avenidas a ambos lados adornadas de árboles como si se tratara de guardianes militarmente alineados.

De repente, como si el mundo se abriera, una plaza sin medida en la que confluían incontables arterias. En el centro un estanque que mecía con el agua la esbelta figura de un personaje emérito emergiendo de un pedestal.

Los tranvías circulaban por los raíles simulando en el suelo dibujos entrecruzados.

Todo, para aquel muchacho, se mostraba con un halo de

misterio aunque en su mente lo iba reconstruyendo como algo natural y lógico nacido del raciocinio humano.

La reflexión le llevó a ver con claridad que los valores de una sociedad emergían de la riqueza de conocimientos y de las vicisitudes superadas. Cuando la mirada agotaba la lejanía el espíritu no tenía fronteras. Por ello, cuando el egoísmo se convierte en generosidad, la alegría la experimenta en mayor grado quien la da, que aquél que la recibe.

Esta lección la aprendió el muchacho de tal manera que al volver hacia casa encontró a una señora mayor pidiendo. Pensó que se trataba de una prueba de Dios. Le miró y no dudó en darle cuanto llevaba. Al ver la anciana que se trataba de una limosna importante, levantó la cabeza para mirar a los ojos a tan caritativa persona exclamando: «*Que Dios se lo pague*» *mi buen amigo*.

Con este ejemplo quiso reconocer cuanto había recibido y en qué medida la generosidad producía mayor alegría para quien la impartía que para el que la aceptaba.

Volver de nuevo al domicilio le llevaría largo rato. Se había alejado en exceso. Seguramente las prisas le confundieron de calle por lo que hubo de retroceder para orientarse de nuevo sobre el terreno conocido.

Un hecho resultaba innegable: la angustiada preocupación por conseguir un trabajo era una pesadilla que le asaltaba en todos los momentos del día.

Se sentía engañado. La idea que le habían transmitido en su pueblo no coincidía ni en lo más lejano con la realidad.

¿Podiera ocurrir que no le vieran capaz en algún aspec-

to? ¿Que no infundiera confianza? ¿Acaso la demanda de ocupación se movía en otras zonas? ¿O... se necesitaba tener ciertas dosis de paciencia e insistir para conseguirlo? Estas y otras muchas preguntas se hacía sin descanso. No podía dormir.

Si en algún momento ya exhausto se quedaba traspuesto, de repente se sobrecogía con un tremendo sobresalto.

Cuando llegó a la pensión empezaban a repartir la cena. Los comensales sentados alrededor de largas mesas esperaban el reparto de la comida contenida en perolas. La medida del cazo llenaba el plato de la sabrosa sopa. Sin mediar palabra la repartidora puso un cubierto completo frente a Mariano y cuando le correspondió le sirvió como a uno más.

Con toda certeza que de no haber surgido todo ello con tanta naturalidad, Mariano, no habría cenado.

El concepto de la vergüenza lo tenía tan profundamente grabado que con el paso de los días habría de modificar la conducta. Debería valorar en cada circunstancia lo conveniente sin descender a lo chabacano.

Sucede, que a ciertos niveles, algunos juzgan lo sensato como prudente, pero, a otros niveles lo prudente estaría más cerca de lo insensato.

Desde el comedor el joven marchó hacia el lavadero para meter en agua y enjabonar unas mudas y unas camisas, pero antes se quitó la ropa de fiesta.

Al cambiarse, en uno de los bolsillos del pantalón tenía un dinerito, unos cuantos pesos. Se llevó muchísima alegría.

Comenzaba otro día. Muy de mañana, bien aseado, se marchó hacia el mercado. Recorrió los puestos y habló con los

tenderos. Éstos le veían con tanta frecuencia que ya le apreciaban. El muchacho se iba soltando en el trato. Se notaba una cierta fluidez en la conversación.

Pasaban los días, semana tras semana, mas el trabajo no llegaba.

Aquel día lo iba a dedicar haciendo otro recorrido. Creyó que debía otear otros horizontes. En lugar de buscar en el centro urbano intentó andar por los barrios periféricos.

Él solamente podía aspirar a trabajos mecánicos: agricultura, transporte con animales y todo aquello que requiriera algún esfuerzo físico.

Sus conocimientos no le permitían desempeñar puestos administrativos, pues apenas sabía leer y escribir debido a no poder asistir a la escuela por el trabajo del campo.

De la inteligencia innata del joven nadie podía dudar.

Debidamente enseñado desarrollaría cualquier actividad mecánica, bien manual o con maquinaria. La garantía de fiabilidad y precisión le acreditarían como único.

No paró de andar. En el recorrido le llamó la atención una chatarrería, no lejos de allí una fábrica de baldosas y cerámica; a poca distancia, a través del enrejillado de una valla se veían tablares de plantas, que por su altura y verdor, correspondían a muy diversas especies. Casi con seguridad que se trataba de un vivero. Le llamó la atención un almacén de cisco, carbón y leña.

Sentía como se veía capaz de responder a todos estos trabajos. Como era día festivo todo se hallaba cerrado, por lo que al

día siguiente se presentaría a primera hora en estos lugares.

Aquel día compró un bollo y se lo comió a canto seco. Sentado en un banco público comprendió que la hora de volver ya había llegado.

Al entrar en la casa la señora interrumpió a Mariano: *creo que Ud. es de España, castellano ¿no es así? Sí señora*, afirmó el joven.

*Ocurre que un amigo, precisamente castellano vino a hacernos una visita esta misma tarde. Le pregunté si necesitarían algún trabajador en su negocio. Pues creo que sí, respondió. He oído que estaban buscando a alguien. Por ello hemos quedado que volvería mañana, cuando termine el trabajo y así se conocerán. Está muy interesado en ayudarle.*

A la mañana siguiente salió muy temprano. La fe iba decayendo. Si el espíritu no se mantenía vivo el fracaso llegaría de inmediato.

Recorrió los puestos de la plaza por si hubiese salido algún trabajo. Ya, cuando veían llegar al muchacho los responsables de los puestos sentían por él una cierta compasión. Una vez más la triste respuesta «no ha salido nada».

Quién podría imaginarse que aquella tarde se iba a convertir en la referencia más importante de la vida de Mariano.

Siento en mí, desde la posición de mero narrador, cómo se cumple el principio que, además de racional se acerca a lo metafísico: el esfuerzo, la tenacidad, etc., siempre tienen recompensa.

De regreso a casa buscó el camino más corto. Cuando



llegó ya habían comido pero la dueña al verle le preparó un plato. El muchacho se mostró muy agradecido y al terminar acercó el plato a la cocina, al tiempo que habló con la señora sobre la visita de su amigo.

Tras una breve conversación el chico marchó a lavar y tender unas mudas.

Apenas terminó, al entrar del patio, casi se topó con la dueña y el amigo, un señor de unos cincuenta años, alto, fuerte, moreno, pelo abundante ligeramente ondulado, tez sonrosada, ojos azules y un pequeño bigote. Ante la reticencia de Mariano se adelantó a estrecharle la mano.

*Así que eres castellano ¿de dónde concretamente?*

*De Marmolejo de Arriba, le contestó.*

Casi sin terminar el señor se abrazó con fuerza al muchacho al tiempo que gritaba frenético: *¡Somos hermanos! ¡Somos hermanos!*

Mariano, asustado, no comprendía nada y le faltaba capacidad para reaccionar.

Superadas las primeras emociones, decidieron sentarse.

El señor visitante dijo que se llamaba Moisés.

La conversación se inició hablando de la tierra pues, qué coincidencia, los pueblos de ambos pertenecían a la misma comarca y seguro que conocían a vecinos en común.

Prosiguió la charla, ahora por otros derroteros.

Le informó a Mariano de la posibilidad de que le contrataran si le parecía bien.

Se trataría de conducir un carro tirado por un borriquillo para transportar verduras cada día a los puestos de una plaza.

Moisés explicó que él trabajaba en un almacén de cereales cuyo dueño tenía a su vez algunas huertas con producción de hortalizas; que le facilitaría hablar con el amo; que le recomendaría y que contara con su aval. Las condiciones de trabajo, sueldo y otros acuerdos los debía negociar él.

Más o menos le explicó las condiciones que tenía el actual operario.

Se levantaba muy temprano para llegar a primera hora a la plaza. Descargaba la mercancía en los puestos al tiempo que recogía los pedidos para el día siguiente.

Regresaba de nuevo a la huerta. Por la tarde prepararía lo solicitado, cargándolo en el carro por el orden de entrega. Debía cuidar del borriquillo. Y se olvidó Moisés del mastín bonachón y tranquilo en la paz, resolutivo y contundente en la guerra.

Debería tener en buen estado el carro y aperos así como reparar los desperfectos que pudieran surgir en los establos.

En el rango de importancia para el dueño, las relaciones entre los compañeros y resto de trabajadores tenían especial importancia. De la amistad con ellos y la agradable convivencia nacería la mutua ayuda sin condiciones. Se requería esta predisposición tanto más al compartir aposentos y servicios: la comida, los aseos, el lugar de descanso...

Moisés le hizo ver que el estipendio que acordaran prácticamente lo podría ahorrar en la totalidad.

La dueña de la pensión que acompañó en la conversación mostraba un rostro de complacencia. Manifestó su alegría y exhortó a Moisés a prestar toda su ayuda a Mariano.

Tenían que comentar mucho de la tierra patria pero el trabajo era lo más urgente.

Mañana mismo vería al dueño. Lo que le dijera lo comunicaría de inmediato.

El muchacho se ausentó mientras se quedaron hablando la señora y Moisés.

Algo comentarían sobre la situación económica de Mariano, pues antes de marcharse Moisés le buscó para decirle que si necesitaba algo que se lo comunicara, al tiempo que le daba su dirección y una pequeña ayuda.

Inmediatamente, no hizo nada más que recoger la ropa tendida, se acercó a la señora: *«tenga este poco dinero; me lo acaba de dar el Sr. Moisés. Sé que para Ud. es una miseria en relación con lo que le debo. No tengo más pero confío en pagar pronto. Mi agradecimiento hacia Ud., continuó, será eterno. «El trato recibido no tiene moneda de pago porque pertenece al corazón.»*

La mujer no supo qué decir. Se quedó estática como una piedra.

*De ninguna manera aceptaría el dinero, añadió.*

*Cuando le dije que vos dispusiera de esta casa el tiempo que precisara, sobraron palabras; hoy de nuevo se lo vuelvo a recordar.*

Se había hecho un poco tarde y pronto llegaría la hora de la cena.

Mañana encaminaría los pasos hacia zonas distintas a las acostumbradas.

Al llegar a la alfarería encontró un operario que le atendió con amabilidad. Le acercó hasta el encargado al que se ofreció para trabajar.

En aquel momento no tenían necesidad de personal, pero más adelante probablemente habría que cubrir el puesto de una persona mayor.

*Déjeme la dirección*, le dijo. Mariano dudó en la precisión de los datos y añadió que llevaba muy poco tiempo en este país.

El encontrar trabajo se iba alargando de tal manera que las fuerzas a veces flaqueaban.

Para Mariano todo lo acontecido hasta ahora, en lo tocante a trabajo, tenía un nombre: fracaso.

Aunque repetido, la desesperación y la falta de fe en uno mismo, de siempre, representaron los condimentos inequívocos para una caída estrepitosa.

En tan corto tiempo, aquel chico, al contacto con tan diversas gentes, sufrió casi una metamorfosis:

Antes inconsciente hoy responsable.

Desconfiado atrás ahora razonable.

Individual en extremo, social y amistoso.

Hermético en conceptos, aperturista en ideas.

Pero no todo eran virtudes. Sufridor sí, pero contrariado.

Hombre con brío pero falta de fe.

Qué ocurriría aquella tarde. ¿Le diría que sí? ¿Volver a empezar?

Se había hecho la ilusión con este trabajo; se podía decir que ni pintado para él.

Pensar que no sucediera así le aniquilaba por completo; pero continuaría buscando. Y así, con este ánimo, seguro que algo encontraría no tardando.

Más que impaciente Mariano no se podía contener por los nervios. El regresar de nuevo le llevaba bastante rato. Cuando entró a la pensión Moisés no había llegado.

Muy probablemente no había tenido ocasión de hablar con el dueño y por ello nada podía comunicar.

En ese momento alguien llamó: *¡Francisca!* Se trataba de la señora que se encargaba de la pensión. Desde ahora ya conocía su nombre.

Pasó la tarde y Moisés no llegó. Después de la cena, pronto a la cama, pues mañana madrugaría para visitar otros negocios o comercios.

No hacía mucho que había amanecido cuando Mariano ya se estaba afeitando. Al mismo tiempo, otros allí hospedados también acudían a asearse antes de emprender el camino hacia una nueva jornada.

Aunque la hora se podía considerar temprana la verja de la chatarrería ya se veía abierta. Se acercó penetrando unos

pasos en el recinto. Con el mayor sigilo intentó captar cualquier ruido. Decidió salir y cuando iba a pisar la calle una voz: *¡Oiga, oiga! Qué quería*, le preguntó.

Volvió la cabeza y vio cómo se le acercaba una persona: *¿Qué desea?* le dijo.

He venido a pedir trabajo. Llevo muy poco tiempo aquí en este país. Soy español y necesito trabajar.

El señor, de unos cincuenta años me informó que allá a las diez ya estaría el intendente. Él le podría decir si había algún puesto.

Al llegar la hora acudió a la cita. El encargado ya tenía noticia de la visita.

Se intercambiaron los buenos días y las primeras palabras: *Así que Ud. busca trabajo. Aquí ahora mismo existe una posibilidad. Claro que el puesto resulta un tanto duro. Se trata de atender a un horno de fundición, compartiendo la jornada con otros compañeros. El sueldo inicial se iría mejorando a medida que aumentara la experiencia.*

En un tono de cercanía el señor acompañó a Mariano hasta la fundición donde saludó a los que trabajaban allí.

Después le despidió saliendo con él hasta la puerta. *Sí, le ruego que me diga algo cuanto antes.*

Tan pronto encontró un banco se sentó para echar cuentas. Superados todos los gastos, bien podía enviar a España una cantidad importante.

El túnel que hasta ayer se iba oscureciendo, ahora, casi de repente se empezaba a ver con una remota claridad.

Parecía que la distancia a su Castilla se acortara. Qué distinto resultaba el contar con medios para poder volver algún día a su pueblo a carecer de ellos.

El ahorro decidiría el tiempo que permanecería fuera de su patria. Lo que realmente habría que reconocer como prudente surgía al pensar que la lucha para alcanzar la meta sólo tenía un fundamento: la abnegación.

Seguramente, muy de inmediato, el joven se encontraría en un callejón sin salida.

Escoger entre varias opciones definiría la suerte para su futuro. Estas situaciones traen a la memoria cuán efímero resulta para el hombre gozar de la felicidad. Cuando no se tiene se ansía; cuando se tiene el temor a perderla entristece. Por tanto, lo menos malo se encontraría en el tiempo de lucha para alcanzarla.

Del análisis paralelo de ambos trabajos, los pesos de la balanza determinarían con cierta claridad los supuestos. Las hipótesis, a la luz de lo posible, en nada se tendrían en cuenta. Las condiciones, hasta las económicas, se analizarían a la luz del resultado final.

Al volver, entusiasmado, el camino resultó muy corto. Empezaban a soplar «buenos aires».

Nada más llegar a la pensión buscó a la señora Francisca y le contó la entrevista tenida con el señor de la chatarrería. Ella conocía exactamente dónde estaba. *¿Tan lejos ha ido? pero muchacho...*

Mariano continuó informándole que si estaba interesado ya podía ir a trabajar.

Francisca hizo un gesto de extrañeza y le interrumpió:

*Cómo, ¿pero ya se ha comprometido?*

*No, aún no. Aunque tengo necesidad de trabajar.*

*Claro que sí, intervino la señora y debo decirle que me siento orgullosa de tener un huésped como Ud.*

*Debo aclarar que, antes de tomar una decisión lo someteré a su buen criterio.*

Aportó el muchacho más detalles. Al llegar al sueldo la señora, rápidamente con el gesto pensativo, entrecerrando los ojos, concluyó: *No está mal. Si sabes conducirte podrías ahorrar bastantes pesos.*

Viendo el interés de la señora en ayudarle, Mariano, con la mayor sinceridad afirmó:

*A mí me gustaría más el trabajo del que me habló Moisés, siempre que el sueldo no bajara. Pero... Sra. Francisca le pido por favor que me aconseje como si se tratara de un hijo suyo.*

*Ud. sabe muy bien que el dejar a los padres, hermanos, la tierra, amigos... supone una angustia tal que no se puede describir por más que uno lo pretenda. Si a ello añadimos el viaje, la duda del mañana, buscar y encontrar trabajo, quedarse sin dinero; todo ello desgastaría de tal manera, que aquél que no tuviera mi suerte, bien se podría dejar arrastrar por una solución drástica.*

*Sin embargo yo sería injusto, más bien diría despreciable, si me quejase, lo más mínimo de mi afortunada suerte*

*He sentido los favores, así lo reconocí y di gracias a cuantas personas me prestaron ayudas de todo tipo. Y, en eterna gratitud, una vez más, seguiré dando gracias a la vida. Apre-*



*did a la lección, por donde vaya, impartiré tal enseñanza.*

Y como posiblemente hoy vendría Moisés a traer agradables noticias, Mariano se quedó a comer. Qué sopa, qué garbanzos, qué bola. Casi como el cocido de su madre. Un auténtico manjar.

Parece ser que a comer acudía muy poca gente pues, en general, los huéspedes trabajaban lejos y no había tiempo para venir a comer y volver. Luego, a la hora de cenar todo se llenaba.

Aprovecharía la tarde para lavar y tender alguna ropa.

Aquella mañana, en especial, como había madrugado bastante entró en el dormitorio y se sentó en una silla, quedándose traspuesto largo rato.

Cuando se despabiló, como nadie le veía, levantó los brazos para estirarse al tiempo que abría la boca de oreja a oreja en un prolongado bostezo.

Sin rodeos, con decisión marchó hacia el lavadero a remojarse la cara.

En esos instantes se oyó chirriar la puerta de entrada. Un poco más tarde Francisca acompañada de Moisés buscaba a Mariano. Al oírles fue a su encuentro. Moisés al ver a su coterráneo, le puso la mano en el hombro al tiempo que le preguntara:

*¿Qué tal amigo?* mientras le miraba a los ojos con una sonrisa de afecto.

Intervino Francisca: *¿No os parecería mejor sentaros?*

Así lo hicieron, ausentándose un momento la señora para traer unos vasos de vino y que la conversación resultara más

amena.

Tras un momento de silencio tomó la palabra Moisés. A él le correspondía informar.

*Hablé ayer con el amo, pero se me hizo muy tarde para venir.*

*Me dijo que en efecto buscaba a una persona para transportar los productos de la huerta a los puestos de la plaza. En los mismos términos que comenté el otro día.*

*Comer y dormir en las instalaciones cercanas al trabajo.*

*Para empezar el sueldo fijo sería de tantos pesos. Si las ventas superaran tal cifra habría un tanto por ciento de gratificación.*

Francisca, aunque permanecía de pie, prestaba atención a la conversación.

Moisés, después de explicar con detalle los pormenores, rogó a sus compañeros le dieran su parecer.

Francisca, dirigiéndose a Mariano, le pidió que le informara a Moisés de la otra ocupación que le habían ofrecido casualmente esta misma mañana.

Éste, a su manera, por cierto muy clara, lo explicó. Ahora pidió que le ayudasen a escoger partiendo de una premisa:

*Salí de mi casa en busca de un lugar más prospero donde poder lograr unos ahorros con esfuerzo y dignidad. En esta querida tierra, con el sudor, quisiera ver cumplidos mis deseos. No me importa el sacrificio que se me pida pero me urge porque el tiempo pasa velozmente.*

Moisés, que no perdería detalle alguno, comentó entu-

siasmado:

*Amigo Mariano, he de felicitarte por tu entereza. Debo aplaudir la rectitud de tu conducta. Me siento dichoso de venir de aquellas tierras porque haces honor a ellas. Y sobre todo porque has escogido este país como nodriza de tus nobles aspiraciones.*

Tales palabras crearon un ambiente muy emotivo.

Intervino Francisca:

*Nosotros podemos darte un parecer con la mejor intención, pero a ti, por derecho propio te corresponde tomar decisiones. En nosotros, siempre, bien en el podio de la gloria como en los momentos de aflicción, tendrás el respaldo de la ayuda y de la amistad.*

*Si lo analizas los trabajos en nada se parecen, dijo Moisés tomando la palabra. Uno dentro de un recinto, en un ambiente cerrado. El otro al aire libre disfrutando de la naturaleza y del paisaje.*

En la fundición, el sueldo era un poco más alto; pero si se descontaban la comida y la estancia quedaría muy por debajo del otro.

*Sin embargo nuestra amiga no ha podido expresarse mejor:*

*Yo te pediría un favor, sugirió Moisés:*

*Toma la decisión que creas pero inmediatamente se lo comunicas a ambas empresas.*

*El sí o el no. Ambas han confiado en tí.*

*¡Ah! Se me olvidaba: en la huerta trabajan tres compañeros. Entre ellos existe un compañerismo ejemplar. Precisa-*

*mente uno de ellos por la edad está a punto de jubilarse. En caso de aceptar el puesto, le sustituirías tú.*

*Si decides por la huerta, antes de comenzar deberás ir a hablar con el dueño, quien te dará a conocer todos los detalles del trabajo. Te presentará a tus compañeros y a los clientes así como el camino a recorrer cada día, y el amo te hará los papeles que te darán la categoría de trabajador argentino.*

*Entonces ¿puedo ya ir mañana?, preguntó el muchacho.*

*Pero ¿a dónde?, replicó Moisés.*

*Es que yo creía que ya había escogido, en voz alta, la huerta.*

*Y, sin respirar, volvió a preguntar: ¿podría ir ya mañana?*

*Por qué no, le contestó Moisés al tiempo que le propuso venir muy de mañana a por él para llegar al trabajo a la hora y poder contactar con el dueño.*

*Francisca explicó, con sabia ocurrencia, cómo evitar tantos viajes a Moisés dado que uno de los huéspedes de la pensión trabajaba muy cerca de la empresa e iba cada mañana a horas muy tempranas pudiendo ir Mariano con él y seguramente volver también.*

*Les pareció muy bien. Ella hablaría con el interesado.*

## Capítulo IV

### Los comienzos reales de un sueño

Todo, como estaba previsto.

Al llegar donde trabajaba Moisés, saludaron a éste, que acompañó a Mariano al despacho del dueño. D. Santiago saludó a Mariano. Su explicación coincidía literalmente con la que le había dado Moisés. Hablaron del trabajo, del sueldo y de los compañeros en un ambiente muy distendido.

Firmó Mariano los papeles y de todo ello le entregó una copia.

Para no demorar el compromiso D. Santiago acompañó a Mariano hasta la huerta. En la conversación habida a lo largo del camino, el dueño valoró en gran medida a Moisés y la confianza que tenía puesta en su persona.

Ya dentro de las instalaciones se acercaron donde se encontraban quienes iban a ser sus compañeros de trabajo y de fatigas. D. Santiago se los presentó así: *Vas a tener unos compañeros que son muy queridos. Faltaba otro que vendría más tarde. Hoy nos quedamos a comer con vosotros ¡claro si nos admitís!. Después nos iremos un poco pronto. He de atender unos compromisos.* Lo aceptaron con todo el agrado y se mostraron de verdad afectivos.

La anécdota del día surgió cuando se acercaron donde se estaba «Bartolo», nombre por el que se conocía al simpático asno. Al abrir la puerta comenzó a rebuznar. Al acercarse Mariano, le acarició y le empezó a lamer.

Al irse, el animal de nuevo se puso muy impaciente tirando de la cabezada con ímpetu, como si quisiera acompañar a Mariano.

Comieron allí en la propia finca como cada día. Hoy un guiso de carne con papas. Más que exquisito: para chuparse los dedos, como dirían en Castilla; ensalada, fruta, café y una copita de orujo.

Ni siquiera en las fiestas de su pueblo, dijo Mariano, se comía así.

Al volver, de nuevo recorrerían el camino que cada día frecuentaría Mariano con el carro de verduras.

En todo el trayecto las roderas, bien apelmazadas, parecían a lo lejos como si estuvieran dibujadas. En el centro una cenefa de hierba que se prolongaba en medio de las sendas paralelas.

En las márgenes del camino, campos salpicados de minúsculos caseríos. Prados inmensos, con cercas de madera donde pacían las meditaabundas vacas.

Más cerca de la populosa ciudad se levantaban algunas edificaciones suntuosas, recreo de magnates o gentes pudientes.

Tal como seguíamos avanzando hacia el interior llegaríamos a la zona industrial. Diversas fábricas dedicadas a la producción de los más variopintos artículos.

Ahora, cuando volvíamos, me fijé en muchos detalles que por la mañana me habían pasado desapercibidos. No me percaté de la presencia de la fábrica de D. Santiago hasta no encontrarnos encima. Entramos y el dueño se acercó al almacén, donde trabajaba Moisés, para decirle que me atendiera hasta que llegara el compañero con el que volvería a la pensión. Mientras, estos dos castellanos celebraban haber conseguido un trabajo.

La semana siguiente se verían para conocer los cambios habidos en nuestra España, pero de modo especial, en nuestros pueblos.

Como quedaron en que empezaría a prestar los servicios la próxima semana, Mariano aprovechó para ir a la Oficina de Extranjería a presentar el contrato de trabajo así como la dirección del domicilio. Le pidieron unas fotografías para hacerle el salvoconducto. Con éstas le hicieron el documento que le permitía andar con tranquilidad por todo el territorio argentino.

Le faltó tiempo para acercarse a la chatarrería o fundición. Habló con el encargado que le atendió hacia escasos días, al que informó del trabajo que le había facilitado un compañero español. Agradeció su comportamiento y le pidió que si algún día necesitase algo, no dudara en acercarse hasta allí.

A partir de ahora la deuda la tenía con sus padres, sacerdote y compañeros de Santa Fe, sin olvidarse de Pablo, el que cuidara con tanto celo del buen funcionamiento de las máquinas del Ligure.

Claro que también se le debería justificar no haber enviado alguna noticia a su pueblo porque pocas podía mandar y

menos para contar ciertas calamidades anímicas ante la demora del trabajo.

La seriedad y el carácter de Mariano, a la hora de relatar su vida, de siempre me llamaron la atención.

En el ánimo de resaltar algunos detalles sobresalientes de este muchacho, debería precisar las diferencias abismales en el comportamiento. Ante el dolor, como algo físico, el joven contaba con antídotos para soportarlo con fortaleza. En cambio la angustia, perteneciente al mundo de lo psíquico, le destruía. Sólo el pundonor le daba fuerzas para seguir luchando aunque en el alma se hubiese fijado la tristeza.

Con seguridad ahora escribiría a todos, también a Pablo ¡qué buen compañero! ¡le debía tanto!

Tampoco se podía olvidar de Ricardo y Elena. Por él hicieron lo que no hubiesen hecho por su propio hijo, de haberlo tenido. Lo repetiría una vez más si al hacerlo no lo tomaran como pesado. Sin ellos hubiera fracasado.

Tenía muy presente la deuda con la señora Francisca, dueña de la pensión.

Para ella siempre habría un reconocimiento profundo ¿Qué camino hubiera tomado sin su ayuda? Su generosidad y entrega nunca tendrían compensación ni pago.

Mariano aprendió a remar en aguas tranquilas. Hasta ahora se había tropezado con personas legales, sin maldad. Mas si en el largo recorrido de la vida la buena sementera da frutos sabrosos, si no se arrancaban las malas hierbas, éstas sofocarían a las buenas hasta llegar a secarlas.



La madurez la adquiriría a medida que la adversidad le plantara cara y superara las artimañas que ésta le tendiera. Ante los escabrosos escollos debería sortear con fuerza y sabiduría las olas que arrastrarían a la barca hacia las rocas.

Surcando el piélago de la existencia el hombre se puede encontrar con tormentas en noches tenebrosas que le impidan ver el faro. Olas tan violentas que hagan zozobrar la nave. Afrontar tales situaciones sólo se logra agarrando con fuerza el timón al tiempo que se rema hasta el agotamiento.

Pero las adversidades, pocas veces, emergen de la naturaleza. Suelen esconderse en la propia sociedad. El vituperio, la envidia, el desprecio, anidan muy cerca de la convivencia humana. Quienes superan tales pruebas se convierten en héroes inexpugnables al estar por encima de tales mezquindades. De esas personas se puede afirmar, sin duda alguna, que HAN TRIUNFADO. Sí, ahí reside la verdadera gloria.

A Mariano se le veía sonriente, feliz. Dentro de él bullía la alegría. Se imaginaba cómo colocaría en orden las verduras en el carro. Todo el mimo para «Bartolo» y el cuidado de los aparejos. Engrasaría las ruedas al tiempo que limpiaría el carro; se esforzaría por complacer a los clientes; pondría el mayor cuidado en atenderles; Sería riguroso en la hora de llegada. Bien se podría decir aquello de que es preferible una hora antes que un segundo después. Levantarse no más tarde de las cinco. Habría una distancia hasta la plaza de una legua y media. No importaba.

Por fin llegó la víspera del gran acontecimiento. Comenzaba el camino que le conduciría hasta el primer peldaño de sus aspiraciones.

Nada más comer el nuevo trabajador se acercó hasta la señora Francisca. *Bueno, Mariano, todo llega*, pronunció con voz cariñosa la señora añadiendo:

*A ti nada tengo que decirte. No cambies; sé el mismo. El laurel lo ostentan solamente los vencedores. Tú lo conseguirás.* Mariano rogó a Francisca que le tuteara.

*Acércate a vernos siempre que puedas.*

El joven añadió a esto *¡gracias, muchas gracias!*

No sabía lo que le depararía la vida. Pero entonces, en aquel instante, su corazón le decía que la quería.

Dios mediante vendría la próxima semana. Le pidió, por favor, que le dijera cuánto le debía. Sabía que no tenía dinero pero en cuanto cobrara se lo pagaría.

A esto Francisca contestó: *bien, bien. Olvídese de ello.*

Salía ya por la puerta cuando se acordó de que además de algunas mudas, en la percha tenía colgado el traje que le regaló Pablo y unas camisas; y en la mesilla los zapatos casi sin estrenar. Le pidió a Francisca que se lo recogiera.

*Claro que sí*, le respondió la señora.

*Se lo colocaré en un lugar a buen recaudo.*

Al salir de la pensión sintió que algo perdía.

Se le apoderó la tristeza.

Muy confundido, marchó hacia el centro de la ciudad donde cogería un tranvía que le llevaría hasta el final del Polígono Industrial. Desde allí, a pie, un camino llano y recto le conduciría hasta la enorme huerta y su caserío.

Pequeños arroyuelos o regatos cruzaban el silencioso camino que, además de bucólico, su belleza no tenía parangón.

Allí le esperarían sus compañeros. Cómo le recibiría Bartolo, ¿se acordaría del otro día? ¿pingaría las orejas? ¿rebuznaría de contento?

A la vez que todo le parecía nuevo la atracción por el lugar, los trabajadores, los animales, la casa donde vivir, el trabajo en sí lo idealizaba como el edén de sus ilusiones.

Llegó a la valla. La puerta de una sola hoja cerraba la entrada. Quitó el pasador y ya dentro cerró de nuevo.

Apenas anduvo unos pasos un corpulento mastín -cuando le vio a lo lejos no le parecía tan enorme- avanzaba hacia él a un paso ligero ladrando a la vez. Al ver que se acercaba se detuvo, le olfateó mostrándose apacible. Continuó al tiempo que el perro le seguía de cerca.

No sé si la casualidad o la simpatía dio vida al hecho de que Bartolo, el gracioso borrico, al vernos corriera hacia nosotros a la vez que rebuznaba y se rozaba el hocico sobre mi brazo.

Quienes iban a compartir tantos días el mismo techo, mesa, trabajo... en estrecha convivencia se percataron de que llegaba un buen compañero. Salieron a recibirle, dándole la bienvenida con un abrazo.

El muchacho sintió enorme alegría.

*Me llamo Mariano, les dijo y ¿Udes.? Yo Dámaso, ya me jubilo y me voy orgulloso de todos porque te aseguro que jamás ha surgido discordia alguna entre nosotros ni tirantéz. Hemos sido una auténtica familia tanto en el trabajo como en el descanso.*

*Confío que todo discurrirá de igual manera en lo sucesivo.*

*Mi nombre, dijo el otro, es Cosme. El mío Santiago, el mismo nombre que el jefe, pronunció el tercero.*

*Mariano, en tono afectivo, dijo: cómo celebro la suerte de tener estos compañeros.*

*Representáis a mi familia, pues los seres más queridos (mis padres) se quedaron en España.*

*Yo he venido a trabajar con vosotros.*

*Os pido por tanto que me ayudéis para hacer las cosas bien de manera que la misma confianza que os pido igualmente la tengáis en mí.*

Tras este cambio de credenciales, Dámaso le fue explicando en qué consistía el trabajo: El día anterior al reparto, de acuerdo con los pedidos de los clientes, se preparaban las mercancías en cajas. Se procuraba hacer la recolección a última hora con el fin de que las hortalizas y demás productos tuvieran la mayor frescura.

Pero como tal labor la iban a llevar a cabo esa misma tarde, lo mejor era verlo y se cumpliría aquello de que «vale más una imagen que mil palabras.»

Luego le enseñó la pequeña habitación con una cama de madera, el colchón de lana, sábanas, mantas y colcha. Al lado la mesilla. En la parte de atrás un armario para colgar la ropa y junto a él un espejo en la pared, encima del palanganero, con el jarrón y la jofaina. Sobre la mesilla la palmatoria con su vela. Cercano a la puerta un ventanuco muy reducido.

En cuanto a los servicios comunes una espaciosa cocina y adjunto el comedor. En la primera el amplio hogar con el fuego bajo. De allí salía el humo a través de una ornamental chimenea con su madero que servía de vasero. No faltaban también algunos armarios con numerosos estantes donde se colocaban los diversos platos, sartenes, ollas, vasos, cubiertos...

Adosada a la pared una meseta con varios recipientes llenos de agua. Un poco más elevado una alacena con puertas donde se guardaban el aceite, la sal, ajos, pimentón, azafrán y tantos y tantos condimentos y especias.

Al lado, compartiendo la sala, algo separada de la cocina, una mesa larga de gruesa madera con sillas robustas a ambos lados. Varios cuadros con motivos florales, cacerías o plumillas adornaban, con gracia, las paredes.

Para lavar y tender la ropa, un cobertizo rectangular, de techo más bien bajo teniendo como apoyo la pared principal.

Una amplísima calle separaba las estancias domésticas de los cobertizos. Dedicados éstos a los animales cada uno se usaba para un fin específico.

La corte de los cerdos ocupaba el primero: en la zona interior tenían las camas de paja. Bien se notaba que no les faltaba de comer por lo gordos y el lustre que tenían.

El siguiente cobertizo correspondía a Bartolo. A la altura del jumento, en la parte trasera se levantaba un pesebre sostenido por unas recias varas de madera. La estampa del simpático borriquillo, además de graciosa despertaba cercanía. Muy próximo al rincón abundante paja donde se tumbaba el inteligente asno. De la pared, en riguroso orden colgaban algunos aperos: cabezadas o cabestros, albardas, sogas, etc.

Ocupaba el siguiente apartado el carro de varas: ruedas pequeñas con radios de madera, tapiales dobles, practicables, dos tentemozos delanteros y otros dos en la parte trasera. En esta misma zona de atrás dos mazos de madera que frenaban el carro al presionarlos contra las ruedas. Todo el carro estaba pintado con tres colores: los cubos de las ruedas y el conjunto de los perfiles de rojo, otra parte de verde y los herrajes de negro.

Colgadas de la pared, por modelos, herramientas para trabajar la madera: sierras, cepillos, azuelas, gubias, escofinas, galopas, barrenas, berbiquí, mazo, martillo e innumerable instrumental para hierro: llaves, puntas, clavos, hachas, tenazas...

Como medida de precaución, una piedra en forma de cuña, colocada en el suelo junto a una de las ruedas del carro, le impedía rodar.

Al tiempo de irse hacia el otro cobertizo, Dámaso llamó al mastín, pues no se había percatado de que descansaba dentro de su caseta.

*¡Lucero! ¡Lucero!* le llamó; éste salió, y se acercó a él. Continuaron hacia el almacén donde se guardaba la paja, la hierba y otros forrajes, el enorme perro les seguía con la cabeza baja.

Dámaso le explicó cómo Lucero le acompañaba cada día al mercado.

Su presencia inspiraba seguridad por el respeto que imponía.

Cuando él ya se hubiese jubilado, Lucero le seguiría como un gran amigo.

Compañeros, animales, trabajo, cuanto sucedía a su alrededor representaba el marco más vistoso de la estampa mejor pintada.

La tarde avanzaba y había que preparar los pedidos del día siguiente, claro que la soltura de Santiago y Cosme sobrepasaba los más altos conceptos de la eficacia.

Sólo decir que a su gran corazón se debía añadir el portento del trabajo y del servicio.

Semejantes entre sí ambos trabajadores de unos cuarenta y cinco años, estatura media y complexión fuerte, tenían una mirada penetrante.

Al no tener ropa de trabajo adecuada para el recién llegado, Dámaso le dejó una algo usada hasta que le dieran la suya de quitar y poner.

Buscaron a Bartolo que instintivamente se fue hacia el carro para que le colocaran los aparejos.

¡Qué escena tan preciosa! Mariano, a iniciativa propia, quitó la piedra de la rueda que servía de calzo. Así que cuando Dámaso se acercó para retirarla ya no estaba. Este le dio las gracias.

Con voz de respeto y autoritaria Dámaso pronunció: *atrás Bartolo, atrás*. Despacio sacó el carro del casillo emprendiendo la marcha hacia la extensa huerta.

Santiago y Cosme ya habían sacado al camino las cestas de mimbre con las verduras. Cada cesta tenía pintado un número que identificaba al cliente.

El talonario de albaranes con los pedidos diarios, además del número de cliente que coincidía con el de la cesta, aparecía relleno con todos los datos personales.

Al terminar la semana se entregaban todos en la oficina para cumplir con los trámites.

Se cargaron las cestas en el carro siguiendo el número.

No hay que decir que Mariano se esforzó en gran manera hasta el punto que sus compañeros le pidieron que no quisiera él hacerlo todo.

Santiago le entregó a Dámaso el talonario base de los pedidos, indicándole que estaba todo completo.

Ahora volverían a casa donde dejarían de nuevo el carro en su corral y Bartolo se acercaría al pesebre para comerse el forraje que le habían echado para la cena.

Los demás se aproximarían al corral que se levantaba en medio de la huerta a llevar las herramientas junto con las carretillas.

Ya era la hora de preparar la cena, sin olvidar el almuerzo para mañana. Por lo que regresaron enseguida.

Como Dámaso y Mariano habían llegado antes, a iniciativa del primero encendieron lumbre y pusieron agua a calentar. Entre tanto pelaron las patatas que echaron al puchero partidas en trozos.

Apoyada sobre la trébede se calentaba a la vez la sartén para freír unos torreznos.

Cuando llegaron Cosme y Santiago se lavaron. Al entrar en la cocina se quedaron sorprendidos al ver el interés y recursos de Mariano.

Sonriendo exclamó Santiago *¡hala, qué fenómeno! ¡qué grande eres!*



Cosme probó las patatas. Le pareció que estaban algo sosas por lo que les echó un poco de sal.

Mariano quería aprender para sentirse útil. Tocaba poner la mesa: servilleta, cubiertos y vasos. En una cestita pan de hogaza. Los torreznos, con las cortezas bien huecas, aún chisporroteaban. La redoma con agua y un jarro de vino.

Mariano no perdía detalle alguno. Recordaba que su madre «arreglaba» las patatas con la grasa de los torreznos, un poco de manteca sacada de una de las orzas, picaba unos trozos pequeños de cebolla, unos ajos y el sabroso pimentón. Una vez refrito lo añadía al puchero. Ahora si se querían en puré solamente había que aplastarlas con la cucharrena o dejarlas tal como estaban en trozos

Al terminar de cenar, de nuevo Cosme se puso a quitar la mesa llevando al fregadero cuanto se había manchado.

Avivó el fuego para preparar el almuerzo del día siguiente. Tocaba un huevo frito y un trozo de carne también frito con un poco de tomate.

Sacó dos fiambreras. En cada una puso dos raciones, aparte del pan y la bota de vino, colocando cada recipiente en sendas mochilas.

El nuevo no perdía ripio. Quería demostrar ante sus compañeros el sentido de equipo y responsabilidad.

Él les pedía su ayuda. Necesitaba aprender. Por su parte, como conducta les garantizaba su compromiso y buena voluntad.

*Bueno, nos vamos a dormir,* dijo Dámaso.

*Sí, sí,* respondieron Cosme y Santiago, casi al unísono.

Mariano asintió con la cabeza. Pero ¿la hora de levantarse? ¿quién le despertaría? pues él no tenía reloj.

Se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia la puerta al tiempo que se despedían con las «buenas noches»; que mañana se dé bien. Mariano de pie, esperaba que Dámaso terminara los quehaceres para que le diera instrucciones.

*Bien, Mariano, mañana haremos juntos el trabajo. Te presentaré a los clientes; así te conocerían y se establecería una estrecha relación de servicio y amistad.*

Con el fin de ayudarle, Dámaso tomaría nota de los pedidos, cosa que al siguiente se encargaría Mariano. Durante toda la semana harían juntos el trabajo. Dámaso confiaba plenamente en Mariano. Éste no iba a tener ninguna dificultad, porque comprendía todo muy deprisa.

*Mañana, le dijo, hemos de madrugar. Es preciso llegar antes que abran las tiendas con el fin de que puedan colocar los productos a la venta.*

Como no llevaba reloj Dámaso le llamaría a la hora.

*Cuando me vaya, añadió, te daré el despertador.*

*¡Ah! recuérdame Mariano que hemos de comprar carne para Lucero.*

Con una precisión matemática Dámaso llamó a Mariano. Al segundo golpe en la puerta éste le respondió, al tiempo que la abría para darle los «buenos días»; ya estaba vestido.

Prácticamente la noche la pasó en vigilia.

A Mariano se le avecinaba un problema gravísimo, más que preocupante; apenas sabía leer y escribir; contar solamente con los dedos.

A través de la narración habrán podido observar que el recién llegado no había escrito al señor Cura, ni padres, ni amigos. La razón de tal olvido se debía, en gran manera, a la falta de conocimientos. Ahora no valían excusas ni pretextos. O practicaba a marchas más que aceleradas o corría algún riesgo el trabajo. El problema del muchacho consistía en que él entendía los escritos de los demás, pero los demás no podían entender lo que él escribía.

Surgió a la mente la anécdota de aquella señora que cuando escribía algo se lo daba a leer a otra persona porque ella no sabía lo que había puesto.

En el caso actual, como en el albarán aparecían todos los productos, en mayúsculas, con un recuadro al lado, solamente se señalaba con un aspa el recuadro y la cantidad.

Dámaso, con un sentido muy paternal dejó que el muchacho tomara la iniciativa al desarrollar el trabajo. Se acercó a Bartolo para ir donde estaba el carro. Le puso los arreos asegurándose de estar todo correcto. Quitó la piedra de la rueda que servía de freno, sacando el burro el carro con su inteligencia asnal al tiempo que el joven observaba con atención. Una vez fuera se detuvo en espera de que el dueño le mandara continuar.

*¡Arre!* la voz mágica más difundida entre las bestias junto con su antónima *¡So!*

Este chico venido del pueblo, donde el trato diario con los animales le había enseñado tanto que, si algún título se

le diera, no podía bajar del doctorado. Les trataba con mimo por lo que ellos le respondían con la misma nobleza.

Unas palmadas en el lomo y el burro iniciaba la andadura. Al tiempo llegó Lucero encabezando la marcha. Miraba de vez en cuando hacia atrás para que nada se escapase a su control.

Ya en el camino, a buen paso, los dos compañeros se juntaron, observando la marcha desde la parte trasera del carro.

Aquel hombre, con tanta experiencia y maestría se encontraba maravillado.

Tenía ante sí a una persona de tanta valía en todos los aspectos que precisamente su humildad le encumbraba al podium de la grandeza.

*Muy bien, pero que muy bien,* le dijo Dámaso a Mariano. *Te felicito, añadió, porque nada se podía hacer mejor.*

Claro que el alma de Dámaso estaba hecha de la limpieza de un gran hombre. En él no anidaban ni la envidia ni el odio. En su corazón se cobijaba, en cambio, la honra, el trabajo y el sacrificio.

El muchacho aprovechó para recordarle que debía comprar comida para el mastín. *Gracias,* le dijo, *se le había olvidado.*

Sin darse cuenta ya se encontraban en la zona de las industrias, antesala de la urbana. Aquí la circulación aumentaba de manera bulliciosa. Ahora habría que multiplicar la atención.

Mariano, instintivamente, se colocó al lado del borriquillo, muy pegando a su cabeza. Pudiera ocurrir que tuviera que decidir con rapidez en algún momento.

Ahora circulaban tranvías, carruajes, caballerías, etc., y cruzar las amplias avenidas o plazas exigía más precaución.

¿Por dónde ahora? Dámaso le guiaba con toda precisión: de frente, a la derecha, a la izquierda... sin titubeos.

Un poco antes de entrar en los puestos del mercado, a petición de Mariano, Dámaso tomó las riendas. Éste accedió gustoso. Ahora el papel del joven cambiaría de lectura pero no de contenido, máxima atención ante cualquier detalle.

Dámaso con el talonario en la mano buscó el número 1: «Alimentos y verduras El Plata» Propietario D. Alejandro Lozano Moreno.

El muchacho procuró anticiparse a los deseos de su maestro. Se acercó al carro, cogió la cesta correspondiente, situándola en el mostrador.

El cliente al ver a un joven tan desenvuelto se dirigió a Dámaso: *¡hoy te has traído un buen ayudante!*

*¡Ah, sí, se me olvidaba! Este muchacho se llama Mariano. A partir de ahora os atenderá él, pues yo me júbilo. Os garantizo como mínimo la misma atención por no decir mejor. A vosotros os pido que tengáis para con él semejante trato al habido conmigo. Se pueden imaginar lo duro que es para mí tener que dejarles. Trabajar con Uds. ha sido lo que me ha mantenido ilusionado y ha formado gran parte de mi vida. Al despedirse D. Alejandro estrechó calurosamente la mano tanto a Dámaso como a Mariano.*

Dámaso cogió firmado el albarán al tiempo que le preguntó a D. Alejandro qué le traían mañana. *Lo mismo que hoy*, contestó.

Así, uno a uno visitaron a todos los clientes. Se sirvieron los pedidos y Mariano fue presentado a cada uno. La impresión de «persona envidiable» respondió a la calificación unánime.

Terminado el reparto, de nuevo hacia la huerta. La maravillosa acogida de Mariano por parte de los clientes suponía todo un triunfo. Ver cómo aquel esfuerzo, (Dámaso pensaba) durante toda una vida, se veía garantizado por la continuidad de los clientes y del nuevo trabajador; le hacía sentirse con ánimos a la hora de marchar. Tanto esmero, claro que lo celebraba, porque alguien lo iba a continuar.

Ahora les esperaba el almuerzo, después de haber cumplido con las obligaciones.

Dámaso sacó la fiambreira del morral; lo mismo hizo su compañero y éste no consintió en comer el primero, insistiendo a Dámaso que comenzara él. De ninguna manera se trataba de vasallaje. Simplemente este comportamiento respondía a unas normas o hábitos de sus padres aprendidos desde pequeños, dentro de una cultura popular. Excepto el huevo con muy poco pan, Mariano apenas comió. Todo respondía a una situación apropiada. El alimento responde a una necesidad biológica, pero asimilarlo adecuadamente por el organismo es una función esencial que depende del estado de ánimo.

Ya había comprado la comida para Lucero ahora importaba llegar pronto, dejar las cestas vacías en el almacén de la huerta, volver a casa, echar de comer a los animales y preparar la comida para todos.

Si a Mariano le acompañaba la salud, su voluntad no tenía límites. Ni la máquina más poderosa podría resistir su ímpetu.

Hoy, cuando vayan a recoger los pedidos para mañana,

el nuevo operario le pedirá a Dámaso el libro de albaranes y si le parece bien rellenará cada cliente con sus cantidades, día, mes y año; al mismo tiempo le enseñará cómo se ordenan las hojas de entrega una vez firmadas.

Para Dámaso la vida laboral finalizaría aquel día. Dejaría las obligaciones en manos de sus compañeros aunque de modo particular en las de Mariano, quien de forma directa le sustituía en sus quehaceres.

Como un día más, atendieron a los clientes. De vuelta hacia la casa, números artículos expuestos en los escaparates. Dámaso le pidió que le acompañara. Entraron en una tienda de ropa de trabajo. Al abrir la puerta sonaron unas campanillas; salió una señora: «*buenos días*», *qué desean*, les preguntó; *dos buzos para este joven, parecidos a los que llevamos. Si te parece te los pruebas. También dos pares de botas de buena calidad*. Se las probó. Todo conforme y pidió que se lo envolviera. *Espere que se me olvidaba dos pares de calcetines de lana fuerte. Ahora*, precisó Dámaso, *necesitarás volverte a probar las botas con los nuevos calcetines*. Hubo de darle un número más.

Al lado de tantos favores, Mariano solamente supo decir: *muchas gracias*.

Al regresar a casa, entrarían a ver a D. Santiago. Dámaso le informaría de los resultados de Mariano. Si se le podía encomendar el trabajo del reparto. De cómo le habían valorado los clientes y si le habían aceptado los compañeros.

Coincidieron en la puerta de la empresa. Un saludo muy cordial. A esto Dámaso le pidió hablar con él. Entraron y D. Santiago llamó a Moisés para que saludara a su amigo

mientras atendía la petición de Dámaso.

Mariano y Moisés salieron fuera para atender a Bartolo y Lucero donde continuaron conversando. Acordaron verse al día siguiente en la pensión de la Sra. Francisca. Comerían allí, después, no muy tarde, volverían a sus casas.

Terminada la reunión con Dámaso, al dueño se le veía lleno de satisfacción. Se acercó a Mariano, le estrechó con fuerza la mano, y al tiempo que le daba un abrazo, prometió recompensarle por su demostrado interés en el trabajo y la impecable imagen transmitida a los clientes.

En el camino Mariano agradeció a su acompañante el informe tan valioso que, sobre su persona, había aportado a D. Santiago. Tenía la certeza de que sus palabras resultaron decisivas. *No le defraudaré jamás. Le reconoceré aparte de la amistad, lo mucho que me ha enseñado, la ayuda en el trabajo y, de modo especial, la amabilidad en el trato. Sepa que nadie puede tener unas raíces más humildes que las mías; pero le puedo garantizar que tampoco habrá persona alguna con mayor honradez* así se expresó Mariano y continuó:

*De mi pueblo, de mi casa, de mis padres, del Sr. Cura, solamente encontraría sencillez, casi pobreza, de mí lo mismo, pues de allí procedo; mas el día que salí de aquel lugar hice una promesa: luchar por la vida sin apartarme de las enseñanzas recibidas. Por eso a donde vaya, hoy con Ud., mi respeto, honestidad, esfuerzo, compromiso, entrega y fidelidad. Todo ello y la palabra serán mis credenciales. Si así no lo hiciera, los míos, cuantos me despidieron, al volver me lo demandarían con muestras de desprecio.*

*Como bien nacido sabría agradecer al pueblo que me acogiera, hoy Buenos Aires, entregándole el calor de mi cora-*



*zón, la sabia de mi esfuerzo y fidelidad inquebrantable.*

*Y al lado de la promesa un compromiso: jamás me olvidaré de mi tierra ni de mis seres. Ellos me necesitan y yo juré ayudarles. Por eso cuanto hacen por mí lo están haciendo por los míos. Ellos, desde muy lejos también les dan las gracias.*

Mariano no pudo más. Hubo de contenerse ante la emoción porque el dolor lo aguantaba, pero no el recuerdo.

Jamás Dámaso había escuchado en su larga vida palabras tan profundas. Realmente le llegaron al alma. Con el gesto espontáneo de cogerle la mano le demostró los entrañables lazos de hermandad.

Nada más llegar metieron el carro en su sitio. Bartolo se acercó al pesebre para comerse las sobras y Lucero se metió en la caseta después de beber unos sorbos de agua.

Sin respirar, Mariano se acercó a la cocina. Intuía que su compañero de trabajo iba a preparar la comida. En efecto Dámaso ya tenía encendida la lumbre.

*¿Qué toca hoy?* le preguntó Mariano. Miró la lista: «*arroz con costillas adobadas*» *¡Claro, Claro! lo que indica la lista,* asintió con la cabeza.

Antes de que llegaran Cosme y Santiago la comida ya estaba servida en la mesa.

*¡Vaya rapidez, qué maravilla, así da gusto, qué bien huele!* exclamaron los comensales. Este conjunto de exclamaciones llenaron de orgullo a los cocineros. Sólo por oír estas palabras cualquier esfuerzo merecía la pena.

Una reflexión en silencio pasaba por la mente de Mariano: *Qué bonito, decir que todos habíamos comido. ¿Y*

## *Bartolo y Lucero y los cerdos ?*

Con toda presteza Mariano fregó los recipientes empleados en la cocina y alimentados los animales, éstos cantaron de alegría cada uno en su idioma.

Aquella tarde no se prepararon las cestas con los pedidos porque al siguiente día era fiesta. Por la noche, a los postres de la cena, Dámaso con su sencillo estilo comunicó a todos los compañeros que a partir del día siguiente dejaba el trabajo porque se jubilaba. Que en su puesto, como ya sabían, se quedaba Mariano.

*Me voy lleno de alegría, dijo Dámaso, porque entre vosotros va a continuar el aprecio, basado precisamente en la generosidad. No olvidéis que me consideraré siempre vuestro amigo, no importa donde estemos. Sabéis donde vivo. Bueno cualquier día de fiesta comeremos juntos para celebrarlo.*

Propio de los humanos resulta que cuando los hechos se repiten sistemáticamente se crea una costumbre o hábito. Así empezaba a suceder en Mariano. Como cada mañana debía levantarse a las cinco, aquel día festivo, que podía quedarse en la cama, al llegar la hora saltó del lecho. Al comenzarse a vestir se percató de que no era día de trabajo. Ya en pie, sin hacer el menor ruido, marchó al aseo. Mariano aprendió una lección de oro: la limpieza personal ocupaba la primera regla del individuo y en el mismo rango como grupo.

Pensó que para hacer hora podía limpiar las cuadras, al tiempo que echaba de comer a los animales. Quedó todo como se solía decir semejante a una taza de plata.

Aún faltaba tiempo para las nueve de la mañana. En los días festivos los compañeros almorzaban a esta hora. Llevado por el altruismo, el recién llegado les quiso dar una grata sorpresa. Sin mirar la lista de los menús, cortó pan en pequeños cuadraditos; los roció con agua. Cuando aún faltaba un rato frió unos pimientos verdes junto con unos trocitos pequeños de tocino. En el aceite que rezumaba de los tocinillos echó el pan que ya había cogido una cierta humedad. Sin dejar de dar vueltas poco a poco se fue dorando. Ya en su punto se sirvieron las migas, con los trocitos de tocino y los pimientos.

Los comensales apenas supieron pronunciar palabra alguna. Se llevaron las manos a la boca con el gesto de admiración. *Ya nos enseñarás cómo se hacen*, sugirió el amigo Santiago. *Cuando queráis*, respondió el nuevo cocinero.

Mariano les dijo a sus compañeros que se iría a comer con un amigo por lo que no le esperaran al mediodía. Por la tarde vendría lo más pronto posible, aunque de todas las maneras, si Dios quiere, cenarían juntos.

Cerca del mediodía Mariano entró en la pensión no antes de llamar a la dueña por su nombre. Francisca al ver al muchacho exclamó: *Qué alegría, ¿qué tal estos días? Muy bien*, dijo Mariano. *¿Cómo va el trabajo? ¿y los compañeros? ¿estás contento? Créame me siento muy a gusto*.

*Señora Francisca*, (cuando iba a decirle que aún no había cobrado y...) se oyó la puerta. Se cortó la conversación porque llegaba Moisés. Nada más verse con voz fuerte gritó: *¡Hola qué alegría el veros!* Se acercó a Francisca a la que dio un beso en la mejilla; ahora se dirigió a Mariano, al que abrazó con singular cariño. *Me han dicho que el trabajo lo llevas maravillosa-*

*mente. Se que te tienen en gran estima por los servicios que prestas. Y que los compañeros te aprecian de verdad.*

Mariano sin titubeos, de modo espontáneo: *Debería ponerte, le dijo, en bandeja de plata por tanta gratitud que te adeudo y por los favores recibidos. Nadie conoce mejor que tú, querido compatriota, el valor de tener a un amigo, sobre todo cuando uno se encuentra tan lejos de su tierra.*

Mientras llegaba la hora de la comida ambos acordaron dar un paseo. Moisés quería que Mariano conociera el por qué decidió salir de su pueblo. A pesar de tantos años transcurridos desde que marchó de su pueblo, Moisés cada día se transportaba mentalmente a su pequeña aldea. Recorría las calles. Admiraba la torre de la iglesia. Oía cómo repicaban las campanas los días de fiesta. Los pendones y estandartes sacados en procesión y al sacristán, Emeterio, entonando, con una cadencia nasal la «Salve». ¡Qué emoción! Mariano se sentía partícipe de algo para él tan familiar.

*Le venía a la memoria la estampa de sus compañeros pidiendo en La Cuaresma «Las Cuarentenas». Puerta por puerta, refería, cantábamos los melodiosos estribillos y como recompensa la señora nos daba, a lo mejor, un huevo, que metíamos en una cesta con paja, un trocito de chorizo o, incluso alguna fruta o dulces. ¡Imposible de olvidar!*

*Cuando llegaba a mi casa recorría, con la imaginación, todas las estancias. Uno por uno, a veces instintivamente les quería tocar, veía con absoluto realismo a los personajes que las ocupaban. Desgraciadamente de mi madre sólo tenía la referencia de una maravillosa mujer. La imagen que de ella algunos familiares me transmitieron. Yo, muy pequeño, al poco*

*de haber nacido ella murió. Por eso, como a una madre, la llevaba en el recuerdo.*

Su padre se volvió a casar. La nueva mujer únicamente buscó en el matrimonio la ayuda material. Nacieron dos hijas.

A Mariano se le notaba embelesado escuchando a su amigo. En nada debía esforzar la imaginación. En los escenarios más reales aparecían los personajes con vida propia. Cada uno se movía en su ambiente: *Recuerdo, decía, al corpulento buey llamado «Brillante», a «Compuesta», la vaca que se uncía con su compañero. El ubio, las melenas, graciosamente pintadas; las coyundas; el barzón con la lavija, etc.*

*Cómo podía olvidar a «Blanquita y Esmeralda» con sus cabritillos «Pinocho y Estepa», dos cabras preciosas seguidas de sus saltarines retoños. Escuchaba el ronroneo del gato tumbado en el hogar al calor de la lumbre. Cuando sacaba la lata colgada del alla, llena de hojas de remolacha para los cerdos, alguna patata cocida. ¡qué buenas! Recordaba cuando iba todos los días a llevar la comida a su padre, que trabajaba de sol a sol, bien en las tierras, bien en el monte haciendo carbón o cisco.*

Para él resultaba imborrable la estampa vivida al volver de la mili. Apenas llegué mi padre me dijo: *Hijo toma una decisión. O me ponía a servir con alguien o me buscaba un trabajo donde quisiera, porque en casa no había para comer ni para estar.*

Los hijos nacidos de la madrastra contaban con todos los privilegios. En esa casa él ya sobraba. Cuando regresó del servicio militar todo fueron desprecios y escarnios.

Recordó uno de los días: *«lleva la comida a tu padre»,*

me dijo mi madrastra con voz despiadada. Había ido al «Confín» a labrar una tierra. Al coger el zurrón, donde iba la fiambarrera, me advirtió: *«va también tu comida.»* El camino, a pie, verdaderamente era muy largo.

Cuando llegué a la pieza saludé a mi padre que, de inmediato, paró la yunta. Le echó de comer la paja con avena llevada en una talega. Se sentó en el cirate, sacó la fiambarrera y al tiempo de quitar la tapa se quedó parado. *Yo mismo no supe que decir: un huevo cocido, un poco de tocino, y un mendrugo de pan duro. Cómo se atrevió a decir que repartiera la comida. En la bota apenas algo de vino.*

*Mientras, en la casa de mi padre, su mujer e hijos disfrutaban sin medida.*

*Aquella señora tampoco quería a mi padre. Le usaba como si se tratara de un monigote. Por el hijo, que era yo, el desprecio no podía resultar más evidente; razón por la que mi padre, falto de personalidad, se comportaba conmigo de modo semejante a ella, cuando ésta le observaba.*

*Jamás vi un gesto de cariño hacia mi padre ni siquiera de los hijos habidos con ella.*

*¡La fortaleza que me hubiese dado un hogar, unos padres que compensaran con el cariño las carencias materiales! Sí, seguro que no hubiese temido al crudo invierno, ni al triste otoño. Y no menos seguro hubiese esperado con entusiasmo la llegada de la primavera, presagio del caluroso verano repleto de frutos.*

*Aquel recuerdo de la niñez, tan unido al colegio; ir a buscar nidos; tirar piedras; jugar a «Tres navíos en el mar.*

*Otros tres en busca van». Acudir a la catequesis; ayudar de monaguillo al cura. Pero todo con la recompensa del calor familiar. Sin ello únicamente vacío y tristeza.*

*Desde la niñez, mucho más con la juventud, en la casa existía la obligación de atender a las labores del campo. Ya mozo, los días festivos transcurrían en la cantina. Jarros de vino peleón amenizaban las prolongadas sesiones de chismorro.*

*¿Alguna anécdota? Numerosas. Me viene a la memoria: Había en el pueblo una botica, regentada por un señor mayor. Una casa en la plaza con aires señoriales, construida en sólida piedra. El piso de arriba lo ocupaba el Sr. Cura.*

*Cerca de la iglesia, propiedad del curato, un enorme prado, con numerosos árboles frutales y parras. Lo rodeaba una robusta cerca de piedra.*

*Ocurrió que aquel año se multiplicaron los frutos, incluidas las parras de las que colgaban apiñados racimos. En las visitas a la huerta el sacerdote se percató de cómo desaparecían las uvas.*

*Consultado el boticario como atajar el daño, éste aconsejó rociar los racimos con un producto que ahuyentara a pájaros e insectos.*

*Pero, qué sorpresa, apenas transcurrieron unos días el sacristán llamaba a la botica en busca de remedio ante la enorme diarrea que se le había despertado.*

*¡Mira, mira! el pájaro que se comía las uvas, dirigiéndose con voz socarrona al indispuerto.*

*La estructura social del pueblo se apoyaba en principios*

*muy elementales. La distinción de los vecinos tenía como fundamento el nivel de la riqueza. Lo que se llamaba la «hacienda» la componían los bienes que correspondían a una familia: Casas, tierras, animales, rebaños, corrales y, no digo nada, si además disponían de criados o personal doméstico. Todo ello marcaba un status diferenciador.*

*Aunque, pienso que más que la suntuosidad o el endiosamiento de tales familias, la exaltación de las mismas la propiciaban el servilismo y la propia humillación más que el despotismo altanero.*

*En lo que se refería a comidas o el vestir, tal vez pudiera haber algunas diferencias, propias de la abundancia, pero los quehaceres diarios: ir a por el agua a la fuente, alumbrarse con teas, cocer el pan, hervir la leche, poner a remojo las legumbres, alimentarse de lo que se producía... pertenecían al común de los vecinos.*

*Aquí entraríamos en rangos o distinciones sociales: los casamientos podían tener un cierto amaño. Entre la familia de los novios se solía analizar, con cierto escrúpulo, que la economía tuviera bastante semejanza entre ellos.*

*Y claro, el Sr. cura, abstrayéndose de lo espiritual, a la hora de impartir bendiciones, tenía presente el número de fanegas de sembradura, sin olvidar al riquete, que bien aconsejado por Dña. Ambrosia, pudiera echar alguna moneda de plata al cepillo. Aunque en los días de letanías todos volvían «como el rosario de la Aurora», al regresar de la cruz que se llamaba «de la bendición de campos».*

*Así la vida, de cada amanecer, amén de un mañana tan esperanzador, sólo cabía, o una santa resignación por más do-*



*lorosa que resultara o buscar un mundo nuevo.*

*Llegó la navidad. Hasta me imaginé el hogar, con un ambiente de cariño, tal como, en otros tiempos, lo llenara el calor de mi madre.*

*¡Qué desilusión! La madrastra fingió no encontrarse bien. Le aconsejó a su marido que pasara la Nochebuena con su hermano. La sugerencia de tal señora se convertía en el más férreo mandato. Se acercó mi padre a casa de su hermano. Tanto él como su cuñada celebraron tener su compañía, anticipándoles que al venir ellos esta noche resultaría más que especial.*

*Como sus tios no tuvieron hijos, el contar en fechas tan familiares con su hermano y sobrino les llenó de alegría. y les hizo vibrar de emoción. Mi tía se esforzó en poner las mejores galas. Mantelería de hilo ricamente bordada. Vajilla de fina china decorada con ramilletes de bellas flores y filos de oro. Cubertería bañada en plata con mangos gustosamente labrados. Iluminando la mesa, en el centro de ésta colgaba un quinqué cuya altura se podía regular a través de unas poleas.*

*Aquella cena, en aquel ambiente, pensaba que se trataba de un mundo irreal. Dulces, galletas de coco, café, anís o moscatel.*

*Cuando nos despedimos me acerqué a mi tía a la que agradecí con un beso todo su esmero. Ella también me abrazó y mientras me besaba inclinó la cabeza para que no la viera llorar.*

*Al volver a casa mi padre me pidió que le comprendiera. En nada le afeé, si bien quise que supiera que la decisión de marchar ya estaba tomada; a la vez que le pregunté si me po-*

*día dejar algo de dinero para el viaje. Hubo un momento de silencio. Dudó en decírmelo pero al final exclamó: Mira, hijo mío, estoy en la total miseria.*

*Desde que me casé con ella, cuanto he ganado, incluso los ahorros de tu madre, todo me lo ha requisado. Comprendo que así no puedo seguir. ¡Me equivoqué!*

*Cuando nos acercamos a casa vimos que la puerta estaba abierta. Nada más entrar oímos tal bullicio que realmente creímos encontrarnos ante algún milagro. O, se había cumplido mi sueño. La navidad había llegado a esta casa.*

*En el comedor madre e hijos disfrutaban de una succulenta cena, dulces y caprichos. Hacía falta comprender que la familia la constituían quienes se querían y hacia mi padre y hacia mi, la madrastra sólo sentía desprecio y odio.*

*Ese día decidí marcharme. Como polizón me escondí en un barco, después de los uno y mil dramas. Sí, en el bolsillo llevaba un dinerito que me había dado mi tío. Una auténtica odisea. Ya todo pasó.*

*Al poco de estar trabajando escribí a mi padre. Nadie me contestó. Mandé una nueva carta y tampoco recibí respuesta.*

*Desde que me vine no he vuelto a España. Desconozco si vive alguien de mi familia. Me casé hace años con una muchacha argentina. Tenemos tres hijos (dos hijos y una hija). Trabajan los tres. Vivimos muy cerca de la empresa y te puedo asegurar que en nuestra casa existe la felicidad. Mi verdadera suerte radica en tener una mujer maravillosa; junto con los hijos formamos una familia unida.*

*Mariano, el cariño a nuestra tierra ocupa un espacio en*

*mi alma. Y tanto mi mujer como mis hijos lo comprenden y participan de tales recuerdos.*

*Quiero que conozcas a mi familia. Vendrás un día a comer y así sabrás donde vivimos.*

Mariano le contó que cuando él marchó tomó libremente la decisión. Que vivían sus padres y que desde que salió de casa recibió muchas ayudas. Siempre reconocería que de no surgir en los momentos críticos el apoyo de una mano, él ya no existiría.

*Siento lo mismo por nuestra tierra. Si alguna vez pudiera volver al pueblo para rehacer la vida, parte de mi corazón quedaría aquí.*

Ahora Mariano le dijo a Moisés que debía a la pensión días de dormir y de comer. Que en cuanto cobrara, se lo pagaría, porque en ese momento no tenía dinero. Añadió que sentía vergüenza ir a comer sin pagar lo anterior ni tampoco esto.

Moisés le comprendió porque lo había sufrido en sus propias carnes. Le propuso un acuerdo. *Hoy, por supuesto, invito yo. Otro día te corresponderá a ti ¿de acuerdo? bien, quedamos así.*

*Cuando terminemos de comer le pides a la Sra. Francisca la cuenta de lo que le debes. Si te dice que no quiere nada, que te lo perdona, se lo agradeces y otro día apareces con un regalito. Le pareció muy acertado.*

El muchacho valoraba como se resolvían algunos problemas. Jamás pudo ver que se recurriera a la mentira. La persona que miente, y así se demuestra, ha perdido toda la fuerza de la confianza.

Al llegar, se encontraron con el mantel puesto. Francisca les recibió con una calurosa sonrisa. Otros comensales escrupulosamente puntuales ya ocupaban sus sitios.

Apenas se habían sentado, Francisca con especial discreción le preguntó a Mariano: *¿se encontraba bien?* pues le veía triste, *¿acaso tenía algún problema con el trabajo?* *¿sabía algo Moisés?* al tiempo que se dirigiera a éste.

Moisés que lo escuchó, una vez más, quedó admirado del poder intuitivo de la mujer. No obstante estas experiencias las vivía con frecuencia al lado de su esposa.

*Pues sí Francisca, vaya visión que tienes. Acaba de decirme Mariano que como te debía dinero de la pensión y aún no había cobrado, no la podía pagar y encima hoy se quedaba a comer.*

*¡Vamos hombre!* respondió la señora. Con voz muy tenue pero con brío le dijo a Mariano: *le pido, por favor, que no me lo vuelva a mencionar. Que no la debía nada, absolutamente nada.*

*Y hoy tengo el gusto de invitarles porque tenerles allí para ella representaba un verdadero honor.*

Transcurrió la comida en un ambiente maravilloso. No faltó alguna nota de humor por parte de Francisca o de Moisés.

Al despedirse quedaron en no tardar en verse.

Los dos castellanos, así los llamaba Francisca a Moisés y Mariano, salieron en dirección hacia su casa. En el recorrido hasta llegar al tranvía que les llevaría hasta cerca de la nave, Mariano se mostró reiterativamente agradecido ante su compañero.

Casi con seguridad que el pago de la semana no se alargaría más del lunes. Se solía hacer por medio de un pagaré nominativo. Lo más cómodo, tras abrir cuenta en un banco, consistía en ingresarlo para su abono.

Desde aquí podría enviar dinero a su pueblo, al cambio que hubiera en cada momento. Precisamente no muy lejos de la plaza del mercado se encontraba el banco de Buenos Aires.

El recorrido que normalmente se tardaba más de una hora, aquel día no llegó a tres cuartos el andar el mismo camino. Cerca de su casa, Moisés quiso que Mariano conociera donde vivía al tiempo que saludaba a su mujer.

Se trataba de una casa de planta baja, muy espaciosa con amplios ventanales. En el interior un enorme jardín con frondosos árboles. Extensas zonas de césped salpicadas de arbustos y flores.

El recibimiento, no pudo ser más acogedor. *¿Así que Ud. también procede de Castilla?* preguntó ella. *Moisés nos ha hablado muy bien de Ud.*

Le ofrecieron un café, que compartieron con brevedad porque hasta la huerta aún quedaba largo camino.

Se despidieron hasta pronto.

Moisés acompañó a su amigo hasta la zona industrial. *Tú ya sabes, cualquier cosa que precises, dejas una nota en el almacén o me llamas.*

Aún le quedaba camino por recorrer por lo que aceleró el paso. A medida que avanzaba, el esfuerzo por llegar cuanto antes iba en aumento.

Estaba casi seguro de que los compañeros y los animales

le esperaban. En ningún momento Mariano se consideraba imprescindible. Para él la convivencia constituía un núcleo familiar de manera que cada uno de los miembros representaba un piñón del engranaje llamado compromiso.

Llegó a una hora temprana. Aún quedaba tarde. Buscó a sus vecinos.

Cosme, al ver que venía, salió a su encuentro. « *¿Qué tal amigo?* » le preguntó. *¿Y Santiago? Libró para ir a ver a su familia que vive en Rosario.*

Entonces Mariano sugirió que él se encargaría de los animales. *De acuerdo*, le dijo Cosme, *entonces la cena corre de mi cuenta.*

*¡Ah, qué memoria!* se dijo para sí Cosme a la vez que se llevaba la mano a la frente. *Mariano, Mariano*, exclamó, *se me había olvidado decirte que trajeron la semanada y tengo tu sobre.* Mariano que se había alejado un poco se dio la vuelta: *bien, pues ahora cuando vayamos a cenar me lo das*, le dijo.

Se trataba del primer sueldo en un país tan lejos de su patria.

El sueño de su vida empezaba a despertar. D. Antonio, el cura de pueblo, empezaría muy pronto a sentirse orgulloso de haberle ayudado.

Ante esto !Sí! cualquiera se hubiera vuelto loco de contento.

Cómo no iba a tener importancia el cobrar por haber conseguido un trabajo.

En número muy alto, gentes de España, salieron hacia otros países en busca de un mañana que les permitiera cambiar la situación en que vivían. La mayor aspiración consistía en alcanzar los mayores logros de riqueza a través de un empleo. Muy pocos lograron tales aspiraciones. Quienes llegaron a la cúspide de la montaña habían conseguido el premio de los afortunados.

A punto de irse a dormir, Cosme se acercó a por el sobre que entregaría a Mariano. Ya en su cuarto lo abrió. Creía estar viendo visiones. El importe, en nada coincidía con lo acordado. Pensó que se trataba de un error por lo que pasaría a hablar con D. Santiago. Así lo hizo cuando regresó del reparto.

D. Santiago le atendió con el mayor agrado. *Para mí representa un honor su actitud, abre de par en par las puertas de la confianza. Siga así. En la hoja de salarios no hay error. A partir de ahora cada semana cobrará como mínimo esta cantidad.*

Durante todo el camino, Mariano hizo más cálculos que Pitágoras. Llegó a su manera a precisar con cierta aproximación cuándo regresaría a su pueblo siempre contando con su nivel de aspiraciones y la continuidad en el trabajo.

Al día siguiente ingresaría el pagaré. Compraría primero algunos obsequios para aquellos de quienes tantas ayudas había recibido.

A partir de estos momentos ya no existían pretextos. Debía escribir a D. Antonio para decirle cómo se encontraba y, a la vez, informara a sus padres.

Mariano le pidió a Moisés que le escribiera una carta

para el cura de su pueblo. Aunque él pudiera hacerlo con dificultades, prefirió darle las ideas a su compañero.

*D. Antonio*  
*Párroco de*  
***Marmolejo de Arriba***  
*Castilla la Vieja-España*

*Estimado señor Cura:*

*Espero que al recibir esta carta se encuentre disfrutando de una perfecta salud, yo por ahora me encuentro bien g. a. D.*

*Pensaré que me he olvidado de Ud. El viaje fue muy largo. Me costó un poco el encontrar trabajo.*

*Ahora vivo en una huerta a las afueras de Buenos Aires.*

*El trabajo consiste en llevar, en un carro, verduras a la plaza.*

*Los campos de cultivo los cuidamos nosotros mismos.*

*Somos tres compañeros y conmigo cuatro. Claro que Dámaso se jubiló la semana pasada y le he sustituido yo. Así que ahora somos tres.*

*Esta enorme finca pertenece a un dueño que valora y respeta a sus trabajadores. Por mi parte me esforzaré y pondré el mayor interés en hacer todo bien.*

*D. Antonio, le agradecería que dijese a mis padres que me encuentre bien y le ruego que no les falte de nada para vivir. En Ud. confío, déles lo que necesiten. Muchas gracias.*

*Pronto si Dios quiere, empezaré a mandar dinero.*

*Reciba mi afecto más cordial de*



*sss q.b.s.m.*

*Mariano*

También el camino dio oportunidad a la mente para hacer proyectos. Con la visión de hombre luchador, Mariano se prometió a sí mismo duplicar el número de clientes y en consecuencia de facturación.

En los pocos días que llevaba pudo comprobar que otros puestos pedirían mercancías si se las ofreciese. Lo único que el trabajo de Cosme y de Santiago aumentaría en gran manera por lo que se debía hablar con ellos para que dieran su parecer. De igual manera aumentaría el trabajo de Mariano.

Si se lograra lo previsto se elevarían las ventas, incrementándose por tanto la facturación, a la vez que se lograrían mayores beneficios. Estos logros beneficiarían también a los trabajadores. Claro que obviamente llegaría un momento en que los medios de transporte se deberían multiplicar por resultar insuficientes.

Como cada jornada los pedidos quedaron preparados. Al volver de la huerta, Lucero encabezaba la marcha, Bartolo le seguía y, detrás del carro, caminaban los trabajadores Cosme, Santiago y Mariano.

Este último inició la conversación. *¿Qué os parece si pudiéramos aumentar el sueldo con un poco más de esfuerzo? Maravilloso*, sonó la respuesta al unísono. *Sabemos que la producción de la huerta, con el trabajo que hacemos, sobrepasa más del*

*doble de los pedidos, razón por la que hay tanto que tirar.*

*Si conseguimos más clientes, de momento lo podríamos asumir con el mismo carro. Para Bartolo, de ninguna manera supondría una carga; Lucero seguiría inspirando toda la confianza y entre nosotros la ilusión iría en aumento porque nos veríamos compensados.*

Distante de la plaza donde vendía, en una calle cercana a la ruta, acababan de abrir unos espaciosos supermercados.

A la hora de preparar los pedidos llevaron cuatro cestas con productos variados de muestra como obsequio. Muy cerca del camino habitual entramos en una calle ancha. Allí se encontraba la enorme plaza. Tanto Lucero, como Bartolo, llevados por la costumbre, seguían hacia adelante. Por ello tuve que coger al burro de la cabezada para indicarle el nuevo camino. Lucero, mirando hacia atrás nos seguía de cerca.

El carro se quedó junto a la esquina de la enorme placetuela. Cogió una cesta que llevaría a uno de los puestos. *¡Buenos días!* se dirigió a un señor. *Le traigo unas verduras que, con seguridad le pedirán los clientes. Se las dejo gratuitas. Me pasaré a ver como le han ido. Si las vende ya dirá si quiere que le traigamos más y le daremos el precio de cada especie.* Del mismo modo procedió con las otras tres y continuó el viaje.

No sabía dar una explicación a lo que estaba sucediendo. El aumento de pedidos ponía de manifiesto la expansión comercial de los antiguos clientes y el logro de otros nuevos.

El fundamento inequívoco de estos avances se sustentaba en la calidad de los productos: recientes, servicio, precio, atención...

De forma vertiginosa aumentaron las ventas hasta superar más del doble.

D. Santiago, el dueño, que además de la carga de los negocios llevaba las cuentas estaba asombrado, de manera que, por su cuenta había visitado a varios de los nuevos clientes para conocer de cerca la realidad. Sólo tenían agradecimiento para su empleado Mariano y se lo demostraron con expresiones como éstas: «*No sabe Ud. la joya que tiene*». «*Es un muchacho más que admirable*».

El dueño comprendió que tal actitud no tenía precio por lo que habló con Mariano. Le dio las gracias a la vez que le mostró su sorpresa: ¿*Pero cómo no me ha dicho nada de estos proyectos, ahora ya auténtica realidad?*

D. Santiago, le dijo con voz un poco entrecortada al muchacho: «*Los proyectos nacen de ideas. A mi sólo me gusta hablar de hechos, de logros*».

El jefe, además de reconocerle su fidelidad le dijo que la semana siguiente recibiría bastante más sueldo, quedando ya para lo sucesivo.

Le pidió a D. Santiago, *que considerase los méritos de esta obra ya que principalmente les pertenecían a Cosme y a Santiago*.

De acuerdo, *para ellos habrá la misma recompensa. Diles que lo antes que puedan vengan a verme. Tú no les digas nada de lo que hemos hablado*.

Inmediatamente marcharon a ver al dueño. Parece ser que la conversación resultó muy fructífera pues al volver de la reunión, ambos compañeros buscaron a Mariano que se hallaba

preparando las hortalizas. No sé que les diría, pero se les veía tan contentos e ilusionados que al ver a su compañero se le abrazaron. *¡Nos van a pagar mucho más gracias a ti! ¿Cómo?* replicó Mariano, *gracias a vosotros.*

Esperaron que llegara el fin de semana. Allá, a media mañana, trajeron los sobres. Los recogió Mariano que se encontraba cambiando las camas a los animales.

La basura se amontonaba en el muladar que servía más adelante como abono natural para la tierra.

Finalizadas las labores agrícolas-ganaderas, el inquieto muchacho se puso a hacer la cena. Cuando aparecieron los horticultores la mesa ya estaba aderezada. Le faltó tiempo para entregarles el sobre. En los rostros aparecía un cierto nerviosismo pensando cuál sería el aumento. Pero se podía enfriar la cena.

Acabada ésta y, una vez fregados los cacharros y utensilios, cada uno se marchó a su aposento.

Cosme, al abrir el sobre, vio que el aumento del sueldo había subido tanto que salió corriendo en busca de Mariano que cruzaba, en ese momento, la puerta del comedor. Al verle se abrazó a él con evidente emoción y alegría.

Observando a sus compañeros con tanta felicidad se sentía emocionado. Si le hubiesen contado que gozaría de tales momentos no se lo hubiera creído; ahora que lo vivió personalmente, pidió que por nada de este mundo, terminara tal júbilo.

Seguirían luchando por ello, porque nada de valor se logra sin esfuerzo. Realmente merecía la pena.

Así transcurrirían los meses manteniendo cada vez más alto el prestigio comercial.

La cuenta del banco funcionaba a la perfección. El dinero mandado a España (al Señor Cura Párroco. D. Antonio) se recibía con normalidad.

Todo transcurría con una armonía perfecta: trabajo, salud, convivencia, incluso hasta el ahorro.

Por la mañana, con enorme ilusión, el reparto. La vuelta alrededor del mediodía. Mientras llegaban los trabajadores de la huerta, se preparó la comida y se sirvió en la mesa. Aquel día pasó más tiempo y al ver que no acudían se fue corriendo pensando que algo hubiese pasado. Antes de llegar se percató que trabajaban afanosamente y en voz alta *¿acaso no sabéis la hora que es?* les dije. Pero se ve que no le oyeron porque no miraron.

Ya a su altura vio que Cosme tenía una herida en la sien. Corrió hacia él saltando en dos zancadas *¿qué te ha pasado mi buen amigo?* De inmediato se percató Santiago que se hallaba un poco más distante. Y corrió hacia Mariano mostrándose atemorizado e inseguro. Éste notó que cojeaba un poco y se mostraba tímido y medroso. *¿Qué ha ocurrido?* preguntó de nuevo.

Como no respondían, Mariano, un tanto desconcertado pero intuitivo, *¡bueno!, por favor decidme a qué se debe este silencio,* dijo con cierto énfasis.

Santiago comprendió que debía dar una explicación y comenzó: *Hoy, a media mañana, después del almuerzo, apareció un individuo de unos cincuenta años, más bien alto, cor-*

*pulento, con un sombrero en la cabeza, mono azul y un revolver al cinturón.*

*Nos pareció oír que le habíamos quitado el agua pero como empezó a insultarnos no le entendimos. Lo verdaderamente hiriente y de enorme humillación ocurrió al sacar el revolver, amenazando disparar al tiempo que le dio a Cosme un puñetazo en la cabeza, abriéndole una herida, por la que empezó a sangrar.*

*En ese instante, continuó Santiago, me tiré para auxiliar al compañero, momento que aproveché para darme un golpe con el revolver en la ingle. Mariano sin pronunciar palabra alguna, le miró con detenimiento la herida, buscó un trapo para limpiarla. Al no encontrar se quitó la camisa que rasgó en tiras. Con agua le quitó la sangre que le resbalaba por la cara. Al proponerle ir al médico, Cosme se negó rotundamente arguyendo que se encontraba perfectamente bien.*

*Y tú Santiago ¿tienes dolores? Si me muevo me hace algo de daño pero si estoy quieto nada.*

Mariano le pidió que le enseñara el golpe. Se le veía un morado pero sin herida.

Siempre han dicho que estos golpes suelen doler bastante porque afectan a tendones aunque no entrañen peligro.

Como joven, Mariano, ante tal situación le hervía la sangre. Aunque lo que verdaderamente le enardecía era el no haber podido ayudar a sus compañeros, a los que adoraba y quería más que a sí mismo.

Pendiente de que se volviera a repetir hecho tan lamentable, procuraba venir cuanto antes del trabajo.

Aquella mañana todo salió a pedir de boca. El madrugón también sirvió. Mucho antes del mediodía ya estaba con los compañeros.

Cuando le vieron llegar, dejaron el trabajo para salir a recibirle.

¡Qué alegría! Eso, sin duda, representaba la imagen más sincera del cariño habido entre ellos. *¿Cómo has venido tan pronto? ¿acaso no has ido al trabajo? ¿te encuentras bien?* le preguntaron.

*Todo va bien*, respondió.

*Y vosotros ¿que tal?*

*Precisamente vengo para echaros una mano*

*Descansad un poco mientras yo recojo la hortaliza.*

En medio de tanta paz, Cosme, en actitud tensa fijó la mirada hacia la lejanía. Se aseguró al tiempo que empezó a gritar: *¡mirad, mirad, es el mismo del otro día!*

Santiago sintió terror.

Mariano no podía faltar a su responsabilidad. Asumía el riesgo pero tenía la certeza del triunfo no por su fortaleza sino porque las razones y el concepto de lo justo inspira en todo momento, tal entereza, que hasta lo más resistente se doblega.

A medida que se acercaba aquel personaje, la concentración de Mariano aumentaba la dosis del valor.

Un poco antes de llegar a ellos, el desconocido comenzó a gritar a la vez que levantaba los brazos. No se le entendía nada.

Con gestos de enfurecido, sacó el revolver y disparó al

aire. Mariano ni siquiera se inmutó al oír el ruido del arma y Lucero, que hizo el ademán de ir a por él, obedeció una señal y se retuvo.

Avanzó hacia Cosme que permanecía quieto con las piernas abiertas sobre el surco. Mariano se aproximó al visitante en cuyo rostro se notaba una enorme indignación.

Sin mediar palabra alguna comenzó a gritar: *¡Me han robado el jato! ¡Uds. me han quitado el ternero! Si no me lo dan les mataré.*

A lo que añadió Cosme: *nosotros no le hemos cogido nada, ni visto nada.*

Tales palabras debieron enfurecer en mayor medida al intruso pues reaccionó con tal violencia que se abalanzó sobre Cosme tirándole para atrás.

Como una exhalación Mariano se lanzó sobre el atacante, al que levantó por los aires al tiempo que diera una patada al revólver, alejándolo de su alcance.

Viéndose incapaz y vencido le pidió que le bajase al suelo y que mandase al perro que se retirara. Todo ello en un tono de sumisión. Mariano así lo hizo y sin dejar de mirarle fijamente le dijo: *«Si vuelve otra vez por estas propiedades en tono de guerra, se lo advierto, le mataré, téngalo presente. Si se atreve a molestar a mis compañeros o a mí, le iremos a buscar y, allí donde se encuentre morirá. Cuente también que si nos necesita aquí estamos. Los vecinos tenemos la obligación de ayudarnos, jamás de odiarnos.*

Tanto para Cosme como para Santiago Mariano pasó al rango de hombre prodigio.



Cuando vieron por los aires al hombre tan corpulento pensaron que se trataba de algo mágico.

Ciertamente Mariano tenía la correa de un gran atleta. Las duras labores del campo y el hecho de tratar constantemente con animales de carga fortalecían de tal manera los músculos que aquella fuerza, salida con ímpetu, arrollaba a cualquiera.

Pero las palabras, llenas de sentencias, dejaron aún más confundido al pobre valentón.

Aquel que llegara con pasos largos, mirando al cielo y sacando el pecho, marchó sin volver la mirada hacia atrás y con la cabeza gacha.

Santiago recogió el revolver sin poner las manos. Se ayudó de unos trapos con los que envolvió el arma, dejándola en el almacén de la huerta en una parte alta.

La mañana había resultado muy fructífera. Antes de ir a comer apenas faltaban unas cestas que llenar, por lo que decidieron acudir a casa.

Ya por la tarde, acudieron a la huerta para terminar los pedidos del día siguiente. A punto de marcharse, el carro ya cargado, apareció el ogro del día anterior con paso tranquilo y sosegado. Con el saludo de «buenas tardes» nos sorprendió el señor.

*Vengo, dijo, a pedirles perdón por todo lo ocurrido. Quisiera poderles pagar los daños. El ternero lo encontré. Uds. me han dado una lección. Su compañero ha demostrado ser un hombre como Uds. yo, en cambio, un pobre hombre.*

Al marcharse, ¡Oiga, oiga! le llamó Cosme, pues se le

olvidaba el revolver. *Mejor que lo tire al río*, respondió. *Tenerlo me podría causar graves problemas.*

*Bien, pero como le pertenece a Ud., nosotros se lo devolvemos.*

Marchó Cosme a la nave a por el arma, entregándosela envuelta en el mismo trapo que la guardó. Al recogerla el interesado dio las gracias a Cosme al tiempo que la desenvolvía para comprobar que se trataba de la misma.

Por fin aquella pesadilla tuvo un final satisfactorio. Con un estilo muy convincente se creó un escenario en el que la razón se amparó en saber como contrarrestar la fuerza, a la vez que la auténtica fuerza nacía de la razón.

El proyecto de Mariano, desde que saliera de su casa, discurrió por caminos, ya tortuosos de por sí, pero tanto más al tratarse de un caminante inexperto. Las dificultades propias de cada situación, resolubles a la luz de una elemental experiencia, para él representaban misterios casi arcanos, que producían dolor tanto moral como psíquico. Y mientras otros atrevidos pagaron cara su osadía, él, en cambio, encontró vidas paralelas que transitaban por los mismos lugares y parecido destino.

Mariano, por sus maneras, halló, en cualquier circunstancia, quién le tendiera la mano con el más profundo matiz de honestidad y nobleza.

El tiempo le enseñó y descifró que los favores, por enormes o insignificantes, jamás pasan factura ni hay cifra con qué pagarlos, solamente tienen un haber: el agradecimiento.

Por ello, aparte los sentimientos, un simple detalle repre-

sentaría una muestra evidente de gratitud.

Preguntó a los compañeros si tenían algún inconveniente en que faltara tal día. La respuesta, no pudo ser más tolerante: *sin problema alguno, tantas veces como quieras.*

Al pensar en Santa Fe, seguramente Moisés le podía acompañar. Así, de vuelta del trabajo, pasaría por el almacén; hablaría un instante con él y acordaron que al día siguiente se acercara por su casa a primera hora, para salir desde allí hacia la estación.

Se despertó de buena mañana; se aseó; con el traje muy elegante -antes ya había echado la comida a los animales- salió hacia la ciudad llevando los obsequios.

Volver a ver a quienes tanto le ayudaron, además de una muestra de justa gratitud, suponía para Mariano una nueva ocasión de sentir renacer la llama del cariño hacia Elena y su marido. Desde que la viera aquella mañana al coger la diligencia, quedó prendado de su belleza e inmediatamente comprendió que debía borrar de su mente el impulso de cariño que sintió por ella.

En tan largo viaje ni la más remota insinuación. El diálogo, siempre fluido, transcurrió bajo los cánones de la confianza. Bien se podía decir que Elena, como virtud, se mostraba más extrovertida que su marido, quien asentía con agrado cualquier posición.

Cuando ya se marcharon para Santa Fe y le dejaron su dirección, tenía la absoluta certeza que si hubiera llegado a una situación extrema sin duda le habrían acogido. Además de la ayuda material, muy importante, lo que verdaderamente se alzaba al más alto valor, lo representaba la enseñanza que le

aportaron en un mundo tan nuevo para él, sin perder ni personalidad, ni matiz alguno, que limitara su total libertad.

Sin dificultad llegó a casa de Moisés. Ya le estaba esperando. Al verle con algo en las manos se quedó pensativo. *¡Buenos días!* Con este saludo se iniciaba el reciente día al tiempo que Mariano entregaba a Moisés un pequeño obsequio, le dio, también, un regalo para su esposa.

*¡No, no!* le dijo Moisés; *entramos en casa y se lo das tú mismo a ella. Además, si te parece, tomamos un café un poco deprisa para no llegar tarde al tren.*

Tanto su amigo, cuando vio la pipa de hueso, como su mujer, al descubrir el bellissimo jarrón chino, se lo agradecieron con muestras de familiaridad.

Mariano así lo sentía y, como tal, lo manifestaba a su manera. Cuando hablaba su corazón, las palabras fluían de modo singular. De no ser por ellos, de no haber encontrado a personas tan altruistas, ahora se encontraría pidiendo limosna en alguna esquina y viviendo en algún rincón.

El muchacho buscaba que interpretaran este pequeño detalle como un reconocimiento hacia ellos porque, lo valioso, residía en su corazón. Nunca podría pagar lo que habían hecho por él.

Aunque Moisés, en múltiples ocasiones, ya había visitado esta ciudad, Mariano guardaba a buen recaudo la dirección que le dieron aquellos compañeros de viaje al llegar a Buenos Aires.

Se puso el traje. Su juvenil estampa, unida al perfil de pulcritud, le aportaba unos aires de indudable personalidad.

Moisés, conocedor del camino llevaba la iniciativa. Se acercó a la ventanilla:

*¿Para dónde?* le preguntó el señor de los billetes.

*A Santa Fe* le contestó.

*¿Cuántos?*

*Dos de ida, para ahora y dos de vuelta para el tren de las seis y media.*

Mariano se empeñó en que pagaba los billetes y Moisés, después de reiteradas insistencias, se lo aceptó, con la seguridad de que se lo compensaría a la primera de cambio.

El viaje resultó corto. Casi nada más tomar asiento, pasó el revisor pidiendo los billetes. Apenas se dieron cuenta cuando ya habían llegado al destino.

Para aquel muchacho todo resultaba más que novedoso por tratarse de un lugar desconocido.

Por eso, ahora tendrían que localizar donde se hallaba la calle o dirección. Les ayudó la suerte. Al salir de la estación se encontraron con un agente vestido de uniforme y gorra de plato. Se dirigieron a él y les informó con todo detalle. La calle, en cuestión, no podía estar más cerca.

Una casa de planta baja, rodeada de un jardín, protegida por una valla de obra.

Hicimos sonar el picaporte. Al instante abrió la puerta una señora con un porte de distinción. Por un instante, mediado el saludo de *¡buenos días!*, la dama, esclarecida la duda gritó con entusiasmo *¡Mariano, Mariano!* al tiempo que le estrechaba con un caluroso abrazo.

No faltó el cordial saludo a Moisés quien pudo observar el cariño que sentía por Mariano.

*Mi marido, les dijo, marchó a dar una conferencia y no volverá hasta mañana.*

A Mariano le faltó tiempo para presentar a Moisés y le explicó, cómo gracias a su colaboración le dieron el trabajo, sin olvidar otras muchas ayudas en especie. Le explicó en que consistía la ocupación y dónde vivía en compañía de otros dos trabajadores.

Les invitó a pasar dentro, obsequiándoles con un vino y pastas variadas.

Pero algo inesperado saltó como una llamarada destellante.

Moisés, al darse a conocer su procedencia, nombró su pueblo. *¿De verdad, no me diga? No puede ser,* exclamó Elena. *¡Sí, sí! de Castilla,* afirmó Moisés.

Más inverosímil aún, ¡coincidía el apellido!

Y cuando Moisés llegó a la conclusión definitiva de que se trataba de un progenitor común, aunque las madres fuesen distintas, para romper el misterio pronunció el nombre del padre. Al oírlo Elena profirió un grito de emoción que pareció como si el cielo hubiese estallado. Moisés y Elena eran hermanos de padre. Besos y abrazos sellaron para siempre la sabia que corría por sus cuerpos.

Moisés se apresuró a preguntar por su padre, su madre (madrastra) y hermanos.

El padre hacía ya unos años que murió, su madre aún

vivía y su otra hermana, Victoria, se hallaba en Francia. Precisamente habían estado en España no hacía mucho tiempo. El relato de estos detalles familiares, para Moisés suponía una especie de mezcla agri dulce: el recuerdo tan amargo y la cercanía de la sangre de familia.

Añadió Elena: *el destino quiso que un día, no muy lejano, coincidiéramos con Mariano un amanecer camino de América; que hiciéramos un viaje tan largo en mutua compañía; que nos ayudásemos a sortear las dificultades y que hoy... ¡no hay palabras! vengas a pagarnos con oro, querido Mariano, lo más grande del mundo: un hermano, Moisés.*

Su hermano le contó que escribió varias cartas y que no obtuvo respuesta alguna. Desistió de enviar correspondencia pensando que hubieran muerto o que no querían contestar. Así que cuando me dijo la dueña de la pensión que se había hospedado un castellano, me faltó tiempo para ir a saludarle y me diera nuevas de allá.

*Desde el primer momento comprobé que se trataba de un viejo castellano que más tarde conocí por Mariano.*

*Le ofrecí cuanto pude y me siento dichoso de su amistad y confianza. Hombre cabal.*

Desde ahora para Moisés y para Elena otra razón de peso afianzaba, con nuevos lazos, la estancia en estas tierras americanas.

En medio de tales emociones, Mariano entregó a Elena el pequeño obsequio: un libro sobre la «Historia de Castilla la Vieja». Al desenvolverlo, ya el título le produjo una emoción especial. Por parte de esta mujer existía un acercamiento hacia su compatriota; más diría, unas querencias reprimidas.

Al despedirse Moisés dio un beso a su hermana y Mariano la estrechó la mano.

Ahora deberían conocerse las familias para compartir los recuerdos vividos y ¿por qué no? los proyectos futuros.

Emprendieron el viaje de regreso y llegaron a casa de Moisés. Su señora insistió que se quedase a cenar, pero Mariano le explicó que debía hacer varios trabajos, aparte de atender a los animales. Otro día, dijo el muchacho, comeremos todos en algún lugar porque me sentiré enormemente dichoso de invitarles.

Realmente parecía que, en estas fechas, se hubiesen dado cita tal cúmulo de emociones que los lazos surgidos perdurarían para siempre.

De no haberlo palpado, para muchos hubiera parecido una fantasía abstracta o una historieta de laboratorio.

Mariano continuó su camino y cuando llegó al caserío sus compañeros ya habían empezado a cenar. *De haber sabido que venías, dijo Cosme, te hubiésemos esperado.* Le pidió que se sentara y le dijo que pronto tendría la cena. Al instante todos compartían la mesa.

El compañero recién llegado les contó que dos hermanos, que no sabían el uno del otro desde hacía más de treinta años, se volvieron a conocer hoy. Más todavía, cuando él llegó a estas tierras, la hermana apenas tenía dos años. La muchacha, en plena juventud, nada más casarse se vino y se asentó en Santa Fe, donde residía en la actualidad.

Curiosamente toda una vida, ambos hermanos residiendo a pocos kilómetros y hasta ese momento olvidados uno de otro, sin conocimiento alguno de su paradero. No hace falta



añadir que de haberse dado la circunstancia de verse en algún lugar ni siquiera se habrían reconocido ya que no sabían de su existencia allí.

La historia resultó más que sorprendente.

Al día siguiente como era festivo, Mariano quiso aprovechar para adelantar las tareas domésticas. Tenía un tanto olvidado el lavadero, mejor dicho abultaba ya demasiado la ropa sucia. Afanoso se puso a ello hasta verlo colgado en las cuerdas y pronto quedaría seco.

Por la noche al irse a dormir decidió madrugar. Quería ir a la pensión para entregar el obsequio a la dueña, la señora Francisca.

Al llegar llamó a la puerta. Acudió a abrirle la dueña ¡qué sorpresa al encontrarse uno enfrente del otro! El saludo revisió muestras palpables de cordialidad.

Mariano con la mayor timidez le dio a Francisca el obsequio. Al acercárselo le temblaban las manos pensando que tal vez no le pudiera gustar.

*Este pequeño detalle, le dijo, representa lo más grande de mi persona: el cariño. Si yo tuviera que corresponder mínimamente a lo mucho recibido, mi vida entera resultaría insuficiente para pagar la deuda.*

Francisca al ver el pañuelo de seda, lo cogió entre sus manos, acariciando con mimo su cara: *¡cómo te lo agradezco Mariano! «Pero ché, que lindo» Desde que te conocí no dudé en ayudarte porque supe que pertenecías a una gran tierra.*

*Con este gesto has despertado algo tan maravilloso, que los lazos de la amistad perdurarán para siempre. Olvida cuanto pudiera haber hecho por ti, todo ello insignificante.*

El casual encuentro de los dos hermanos creó en Mariano un vacío de incertidumbre, tan profundo que pensó en los innumerables misterios tapados por el tiempo. El recuerdo, antítesis del olvido, volvería a mirar con entusiasmo el mañana, convencido de lograr así, mejorar el ayer.

Recordó que un día también marchó su hermana Aurora a La Habana. Podría ocurrir que, pasando uno al lado del otro, ni se conocieran. O, comportarse como extraños habitando en la misma casa. ¡Qué desolador! Y lo lamentaba, al tiempo que lo comprendía, pues al fin de cuentas él dejó a sus padres en busca de un futuro mejor.

Siguiendo el curso del camino, ya de vuelta hacia casa, Mariano reconstruyó cuantas enseñanzas recibiera de la escuela. Las emociones tan fuertes seguramente despertaron las reminiscencias inculcadas casi a fuego en el hogar familiar: el valor de la familia, la obediencia ciega, las costumbres del pueblo, cómo el parecer sobre temas políticos o religiosos se consideraba falta de sometimiento o rebeldía, el tener una visión nueva o alternancia en cualquier asunto se interpretaba desequilibrio, la historia etc. etc.

En los últimos años de permanencia en el pueblo, Mariano asistió a cuantas clases podía. Ya por la tarde, más bien diríamos por la noche, se impartían unas clases llamadas para «adultos» a las que solían acudir aquellas personas que durante el día estaban ocupadas en las labores, principalmente del campo. Un maestro o maestra escogía los temas que pudieran aportar a los alumnos una formación básica. Aprender a leer, escribir, aritmética y geometría, geografía, historia, contabilidad... En los alumnos se despertaba un verdadero entusiasmo, hasta el punto que

la formación alcanzada representó en muchas ocasiones la base de una iniciación académica. Los resultados, más que brillantes, entusiasmaban a los maestros viendo cómo se aplicaban aquellos alumnos. Algo semejante a lo que hiciera Juana, quien tal como hemos referido anteriormente se convertiría en la esposa de Mariano

Un concepto muy particular de los pueblos surgía cuando un bien o daño afectaba a un miembro de un tronco común, denominado parentesco. Todos se sentían heridos o agradecidos.

Tales vínculos familiares se manifestaban al llegar las fiestas populares o acontecimientos: bautizos, bodas, entierros....

Otra muestra de consanguinidad se hacía visible en la etapa de las matanzas. A cada familia o allegado se le llevaba a su casa caldo, morcilla y magro.

Ejemplo de unidad popular se podría considerar cuando los vecinos, llamados a son de corneta, «por adra», se reunían para reparar caminos, fuentes, tejados o mondar los ríos.

La costumbre de guardar a la vecina la levadura para la nueva hornada encerraba un ejemplo de convivencia

Hasta hace unas cuantas décadas cada vecino tenía un horno donde cocía el pan. Quienes carecían de él lo alquilaban.

Las normas de convivencia, inamovibles, se regían por los usos y costumbres tradicionales.

Pero alguien podría preguntarse por qué triunfó este muchacho lejos de su tierra. La respuesta no tiene dobleces ni enigmas. Se comprometía y cumplía con creces. A partir de ahí

la confianza, la fiabilidad y el reconocimiento. Mariano jamás se sintió superior, en cambio valoraba, en gran manera, las virtudes de los demás. El lenguaje de la seriedad y de la honradez de siempre se habló en todos los idiomas y lugares del mundo. El hogar familiar, universidad de la vida y la sabiduría jocosa del pueblo en todo momento impartió títulos superiores de madurez y conducta. Sólo quienes se esforzaron consiguieron tal premio de por vida...

De los compañeros de viaje el único que faltaba por contactar era Pablo. Desde muy niño únicamente recibió desprecio y abandono. Por eso, él para los demás se volcó en atención y afecto.

Los años se sucedieron de modo inexorable. Casi con una precisión matemática Mariano iba enviando los ahorros al Sr. cura, y si lo analizaba detenidamente, jamás hubiera podido encontrar mejor administrador.

El negocio de la huerta se fue ampliando hasta alcanzar un justo equilibrio entre oferta y demanda.

Aunque el aumento de trabajo requiriera un mayor esfuerzo se podía asegurar que lo recibían con entusiasmo. A medida que el esfuerzo aumentaba, la compensación económica iba a la par con holgura.

Bartolo y Lucero siempre dejaron muy alto el pabellón. Del progreso de este gran proyecto, no cabe duda, constituyeron una parte esencial tanto el burro como el corpulento y no menos bello mastín. Su compañía inspiraba tranquilidad. ¡Qué miradas tan dulces! Realmente, aunque animales, formaban parte de la familia.

## Capítulo V

### Una heroicidad

Aquel día requería salir antes. Los pedidos, numerosos por cierto, llenaban el carro de hortalizas. Lucero con el rabo levantado, en forma de rosca, caminaba al lado de Bartolo.

Habían cruzado ya la zona industrial y dejado parte de la mercancía en los locales de algunos clientes. Aún le quedaba largo trecho hasta llegar a los otros puestos de la plaza.

Una profusa avenida se entrecruzaba en el trayecto. Por ella discurrían los tranvías en ambas direcciones, dejando a su izquierda el estanque lleno de agua, en cuyo centro se levantaba un pedestal que sostenía a un pequeño Neptuno simulando manar el agua de los pies del gran dios romano.

Circular por este lugar, con el consiguiente riesgo exigía una concentración especial y una demostrada capacidad de ocurrencia.

Como lo hiciera todos los días, Mariano se colocó al lado de Bartolo para iniciar el cruce. De repente, sin saber que ocurría, se oyó un escandaloso chirrido. El tranvía había descarriado y discurría por encima de los adoquines produciendo un ruido atronador y entrecortado.

De la catenaria comenzaron a salir chispas a raudales, al

tiempo que brotaban algunas llamas, cada vez, de mayor intensidad.

Seguramente a través del trole se propagó el incendio hasta el punto que el conductor del tranvía se agarró sin pensarlo a la base de la barra para impedir que se quemaran los pasajeros.

Una fuerte descarga eléctrica pasaría por su cuerpo quedando inconsciente por electrocución.

Al quedarse pegado, con seguridad hubiera muerto.

Mariano que se percató de la situación, sin pensarlo, se arrojó como un rayo a los pies del conductor. Tiró de él con tal fuerza que le arrancó de la corriente, a la vez que los dos cayeron al suelo.

En el instante de agarrar al tranviario, una descarga pasó por el cuerpo de Mariano sufriendo una tremenda sacudida que, al contactar con la tierra, quedó neutralizada.

Malherido, Mariano se levantó como pudo, cogió por la cintura al aparente cadáver, lleno de quemaduras y se lo echó al hombro para llevarlo a la primera casa que encontrara y allí prestarle toda la ayuda.

Una señora que regentaba una herboristería, en otros tiempos enfermera, intentó reanimarle aplicándole fuertes impulsos en el tórax sin lograr revitalizarle.

Mariano con las manos muy ensangrentadas, casi exánime, siguiendo las enseñanzas continuó los impulsos con todas sus fuerzas.

Ya desfallecido ¡oh Dios soñaba! le pareció que aquel hombre, de unos cuarenta y cinco años, empezaba a respirar. ¡¡¡ Sí, Sí !!! latía su corazón. Un rayo de esperanza brilló en el

horizonte.

Se quejaba del agudo dolor. Parecía que recobraba la sensibilidad.

Directivos de la empresa de tranvías Anglo-Argentina habían acudido con la mayor rapidez para interesarse por los accidentados.

Mariano al ver a tales señores, quiso saber cómo se encontraban los pasajeros. A lo que le respondieron que cuantos ocupaban el tranvía a la hora del percance estaban ilesos. Pequeños golpes contra los asientos pero sin consideración alguna.

Todos los pasajeros relataron lo ocurrido. Como testigos presenciales y de excepción no sabían cómo explicar la heroicidad de Mariano.

Si el conductor salvaba la vida y a los pasajeros no les había ocurrido nada, se lo deberían reconocer a Mariano. Jamás se podría aplicar con mayor propiedad el concepto de héroe.

Inmediatamente llegó la ambulancia, llevándose tanto al conductor del tranvía como a Mariano.

A éste le hicieron unas curas y le pusieron unos vendajes; en cambio al conductor, tras las primeras curas, inmediatamente le trasladaron al quirófano dado que el riesgo de perder la vida entraba en porcentajes muy elevados.

Lo milagroso ya se había producido: lograr que volviera a la vida. Ahora la gran preocupación pasaba por conseguir la mejoría del gran accidentado, llamado Martín.

La policía acudió al lugar del suceso e hizo las indaga-

ciones pertinentes. Trató de conocer los mayores detalles que les permitiera deducir las causas del suceso.

Inmediatamente comunicaron al jefe de Mariano la intervención tan valiente de su empleado. Le faltó tiempo al dueño para acercarse al hospital. Necesitaba vivir de cerca la situación de los heridos.

Al conocer que se trataba del jefe de Mariano le agasajaron hasta el punto de mostrarle envidia por tener a tal empleado.

En el centro médico aconsejaron que permaneciera allí por lo menos durante aquel día pero él se resistió manifestando que si notaba algún retroceso acudiría al instante. De esta manera los médicos le permitieron salir. Antes de marchar se informó de la mejoría del conductor.

Por el medio más rápido acudió al lugar de los hechos. En un rincón de la calle esperaban sus más fieles compañeros. Lucero, tumbado, animaba al burro a permanecer pacientemente de pie.

Con la misma fe de cada mañana prosiguió el camino. Explicó a los clientes por qué llegaba más tarde y les pidió excusas. Todos lo comprendieron, celebrando que los daños no resultaran de mayor gravedad.

D. Santiago, al no encontrar a Mariano en el hospital, después de interesarse por la salud del tranviario, salió muy preocupado en su busca.

Conociendo a su empleado marchó hacia la plaza para preguntar a sus clientes si había pasado por allí.

Al ver a Santiago los clientes le preguntaron por su em-



pleado pues había estado no hacía mucho repartiendo y llevaba bastantes vendas y heridas en la cara. Absolutamente todos le desearon la total recuperación al tiempo que le ofrecieron su ayuda.

D. Santiago sabía muy bien que contaba con una persona; con un trabajador de valía y una incalculable dosis de valor. Conocía cómo defendió a sus compañeros. Hasta llegó a pensar si en este muchacho se pudiera esconder algo sobrenatural.

El dueño, camino de la huerta, ya muy cerca de las estancias y los establos, alcanzó a su empleado. Al ver al muchacho en tan lamentable situación, se sintió tan insignificante que le brotaron las lágrimas, al tiempo que le dijera: *«pero, hijo mío, ¿cómo estás?»* Mariano le tranquilizó asegurándole que pronto se recuperaría del todo.

*Debido a lo ocurrido, le informó, se había retrasado el reparto. Cada uno de los clientes había recibido las excusas verdaderas; añadió que le pedía el favor de no cobrarles las mercancías de esa jornada al llegar tarde y que las pérdidas se las descontara de su sueldo.*

El dueño, sin fuerzas: *mira, le dijo cuanto hagas me parece más que apropiado. En cuanto al sueldo, te pido, que lo dejes en mis manos. Todo aquel que se entrega a la empresa, de ella también ha de recibir la recompensa.*

D. Santiago, arrastrado por la curiosidad admiró la limpieza y orden de las instalaciones, sin pasarle desapercibido el cuidado de los animales.

Desde aquí se acercaron hasta la huerta. Al ver a D. San-

tiago los compañeros de Mariano se asustaron, pensando que algo muy grave debía haber sucedido.

Con la mirada puesta en el dueño, al principio no se percataron de su amigo Mariano.

A medida que se acercaban al camino, ya no daban fe de lo que les parecía ver.

Ya más cerca, le dijo Cosme a su compañero *¿te has dado cuenta de cómo viene nuestro compañero?*

*Pues llevas razón*, le contestó el otro.

Aceleraron el paso y casi sin atender a D. Santiago, se acercaron a Mariano *¿qué te ha ocurrido?* le preguntaron asustados. Les abrazó con fuerza, diciéndoles al tiempo *¡nada! No tiene importancia.*

D. Santiago intervino para explicarles lo sucedido. Una vez escuchado el relato aumentó aún más el cariño de sus compañeros por Mariano.

Se despidieron del dueño. Aún debía pasar por el almacén, visitar al conductor en el hospital y atender a la policía por ser Mariano un empleado de la casa, aparte de otras obligaciones.

Le recordó que debía ir a curarse al día siguiente. Del reparto ya se encargaba él mismo.

*De acuerdo* le respondió Mariano. *Me acercaré al hospital; visitaré al señor del tranvía, pero todo ello después de haber repartido a primerísima hora toda la mercancía.*

El dueño podía hacer prevalecer su criterio pero ya lo había ejercido ofreciéndole su ayuda, si la necesitaba.

Las quemaduras del conductor del tranvía las catalogaron de pronóstico reservado. Ocupaban más del ochenta por ciento del cuerpo.

Ya parecía fuera de peligro. Evolucionaba favorablemente. Se había producido un auténtico milagro. El artífice, sin dudarle, Mariano. A él le cambiaron el vendaje colocándole otro más liviano.

A D. Santiago le faltó tiempo para comunicarle a Moisés el grave accidente ocurrido y en el que su amigo resultó herido, no de gravedad, al salvar de una muerte segura a un conductor de tranvías que resultó con heridas, casi mortales, en gran parte de su cuerpo. Intentó verle inmediatamente pero se lo impidieron los facultativos. No obstante le informaron con todo detalle, por lo que se quedó más tranquilo.

La escena de dolor se produjo al llegar al hospital la mujer e hijos de Martín, nombre del conductor del tranvía accidentado. Al verle todo vendado se les cayó el alma.

Pero recordaron que el ánimo en los momentos críticos, contribuía eficazmente a lograr la salud.

La familia destrozada al contemplar tal visión, recobró una fundada esperanza cuando Martín pronunció, con claridad, *¡qué duro lo ocurrido, pero todo ya ha pasado! Os quiero.*

*Debéis saber que la vida se la debo a un joven llamado Mariano. Me han dicho que él me sacó de la muerte segura arriesgando su existencia.*

*Sé que tiene también profundas heridas. Quiero abrazarle y darle las gracias por su generosidad hacia mí.*

*Cada mañana, al levantarme le recordaré. Y desde ahora en mi espíritu se ha despertado el afán de ayudar a cuantos,*

*de verdad, lo necesiten.*

La dirección de Anglo-Argentina, compañía de los tranvías, cada día visitaba a su empleado Martín. Llevaba bastantes años trabajando en esta empresa. Dentro de la plantilla se le valoraba.

Con semejante interés se preocupaban por Mariano. Reconocían y valoraban el prodigio del joven. Tal acto de indudable altruismo proyectaría hacia los demás un ejemplo a imitar.

La mejoría se notaba de día en día, aunque en algunos momentos el dolor resultaba casi inaguantable.

Aquellos días alcanzaron una intensidad frenética: familiares, amigos, conocidos, compañeros... se interesaban principalmente por Martín, normal al ser nacido allí, y los menos por Mariano.

El centro de las conversaciones giraba en torno al trágico desenlace, al valor y a la evolución de los accidentados. También celebraban la suerte habida entre los pasajeros del tranvía, por fortuna todos ilesos.

Para D. Santiago los días inmediatos al suceso transcurrieron pendientes de la evolución de Martín y Mariano. En la misma escala sucedería en la dirección de la Compañía de Tranvías, sin olvidar, en la forma pertinente, las pesquisas policiales, los juzgados, instituciones laborales, etc.

Aquellas nubes, que entristecieron el cielo ayer, fueron desapareciendo. Al tiempo un sol de esperanza comenzaba a lucir con verdadera ilusión.

Martín ya se reponía en casa con pasos seguros. Cuando

Mariano le visitaba toda la familia de Martín le daba muestras de cariño y de admiración.

Poco a poco se volvería a la rutina sin sobresaltos. Se impondría de nuevo la monotonía pero, ahora, con un renovado espíritu. Al final una evocación a los hados buenos porque habían triunfado.

De vuelta del reparto, Mariano se acercó hasta sus compañeros para llevarles los pedidos, descargando a la vez las cestas vacías y, sin perder ni un segundo, regresó a casa.

Había que hacer la comida. En aquella ocasión algo se retrasó, por lo que el menú debería prepararse un poco rápido. Al salir a por leña para la lumbre Lucero empezó a ladrar. Con seguridad que alguien se acercaba.

En efecto, con gran sorpresa, se trataba de D. Santiago. Mariano salió a su paso para saludarle

*«Acababa de volver de la huerta», le dijo.*

*En estos momentos he puesto la comida. Si Ud. se queda a comer añadiría más cantidad.*

*Claro que me gustaría comer en vuestra compañía pero tengo que atender tantas obligaciones y compromisos que seguramente ni podría sentarme.* El motivo de su visita respondía a una carta del Ministerio de Justicia. Mientras se lo comunicaba le dio la carta por si quería leerla; a lo que Mariano le dijo que él, con toda libertad, decidiera.

El dueño continuó: *En la carta decía que se le reconocía como ciudadano de honor... «a D. Mariano Peñaranda Carretero, por su comportamiento heroico» En un acto público se le condecoraría, concediéndole una gratificación en efectivo du-*

*rante dos años que percibiría en veinticuatro mensualidades.*

*Continuaba el escrito «también se hace partícipe de tan notoria actitud a la empresa que cuenta con personal tan ejemplar». En el mismo acto se le entregaría el Diploma de «Empresa Modelo» eximiéndole, como recompensa, de los impuestos del año siguiente al de la fecha.*

A ello Mariano poco tuvo que decir.

Sólo le pidió a D. Santiago que el premio recibido se repartiera por iguales partes entre sus compañeros.

El compromiso se cumpliría en los términos exactos a su deseo.

Habían pasado muy pocos días cuando, de nuevo, salían a la palestra nuevas misivas con referencia al suceso.

Precisamente a la compañía de tranvías de Buenos Aires, Anglo-Argentina le afectaba de lleno ya que el siniestro se produjo en uno de sus tranvías.

La gravedad del suceso transcendía de lo meramente superficial. Un herido muy grave y otro con daños de categoría reservada, sin olvidar el riesgo de cuantos viajeros, en ese momento, ocupaban el tranvía.

La empresa, tan pronto tuvo noticia de los hechos, se apresuró a dar respuesta a la situación en todos los aspectos. Ofreció toda la ayuda a los afectados, de modo particular la asistencia médica.

Superados los momentos de riesgo, ya iniciada una ascendente mejoría, la empresa de los tranvías se dirigió a Mariano con profunda admiración. Le ofreció un puesto de trabajo en la

propia empresa, en la sección de Mantenimiento además de una recompensa económica.

De ello Mariano le pidió parecer a su dueño, aconsejándole éste que el puesto de trabajo se lo reservaran, pues él tenía pensado que tan pronto se jubilasen los compañeros de la huerta, dejaría el negocio.

Añadió, dirigiéndose a Mariano: *si llegado el momento Ud. quisiera continuar, desde ahora mismo compromería su palabra que podría contar con ello.*

El chico lo entendió por lo que se dirigió a la dirección de la Compañía solicitando la mora en el puesto de trabajo sin pérdida del mismo. La respuesta no pudo ser más precisa. Mientras la empresa existiera, el puesto le quedaba reservado sin límite de tiempo.

En el momento que el Ministerio les comunicó la fecha del homenaje, Martín ya había superado el meridiano de la recuperación.

La mejoría no podía avanzar con mayor celeridad. Martín tenía conciencia de cómo iba superando tanto daño. A partir de ahora la valoración de lo material ocuparía otras escalas. Sí, un rotundo sí a lo más precioso de lo humano: la vida.

El acto oficial de condecoración a Mariano y el reconocimiento a la empresa revistió momentos de intensa emoción.

Innumerables asistentes llenaban el enorme salón. D. Santiago, como empresario gozaba de un prestigio comercial y en el terreno personal, dada su condición de hombre recto y afable, se le respetaba y apreciaba..

Aquel muchacho español, de Marmolejo de Arriba, llegó a este país americano en busca de trabajo. Hoy, ya con ocupación laboral, ha podido devolver a los ciudadanos argentinos el calor de su tierra. El pueblo de Buenos Aires le tributa su honor con las muestras más inequívocas de afecto.

Estas y otras parecidas palabras se pronunciaron en tan glorioso acto.

Mariano nunca hubiera soñado, con tantos momentos de gloria. Además de D. Santiago le acompañaron Cosme, Santiago, Moisés, Francisca, Ramón y Elena y todo el personal de la empresa.

Cómo agradeció a todos su presencia.

Cuánto hubiera dado por tener a sus padres, al Sr. Cura y a Pablo.

La fama nunca ofuscó la mente del muchacho.

Salió de su tierra con un proyecto: volver de nuevo después de haber ahorrado un dinero.

Sólo pensaba en volver a su Castilla, donde se dedicaría a la agricultura junto con algún rebaño de ovejas.

Se le había olvidado nombrar a Dámaso, que también acompañó a los galardonados. Se sintió orgulloso por doble motivo: uno porque el muchacho al que dejó el trabajo respondió admirablemente y otro porque al mismo, hoy, se le reconoce como héroe.

Mariano tenía una espina. ¿Había puesto el suficiente interés por contactar con Pablo? En su feudo interior reconocía lo mucho que le había ayudado pero no había tenido ocasión



de manifestárselo.

Pensó que la mejor forma de saber de él consistía en acercarse a las oficinas de la compañía naviera. Allí le informarían de su persona y de las fechas en que arribaría al puerto de Buenos Aires.

No dudó en acercarse al puerto que no había visitado desde que llegó en aquellos años. Claro que la forma de verlo ahora cambiaba totalmente.

Entonces, lleno del más espantoso temor, ahora, en cambio, seguro de sí mismo e ilusionado por ese mañana en que la proa determine poner el rumbo opuesto al de ayer.

*¡Volver, sí! ¡volver!* pensaba Mariano pero no con palabras sino a gritos, *¡a mi pueblo!, a Marmolejo, y de Arriba.*

Para ver a sus padres, a D. Antonio, a sus vecinos, a todos.

Por un momento, aquel muchacho, confuso, aturdido a su llegada a tierras argentinas, ahora, ya pasados los años, se vio invadido por la emoción. En su corazón brotaban, con frecuencia los recuerdos pero se contenía para no defraudar sus sentimientos en la confianza de que, no muy tarde, les pudiera dar salida a raudales.

*Preguntó cuándo tenían prevista la llegada del Ligure y si en él viajaba Pablo.*

Sí, Pablo formaba parte del personal técnico con titulación superior de ingeniero industrial. Cuando Ud. le conoció, era ayudante de mantenimiento, ocupándose de las máquinas.

Al jubilarse su jefe anterior, le sustituyó en el puesto.

Se trata de una persona muy reconocida y valorada.

La fecha de llegada a este puerto tendría lugar el día tres del mes siguiente y permanecería amarrado hasta el día diez inmediato.

*¿Quiere Ud. que le digamos algo a D. Pablo?* le preguntaron.

A lo que les respondió: *que si hacían el favor le informarían de que se había interesado por él Mariano y que, por todos los medios, volvería en esas fechas para verle.*

Al pasar cerca de la pensión, entró a saludar a la Sra. Francisca que demostró una inmensa alegría al verle y, no menos, al verla él a ella.

Apenas pudieron hablar, aunque no faltó el recuerdo de los premios y el acertado enfoque sobre el puesto de trabajo en la Compañía de tranvías. *Muy acertado*, expresó la señora.

Mariano tenía prisa porque quería visitar a Moisés.

Al llamar salió su mujer.

*¡Hombre Mariano! qué alegría. Moisés salió a comprar y regresará enseguida.*

Al instante apareció el amigo.

Se dieron un abrazo interminable.

*¡Qué grande eres!* le dijo Moisés, mirándole fijamente a la cara.

Mariano explicó que venía del puerto para que le informaran del compañero de viaje que tanto le ayudó al venir de su tierra.

Añadió que le aseguraron que llegaría aproximadamente

dentro de un mes.

Con este dato, Mariano le sugirió a Moisés la posibilidad de reunirse todos los conocidos.

Se podía hacer una comida, a la que asistieran también todos los familiares de los compañeros.

Mariano, continuó diciendo, que para él, supondría un día de auténtica felicidad. No hacía falta decir que de la invitación respondía él.

Moisés le replicó *¿cómo? Faltaría más.*

Para esta fecha él se encargaba de que allí no faltara nadie.

Además él buscaría dónde comer.

En esta ocasión, el honor correspondía a Mariano porque siempre pagaba el que podía, por lo que ahora, que podía, debía pagar él.

Aquella gracia le hizo sonreír a Mariano.

Llegó la fecha y el Ligure entró en el puerto.

Una vez más se imaginaba que pronto, los amaneceres de España se reflejarían en su casco.

Aquel mar, distancia interminable entre dos países, hoy sus aguas parecían un ancho lazo que las unía.

Con una tensión desconocida se acercó a la pasarela. Preguntó por D. Pablo.

Al instante un marinero pidió que le acompañara dentro del barco. Allí le esperaba.

Pablo, al verle, corrió velozmente para abrazarle de tal

manera que la emoción surgió en ambos.

Le preguntó cómo me iba. *Muy bien*, dijo.

*Te he recordado muy a menudo.*

*Desde hace mucho tiempo*, le dijo Mariano, *guardo en mi recuerdo lo mucho que me ayudaste.*

*Aun pagándote cuanto te debo, jamás saldaría la deuda.*

Pablo a estas palabras le respondió: *Tal comportamiento para contigo me dejó apesadumbrado al poder hacer tan poco por ti.*

Al decirle Mariano que estaba invitado a una comida, a la que asistirían cuantas personas, que de una u otra manera, habían compartido algún momento de su vida, Pablo aceptó con enorme agrado.

Llegado este día, todos acudieron con verdadera ilusión.

Entre los comensales se palpaba una simpatía de afecto, en gran parte influenciados por el comportamiento de Mariano.

Los lazos, que ya unían a muchos, se fortalecieron. En aquéllos, que por primera vez se conocieron, brotaron coincidencias de amistad y sintonía.

Ciertamente el clima que se respiraba invitaba a un comportamiento cercano.

Tal confianza le llevó a Moisés a contar alguna historietta, tanto más atractiva por su originalidad y por haber sucedido en su pueblo.

Los personajes de carne y hueso pertenecían al mundo

real con nombre y domicilio.

Si bien, no cabe duda, que la personalidad de Moisés, además de la gracia, -una de sus principales virtudes- así como los recursos mímicos, le auguraban, como consumado actor, el aplauso del público, que no, por más querido, era menos exigente.

Ocurrió así: *«En una zona donde abundaban los pinares, tenían que ir unos vecinos a ver la madera a una sierra que distaba del pueblo menos de una legua. El vecino que quería comprarla iba acompañado del dueño, un señor hurraño, déspota y soberbio.*

*Como tenían que cruzar un riachuelo y, debido a las lluvias, iba muy crecido, el comprador, acompañado de su burro le sugirió cruzar la corriente sin problemas montado en el asno pues así lo había hecho en otras ocasiones. Por lo que decidieron que el primero en pasar el río fuera el dueño del burro.*

*Con ello el propietario de la sierra, ya aleccionado, cuando volviera el animal de vacío se subiría él y lo cruzaría.*

*El propietario del animal solamente le dio un consejo al tirano señor: que por ningún motivo le pegara al asno, pues si así lo hacía el burro le tiraría al agua. Cualquier orden al jumento tenía que hacerse con la voz.*

*Pasó el dueño a la otra orilla y el asno volvió de nuevo. Todo marchaba a pedir de boca. El vendedor se subió en el animal e inició la travesía. Pero en la mitad del cauce el inteligente asno se paró.*

*Enfadado el pasajero le injurió con toda clase de juramentos y letanías. Ya montado en ira el señor cabalgador, ante*

*la terquedad asnal, le propinó una buena patada.*

*Y dicho y hecho, la bestia dobló las patas de atrás, quitándose la carga y con un rebuzno salió ufano a la otra orilla.*

*Mientras que el dueño del burro no podía contener la risa, el acompañante luchaba a brazo partido contra la corriente». ¡Qué escena!*

Los allí reunidos soltaron tal carcajada que las estridentes risas duraron largo rato.

Aquella reunión dejó en Mariano profundas huellas.

El regalo con que le obsequiaron le acompañaría a lo largo de toda su vida: Un reloj de bolsillo con una cadena, ambos en oro y de una singular belleza; de la cadena colgaba una moneda de oro de tráfico legal.

El afecto que le demostraron con su presencia, el galardonado lo resumió con un ¡Gracias, muchas gracias, amigos! Aquel regalo, añadió, cuando ya se hubiera marchado lo pondría en un pedestal como símbolo de una tierra y el calor de sus gentes.

De nuevo al trabajo.

Al regresar del reparto entraría por el banco para enviar algún dinero a D. Antonio. La cantidad ahorrada la tenía depositada en la caja de su pueblo. Seguramente no conocía la cantidad exacta pero sí que podía asegurar que entre la cifra real y la que tenía en su mente no oscilaba ni un real.

Para Mariano el valor del dinero equivalía a lo que podía comprar. Por eso no decía tengo tal o cual cifra sino puedo comprar tal o cual.

Mentalmente iba comprando a medida que ahorraba.

En su cabeza figuraba una aproximación del precio de las tierras, de los animales, de los objetos, de las casas, etc.

A pesar de que las referencias de los valores ya se habían quedado trasnochadas, pues en nada tenían que ver las de aquellos años con las actuales, él, con perspicaz ingenio y de modo lineal, había elevado lo que cada año subiera la vida. Apenas existían diferencias y para no equivocarse el valor real del objeto lo magnificaba con creces.

A los diez años, más o menos de su estancia en El Plata, Mariano ya contaba con un sustancial ahorro.

Prácticamente acumulaba cuanto ganaba, pues el sustento, la vivienda, etc. los tenía cubiertos.

D. Antonio, el cura de su pueblo, cada vez que recibía un dinero le escribía.

En una de las últimas cartas le decía que la economía la llevaba mejor imposible y que le gustaría que como hijo del pueblo y agradecimiento a Dios por el regreso, donara a la iglesia algún objeto importante.

Más adelante le preguntaría al sacerdote qué le parecería a él digno de regalo, así como el valor aproximado de ello.

Veía con satisfacción dar testimonio de haber nacido en aquel pueblo de Castilla. Este muchacho, humilde por naturaleza, por virtud sentía orgullo al imaginarse entregando a su iglesia un recuerdo personal.

Mariano hizo un recorrido por su vida y reconoció que la ayuda recibida, en cada instante, supuso un trascendente empuje para continuar. Si no hubiese encontrado tales dosis de

apoyo, moral y físico, el fracaso hubiera llegado. Se ponía como ejemplo a Moisés que le había proporcionado el compromiso del trabajo y sobre todo las muestras sinceras de un compañero experimentado que sólo buscaba el triunfo de su compatriota. Así recorrió tantas ayudas recibidas que le permitieron soportar con valentía momentos de auténtica amargura. Y a cuenta de todo ello jamás hubo ni devolución ni hipoteca y mucho menos humillación.

Tales reflexiones le trasladarían a un mundo real.

Ayer, cuando nada tenía, poco podía ofrecer, aparte de su ejemplar conducta. Hoy, cuando la vida le había sonreído, con el esfuerzo y sin regalo alguno, reconocía que debía felicitarse y, en la medida de lo justo, dar muestras de bondad. Los méritos, más que evidentes, pero cuántos se esforzaron sin límites y qué pocos alcanzaron la recompensa.

Aunque el triunfo de Mariano entrañaba una connotación especial, los resultados alcanzados, dado el tiempo de permanencia, se podrían catalogar de positivos. En cambio la remodelación de su persona se elevaría a lo más alto del saber. Él aportó la grandeza del ayer, en cambio recibió el sistema del hoy. En la sociedad progresista las buenas acciones se valoran, en cambio en las aldeas se critican. Allí, en el terruño, la personalidad se envilece; aquí, en la gran ciudad, se enaltece.

Como resumen de lo dicho, diferenciaría entre el amanecer y el anochecer. Para quienes ver salir el sol significa progreso y su presencia es constante, dado que cuando anochece no ven en ello una pérdida, lo viven como un presagio de un nuevo amanecer.



En cambio la decadencia, de siempre, se ha interpretado como la caída del sol al fondo del ocaso, sin posibilidad de regeneración.

Estas brevísimas disquisiciones harían de Mariano un hombre distinto, incluso al volver a su tierra sus maneras habían cambiado

Mariano, de no haber tenido un nuevo trabajo, hubiese aceptado el ofrecimiento que le hizo D. Santiago de la total disposición de la huerta y de su explotación cuando se jubilaran sus compañeros Interpretaba, y no se engañaba, que con ganas, aquel pequeño negocio resultaría más que rentable.

Él hubiera dado hasta el alma, si hubiese encontrado, al llegar a Buenos Aires, esto mismo.

Sufría pensando que todo lo conseguido con tanto esfuerzo y empleando tantos años para levantarlo, de no secundarlo alguien se desmoronaría de repente.

Pasó por su cabeza intentar hacer trámites para que alguien del pueblo encontrara un futuro prometedor.

Recorrió cuantos él conocía cuando marchó, mas llegó a la conclusión del compromiso que adquiriría si el nuevo candidato no contaba con la fortaleza del luchador.

Transcurrieron así los meses. Santiago y Cosme, ya contaban los días para la jubilación.

Para Mariano se acercaban fechas con bastante ocupación. Debería notificar a la Compañía de Tranvías el inmediato comienzo del trabajo.

Aunque no existiese problema alguno, debería hablar con

la señora Francisca para que le proporcionara una plaza a pensión completa y una habitación individual.

Tener que informar a sus clientes del cierre del negocio, para Mariano suponía perder parte de la vida.

Al pensar en la confianza que tantos depositaron en él, en el apoyo recibido en todos los momentos, le parecía, que al cerrar, cometía casi una traición.

¿Quién les serviría los mismos productos?

En el caso de que no encontraran otro proveedor los señores de los puestos ¿qué respuesta darían a sus clientes?

Con el temperamento, vitalidad y el espíritu de eficacia, propio de su persona, esta situación le desesperaba.

Esa puerta, que de permanecer abierta garantizaba una vida próspera y prometedora para varias personas, con espíritu de superación, si se cerraba, jamás volvería a franquearse.

¿Dónde quedarían tantos esfuerzos de D. Santiago? ¿Cuán inútiles los desvelos de los trabajadores, que nunca entendieron de horario sino de cumplimiento? ¿Para qué sirvieron los madrugones que garantizaban unos productos frescos y recientes, tan cotizados en los mercados? ¿Cómo podrían entender Bartolo y Lucero la fidelidad a sus amigos los trabajadores, si ahora todo se tiraba por tierra? Con seguridad, si los animales pudieran hablar, los calificarían de poco formales y de haberles traicionado

La decisión, irreversible, no admitía dualidades. O continuar o cerrar.

En el instante que se produjera una ruptura en el servi-

cio, tal explotación hortícola caería fulminante. Por ello, o todo continuaba o todo acababa.

Para otros, el que un trabajo se cerrara, tal vez importara muy poco; mas no para él que aprendió a valorar lo que cuesta conseguir una ocupación laboral; que abandonó su tierra en busca de un futuro; que fue capaz de borrar los sentimientos para convertirse en un lazarillo del azar; que en silencio, hubo de sofocar tantas lágrimas, salidas del corazón, para que no se vieran rodar por las mejillas; que siempre mantuvo un gesto apacible ante sus compañeros por muchas preocupaciones que le atormentaran por dentro.

Como bien dijera Mariano: Cómo no iba a defender la esencia de la vida y del mañana, si contar con un trabajo, se podía considerar no ya un tesoro, sino una mina del más preciado metal. La recompensa se alcanzaba con el natural esfuerzo y significaba el regalo de mayor valor brindado por la Naturaleza.

¿Por qué lucharon tantos emigrantes, venidos de todo el mundo, en especial de España, más concreto de Castilla? ¿Qué otra razón, aparte de un trabajo, buscaron tantos coterráneos venidos a éstos o semejantes lugares?

¿Acaso la pobreza e indigencia, incluso hasta perder la vida, no surgieron de la falta de medios económicos? ¿En qué grado de resignación o desesperación caerían aquellos antepasados, tan cercanos que, lejos de su hogar, convirtieran los exigüos productos de la agricultura o de los rebaños en hambre y miseria?

Lejos del anímico pesimismo, Mariano bien pudiera representar el modelo real y fidedigno de cómo se encontraban

los pueblos.

La vida, en las pequeñas aldeas de la Vieja Castilla, se desarrollaba en medio de extremas limitaciones. A pesar del sacrificio, el premio que se alcanzaba no pasaba de la precaria subsistencia.

Claro, suponiendo que no ocurriera una catástrofe natural: años de sequía, granizadas, tormentas etc.

El tiempo corría sin entrañas. Probablemente Moisés podría hacer el milagro, encontrando alguna persona que vislumbrara un futuro prometedor.

Ambos amigos, Moisés y Mariano, sentían una preocupación común.

Creyeron que acudir a la señora Francisca abriría muchas posibilidades.

Al ver a los dos compañeros, la dueña de la pensión se quedó sorprendida y un tanto asustada. ¿Qué pasaba? Se abrazaron e inmediatamente la contaron el motivo de ir a verla.

La mujer se quedó pensando, adoptando una actitud de concentración.

*Sí, sí, respondió. Ayer, por casualidad, llegaron unos gallegos. Se trataba de cuatro personas que se hospedaron aquí. Intuyendo que no tardarían mucho en llegar, decidieron esperarles.*

Mereció la pena quedarse ya que aparecieron enseguida.

Se dirigieron a Francisca y, tras breves palabras, vinieron hacia nosotros.

Los gallegos fueron presentados a Moisés y Mariano.

Todos ellos se estrecharon la mano como expresión de amistad.

Francisca les informó por encima de qué se trataba; a cada palabra que pronunciaba, se acercaban más a ella, hasta hacer un círculo que les permitiera poder escuchar mejor.

Cualquier persona observadora se hubiese percatado del interés despertado en los oyentes al pronunciar la palabra trabajo.

A ruego de Mariano, Moisés, en nombre del dueño, les aportó importantes detalles de la explotación en sí y de la huerta. Producción, medios, reparto, mantenimiento, sueldo...

La breve narración les llevó a un mundo tan maravilloso que, de haber podido, en aquel mismo instante hubieran marchado a verlo.

Moisés añadió: *bueno si una vez visitado el lugar, siguen teniendo interés, los detalles los tendrían que negociar con el dueño y Uds. pactarían con él cuanto acordasen.*

Quedaron en que el domingo se acercarían a la huerta.

A medida que iban por el camino se fueron ilusionando con el paisaje, muy parecido al de su tierra gallega.

Extensas praderas, montañas cubiertas de verde y algunos hilos de agua que atravesaban con timidez el camino.

Cuando llegaron a las instalaciones se quedaron boquiabiertos. Los establos, las estancias, el orden, la limpieza, etc. Bartolo y Lucero, los cerditos, las gallinas y así... se quedaron sin saber qué decir.

Entretenidos en arreglar un poco el tejado, Cosme y

Mariano bajaron a saludar a los nuevos visitantes. A ellos les correspondía ahora informar de su trabajo, al tiempo que se encaminaron hacia el vergel de la huerta. Realmente uno sentía orgullo al observar tanto orden y cuidado en el trabajo que más que una realidad parecía una obra pictórica.

No se podía pasar por alto la estampa tan entrañable viendo a Lucero, sin apartarse ni un instante de Mariano.

A la vuelta, una y mil preguntas. Moisés y Mariano acompañaron a los gallegos hasta la parada de tranvía.

Allí se quedaría el amigo de Mariano y éste volvió de nuevo a su estancia.

En el camino decidieron que Moisés hablase con D. Santiago.

Lo que decidiera se lo comunicaría de inmediato.

Al comenzar la jornada del día siguiente, Moisés informó a su dueño con toda clase de detalles de lo acontecido.

D. Santiago lo dejaba en manos de Moisés. Lo único que pedía era seriedad; saber que los clientes gozaban de la mayor atención como hasta ahora; que el respeto representara el fundamento del diálogo; que el trato a los animales y a las cosas gozasen de esmero y que los beneficios que reportaran, en un porcentaje, se aplicaran a sufragar los gastos de mantenimiento y reposición.

Moisés, enterado de los detalles y términos, quedó facultado para reflejar por escrito los acuerdos y cumplimiento de las partes. Para informar a los nuevos trabajadores se acercó hasta la pensión. Le informó a Francisca de los detalles.

Les expuso los términos del acuerdo. Hasta ahora, les

dijo, el trabajo lo habían desarrollado tres personas. Por tanto el compromiso lo adquiriría con tres personas, pero que si ellos decidían que hubiese cuatro, no habría ningún inconveniente, siempre que el montante de los sueldos correspondiera a tres aunque se repartiera entre cuatro

Un apartado especial contemplaba el hecho de aumentar el sueldo en base al incremento de clientes y, por tanto, de las ventas.

No dudaron en firmarlo, prometiendo luchar con todo empeño pues en ello iba su futuro.

Leyendo en la tradición de las gentes gallegas, se dice de ellos tener férrea voluntad para lograr el fruto de los proyectos, hombres sacrificados y con una inteligencia intuitiva para los negocios.

Una vez decidido el futuro de la explotación de las hortalizas, Mariano debía informar a Anglo-América de su inmediata incorporación al puesto de trabajo, de lo que se ocuparía en los días siguientes.

La compañía recibió con especial satisfacción la buena nueva.

Algunas bajas habían mermado el personal de servicio. El destino de Mariano ocupaba niveles de mayor altura, pero dada su polivalencia, sin merma de los emolumentos, podría excepcionalmente desempeñar otros cargos.

Y así vemos a Mariano conduciendo un tranvía como si lo hubiese hecho toda la vida. Cómo se quedarían los de Marmolejo de Arriba si vieran al de su pueblo llevando un tranvía en Buenos Aires. De ninguna manera se lo creerían.

Les parecería que habrían enloquecido o que veían visiones.

Al incorporarse, tanto la dirección como los compañeros le hicieron un singular recibimiento. Pronto supieron que aquel sencillo trabajador guardaba sentimientos de nobleza y amistad.

La ropa ya la había trasladado a la pensión y disponía de una habitación particular.

Para Mariano la vida había dado un giro de muchos grados. A partir de ahora la ocupación laboral quedaba reducida a unas horas diarias. El sueldo a percibir, en nada se parecía al anterior. Descontando los gastos de hospedaje, el importe neto era totalmente distinto. Si el servicio se prestaba en horas extras los emolumentos se considerarían más altos. Por parte de la empresa se aportaba una cuota a una especie de obra social-sanitaria que respaldaría las situaciones de baja por accidentes o enfermedad.

Conducir un tranvía no implicaba demasiadas dificultades, siempre que se adoptaran medidas de concentración y singular atención.

Uno de aquellos días, cuando el tranvía circulaba por la plaza, al ver cruzar a Bartolo y Lucero, con sabio criterio Mariano detuvo el tranvía. Seguro que Lucero vio a Mariano, pues levantó las patas delanteras apoyándolas sobre el cristal del tranvía al tiempo que le lamía e intercalaba algunos ladridos.

Mariano, aún sabiendo que rompía la disciplina profesional, bajó del tranvía, dio unas palmaditas a Bartolo y se abrazó a Lucero.

Cada uno continuaría su camino. No faltaron algunos co-



mentarios de los pasajeros, que se quedaron admirados de escenas tan tiernas. No cabe duda de que aquellas imágenes tan inusuales sorprenderían a cualquier persona de nobles sentimientos.

Repuesto el personal de plantilla, Mariano pasó a ocupar el lugar que le asignaron desde el principio: Equipo de mantenimiento.

En unos inmensos angares, dotados de los últimos avances técnicos se reparaban los tranvías.

Tal era el interés de Mariano por aprender, que las horas en el trabajo se pasaban sin darse cuenta.

Un maestro especialista, con titulación superior, dirigía los trabajos y cuando se daban por terminados, le correspondía la misión de dar el visto bueno o malo a las reparaciones, después de llevar a cabo las pruebas necesarias o pertinentes.

Cada vez que Mariano hablaba del Sr. Miguel, el ingeniero, lo hacía en un tono de admiración por su profesionalidad, respeto y atención.

Nada ocurría si ante la duda se le preguntaba las veces necesarias. Lo que no admitía es el «ya vale» o «da lo mismo».

Exigía actuar con seguridad, volviendo a comprobar el arreglo cuantas veces se precisara hasta conseguir una total garantía.

Siempre le llamaría la atención aquella advertencia tan clara y concisa que se hallaba situada en el frontispicio de cada uno de los tranvías: NO SUBIR NI BAJAR EN MARCHA.

Conocer bien los componentes de aquellas máquinas he-

chas para transportar viajeros, suponía, además de empeño, la alegría que reportaba ampliar conocimientos.

Aquellos enormes talleres cobijaban a unos cuarenta operarios. En equipos especializados en mecánica, electricidad, etc. cada grupo respondía de su área, aunque la colaboración se intercambiaba con bastante frecuencia entre los compañeros de distintos sectores.

Se respiraba un buen ambiente laboral y, a su vez, se notaba un cálido compañerismo.

Los sueldos de cada uno, guardaban un nivel muy parecido.

Las bases salariales solamente variaban en función de la situación familiar, categoría por especialización o antigüedad en la empresa.

Aunque aparentemente entre los operarios de la plantilla se respiraba un buen ambiente laboral, la confianza se debería medir con niveles muy distintos.

De todos era conocido que los méritos de Mariano, para entrar a trabajar allí, procedían de una recompensa de la empresa por haber salvado de la muerte a un empleado de la compañía.

Quienes tuvieron que aportar títulos o certificados para optar a una plaza de esta compañía manifestaban la animadversión hacia Mariano de una u otra forma con cierta jocosidad. Otros la demostraban con gestos de frialdad. No faltaban también aquellos que valoraban por encima de todo la acción del muchacho, capaz de salvar la vida de un semejante poniendo en alto riesgo la suya.

Pero Mariano, aunque no escuchara comentarios de la

boca de sus compañeros, con una inteligencia innata, intuía cuanto sucedía a su alrededor. La capacidad de observación en él se podría calificar de verdadero portento.

Él en la práctica, sabía esperar. Aquel muchacho, con afianzada madurez, conocía dónde residía la respuesta contundente y silenciosa para cuantos, en el fondo, lo único que sentían era envidia.

Su cociente intelectual le permitía fijar en su mente una copia fiel y exacta de cuanto veía. No obstante Mariano arrastraba una tremenda debilidad cuando se le presentaba un escrito.

Dificultad en la lectura y no menos en expresar por escrito aquello que conocía mentalmente.

Comprendió que este vacío le relegaba, en algunas circunstancias, hasta el punto de sentirse acobardado.

No dudó en acudir a un centro de enseñanza.

Cada tarde asistía a clases y en un corto tiempo alcanzó enorme destreza en escribir y comprender la lectura. Claro que la ortografía pertenecía a los libros denominados gramaticales.

Aparte de las reglas pertenecientes a las reales Academias de la Lengua, el método aconsejado, también entonces se basaba en leer lo máximo posible.

Ahora Mariano confiaba mucho más en sí mismo.

El entusiasmo nacido en él por la lectura llegó a tales niveles, que, instintivamente leía cualquier papel encontrado en la calle.



## Capítulo VI

### Mariano vuelve a España

El tiempo pasaba y Mariano se sentía muy dichoso por todo lo alcanzado y pensó que, su permanencia en estas queridas tierras llegaba a su fin. Los ahorros conseguidos responderían con suficiencia a las compras previstas.

Analizó si había actuado con justicia. Recorrió los años vividos en estas latitudes americanas. Hizo un balance de cuanto había recibido. Midió, pesó y contó el fruto de su trabajo. Valoró su rendimiento, sus actitudes y su entrega. El resultado, contundente: Había merecido la pena..

Terminado el trabajo, ocupado en estos y otros pensamientos, marchó hacia casa. Al abrir la puerta le pareció oír la voz de Moisés.

Algo ocurría, pensó con nerviosismo.

Siguió para dentro y al verle Moisés se abrazó a Mariano al que informó de la muerte del marido de su hermana. *Pero... de Ramón ¡No puede ser! ¡Si era muy joven!*

*Le vieron varias personas cuando salía del centro de dar las clases. Se ve que al bajar las escaleras resbaló y se desnucó. Mi hermana, se encuentra destrozada.*

*¡Algo inesperado!*

Esa misma tarde se acercaría a Santa Fe.

A Elena seguro que le acompañaban muchas amistades, pero después de encontrarse con su hermano, solamente en él podía apoyarse y de él recibir consuelo.

De Mariano, después de Moisés surgía la incondicional ayuda.

Al llegar a Santa Fe, al ver Elena a su hermano, ésta se desvaneció en sus brazos. Francisca y Mariano la echaron una mano.

Momentos de verdadera tristeza..

Recobrada la consciencia, con el espíritu hundido, se dieron un apretado abrazo.

Elena debería superar la soledad, la falta de cariño, de ayuda, de mutua confianza, de convivencia y así hasta un largo etcétera.

Seguiría el negocio, sus ocupaciones profesionales; de vez en cuando iría a casa de su hermano y familia.

Todo lo mismo que antes pero ahora todo distinto porque faltaba ilusión y alegría.

Más adelante Mariano comunicaría a Elena su decisión de volver a España.

El sueño de conseguir un dinero, motivo que le animó a salir de su pueblo, ahora ya lo había logrado.

Para Mariano ni la avaricia ni el brillo de la fortuna formaban parte de sus aspiraciones.

Sin parangón el milagro se había producido al convertir-

se en un sólido hombre aquel muchacho que llegara a Buenos Aires asustado y con el natural desconcierto.

Otro aliciente, que le impulsaba a preparar el retorno a su patria, nacía del saber que sus padres aún vivían. Apenas le conocerían. ¿Cómo? Los padres no recuerdan a los hijos por lo físico porque los llevan siempre en el corazón.

Retornar a sus tierras; respirar de nuevo el aire del terruño; andar por las calles tan estrechas y llenas de barro; ir a por agua a la fuente; llevar los animales al pilón; escuchar el volteo de las campanas; oír la corneta del alguacil y los bandos: «de orden del señor alcalde, se hace saber...»; acudir a misa los domingos y días festivos, debidamente mudado; percibir los cencerros de las ovejas o del ganado vacuno; observar el humo de las chimeneas procedentes de las cocinas o de los cocederos...

Mientras el trabajo en la compañía de tranvías, para Mariano había supuesto una ampliación de conocimientos amén de una cultura personal. Esta faceta última, bien pudiera cuantificarse como la conquista más valiosa.

Había conseguido aprender a leer, escribir, comprender, expresarse, perfeccionar las reglas aritméticas... ello sólo tenía una exclamación: ¡Maravilloso!

En la última carta que Mariano envió a su párroco, ya le anunciaba que estaba preparando el regreso.

Le pedía que informara a sus padres de su vuelta.

Seguir más tiempo en Buenos Aires, con un trabajo tan maravilloso y que, además, le reportaba tan importantes ingresos, sin duda, merecía la pena.

Mas, lo que pudiera calificarse de justas aspiraciones, se podría convertir en desmesurada avaricia si no se ponían límites.

Pasarían largos meses hasta que volviera a tener noticias de España.

Las distancias que les separaban casi no tenían medida.

En cambio el engranaje del tiempo determinaba que cada vez que cobrara debía enviar los ahorros al pueblo.

Tal disciplina no se rompió ni una sola vez.

Mereció la pena el sacrificio por todo ello.

La diferencia era abismal: Al partir, entonces, soñaba despierto, ahora, a punto de volver, soñaba dormido.

Aquella tarde se retrasó un poco en llegar a la pensión, el hacer algunas compras le entretuvieron.

La señora Francisca, preocupada por el retraso, se alegró al verle.

*¡Ah! se me olvidaba hay una carta que trajo el cartero esta tarde.*

Y, casi sin terminar la palabra se fue a por ella para entregársela.

Al mirar el remitente vio que se trataba de noticias de su pueblo.

Por supuesto que le comía la impaciencia por leerla, pero como la mesa estaba puesta, decidió primero comer, en este caso cenar, y luego en la habitación la abriría.

Así lo hizo.



Nada más comenzar a leer, de repente, se le cayeron las lágrimas... *«cuando recibas estas líneas -textualmente decía- tu padre ya llevará algún tiempo descansando en paz».*

*Tu madre, muy triste y desconsolada, lo va superando poco a poco.*

*La visito con mucha frecuencia porque estoy convencido de que mi ánimo la ayuda a sentirse más confortada.*

*Debes saber, continuaba D. Antonio, que tu padre, antes de morir, aún en plena consciencia, preguntó repetidas veces por tu hermana y, de modo especial, por ti.*

*Se dirigía a tu madre: «cuándo vuelva Mariano le ayudáis lo que podáis porque necesitará reponer los aperos de labranza envejecidos por tantos años en desuso». «Será preciso hacer un canalizo en la parte de atrás de la casa porque entra algo de humedad». «Que habrá que mirar si ha llegado la contribución de las tierras para ir a pagarla». No se olvidaba: «cuando llegue la primavera habrá que ir a retejar el corral de la Sierra». Y así una y mil preocupaciones.*

*Como verás, éstos y otros hechos, le decía, deben servirte de orgullo por tener tales padres. Aún en la última hora de su vida el recuerdo es para sus hijos, olvidándose de sí mismo.*

*Mientras así leía la aflicción aumentaba, hasta que ya impotente, nada pudo hacer.*

*Se han dicho misas, continuó leyendo, por su alma así como otras preces para alcanzar la vida eterna.*

*Mariano, considérame a tu lado en el dolor.*

*Es natural que al perder a un ser tan querido el sufri-*

*miento abra una herida profunda en nuestra alma pero los destinos de la Providencia son insospechados.*

*¡Te acompaño en el sentimiento! Reza una oración por él.*

*Dentro de unos días te volveré a escribir.* Fueron las palabras de D. Antonio.

Con la muerte de su padre, Mariano quiso entender que si tardaba en volver probablemente tampoco pudiera ver a su madre.

Como en la carta última le había preguntado al señor cura por los ahorros, esperaba que en la siguiente le informaría con más detalle.

Confiaba plenamente en el párroco de su pueblo.

Para Mariano el cura de su pueblo era lo más grande.

Además de sacerdote, hombre culto, humilde, prudente y, a la vez, eficaz.

Hijo de labradores, hasta los diez años vivió en un pueblecito con muy pocos vecinos, al abrigo de una montaña en cuya falda se levantaban unas pocas casas.

En otras épocas, no muy lejanas, la numerosa población se fue trasladando a una ciudad cercana hasta convertirse en la actual aldea, casi despoblada.

Montones de piedra, tejados arruinados, chimeneas pinariegas ya inclinadas, pronosticaban la inexorable decadencia.

En la escuela siempre dio muestras de ser un niño de buenos sentimientos y aplicado. El cura del pueblo se fijó en él y le llevaron al seminario.

Sobresalió en los estudios alcanzando las máximas cali-

ficaciones.

Al terminar humanidades, tendría unos quince años, el Sr. Obispo, aconsejado por sus profesores, decidió que continuara los estudios en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Pasados los años, sin pérdida alguna de curso alcanzaría la licenciatura en Filosofía y Letras y en Sagradas Escrituras, títulos que revalidó tras defender la tesis, obteniendo el doctorado en ambas especialidades.

Le ofrecieron puestos de alto nivel en el Obispado, incluso en la Curia Romana. Para aquel jovencísimo apóstol de Dios, su auténtica vocación pasaba por convivir con las gentes de los pueblos, porque consideraba que entre ellos podría ejercer con mayor eficacia su labor sacerdotal y humana.

Quedarse entre los suyos, lejos de cobardía o comodidad, se debería interpretar como un sacrificio personal, a lo que se debería añadir la grandeza del que enjataba las lágrimas y atendía las estrecheces humanas con sonrisa y bondad.

En el pueblo, el común de los vecinos veneraba a su párroco. Pero aquí se cumplía también el dicho, nunca tan apropiado para la ocasión: «de todo hay en la viña del señor».

Claro, que no faltaban algunas molleras, en verdad cerradas, que se atrevían a enjuiciar a los demás con la medida de su cortedad.

Un domingo de agosto, en medio de un tórrido calor, D. Antonio caminaba con presteza hacia un pueblecito a decir la misa dominical. Terminada ésta, regresaría puntualmente a la parroquia donde celebraría la misa.

A la orilla del camino Eulalio, su mujer y también su hija

segaban una finca de trigo. Por cierto las espigas muy ralas y pocogranadas.

Al pasar a su lado se detuvo el sacerdote para saludarlos. Hubo unas palabras de aliento para mitigar el duro sacrificio del campo.

La sorpresa surgió cuando el segador increpó al señor cura con una sonrisa socarrona: *¡qué bien viven Uds.! Trabajan poco, a la sombra y con vino. Aquí le quisiera ver yo.*

Atento a cuanto le decía, D. Antonio no pestañeaba.

Cuando Eulalio hubo terminado las alabanzas, el cura le pidió una hoz y una zoqueta.

Le dejó la de su hija.

Se recogió la sotana a la cintura y ambos comenzaron a segar.

El sacerdote cogió más surcos e iba dejando las manos mucho más llenas.

Poco después, Eulalio ya no podía con su alma.

Imposible seguir al señor cura.

Éste terminó los surcos y con los vencejos hizo las gavillas.

Al entregarle los instrumentos de la siega, Eulalio se veía avergonzado.

A ello el cura le dijo en un tono amigable: *Nunca desprecie a los demás; cada uno tiene su trabajo. De nada vale si no lo hace a la perfección.*

*En el caso de Ud. y yo existe una enorme diferencia: Mi labor es de cura, aunque entiendo un poco de segar; Ud. en*

*cambio es un gran segador pero no entiende de cura.*

Desde ese instante Eulalio y su familia, además del respeto, le admiraban y le consideraban un amigo cercano.

Al día siguiente, volver de nuevo al taller, para Mariano suponía una enorme alegría. Analizar, desmontar, arreglar, comprobar. Todos los procesos le ilusionaban y los vivía con tanta intensidad que jamás acudiría al trabajo sin tener en su mente lo que debía hacer.

La suerte de regresar a su tierra ya estaba echada.

Faltaba concretar detalles. No podía haber precipitación.

Todo debería transcurrir con el máximo detalle y orden.

Entre los elementos a coordinar, como importante o punto de referencia, entraba saber cuando tenía la Compañía prevista la próxima llegada del barco y su partida para España.

Claro que antes de iniciar los preparativos Mariano tenía que conocer, muy en firme, los medios económicos con los que podía contar. El proyecto de su vida futura se apoyaba en tales pilares. Por nada podía cometer errores o imprecisiones.

Apenas transcurrieron unos meses llegaron noticias de España. D. Antonio iniciaba la carta comunicando a Mariano que su madre se encontraba bien. Que la visitaba con frecuencia y gran parte de la conversación se centraba en el recuerdo hacia su padre. Sin duda alguna, para ella, perder a su esposo, había convertido todo en desolación. Poco a poco el tiempo produciría el milagro.

En la última carta le pedía que valorase si con lo ya ahorrado podría comprar cuanto necesitara para emprender la vida del

campo: Un casa, horno, corral para el ganado, establos para las vacas, aperos, tierras de labranza, unos huertos etc. etc. y después de todo pagado, aún te quedara un importante remanente.

Tal valoración, analizada con todo detalle, la haría bajo las normas técnicas y económicas más exigentes.

Darle un parecer resultaría para D. Antonio un enorme riesgo, porque no podía dudar del afecto que sentía por él pero la última decisión sólo la podía tomar Mariano.

Solamente a título personal le indicaría que lo ahorrado le permitía, con amplia holgura, afrontar éstas y muchas más compras por altas que resultaran.

Hasta se preocupó de conocer cómo se movían los precios en el mercado y concretamente en los pueblos aledaños.

Creía que formaba parte del bien comprar, no mostrar apenas interés por lo que realmente se quisiera.

Conseguir una buena compra se alcanzaría más con la seriedad que con el dinero.

Mariano leyó con mucha atención el contenido de la carta.

Debería preguntar cuándo llegaba el Ligure. Con él vino y con él volvería.

Y además casi seguro que se encontraría con Pablo.

Ahora la vuelta, en nada podía asemejarse a la partida.

La decisión la había pasado por numerosos filtros.

Regresar ya no tenía vuelta atrás.

Mariano veía que la edad avanzaba.

Los años transcurridos fueron limando parte de las fuerzas.

Sería aconsejable que, al menos en los comienzos, se contase con brío suficiente ya que todos los principios exigen superar duros escollos.

Aquella misma tarde, al salir del trabajo iría hasta la Compañía Naviera para que le informaran de la fecha de llegada del barco y cuándo partiría de nuevo para la Península Ibérica.

Le concretaron con toda clase de detalles la fecha de llegada y cuando volvería a zarpar. Para evitar sorpresas le aconsejaron que sacase el pasaje.

Al preguntar qué trámites oficiales se debían cumplir, el personal técnico de la compañía le asesoró minuciosamente.

Ya con el billete se acercó al consulado, donde le cumplieron cuantos documentos se precisaban.

Si por alguna circunstancia no salía del país, le precisaron, debía volver por el consulado para modificar el hecho.

Ahora a Mariano solamente le quedaba informar a la Compañía de Tranvías, donde trabajaba.

El nuevo operario seguramente necesitaría de una enseñanza por lo que su contratación debería anticiparse para que, al llegar el cambio, su formación se pudiera calificar de completa.

Comenzaba una nueva etapa llena de entusiasmo. Mariano debería dar muestras de ser un hombre agradecido.

Remontándonos muy atrás, desde que Mariano salió de su pueblo hasta llegar a Buenos Aires y posteriormente duran-

te su larga vida en estas tierras americanas, en todo instante, la sociedad bonaerense, con nombres propios, le brindó un trato de hermandad.

Mariano, haciendo un profundo examen, sentía que perdía algo que ya formaba parte de sí mismo.

Seguir aquí, para él resultaba lo más sencillo y cómodo.

Se había integrado en la cultura y hablaba el mismo lenguaje de los sentimientos y de la amistad.

Mas cuando atravesó el peldaño del hogar donde nació, juró volver a su pueblecito. Si no podía hacerlo en vida, su último suspiro, donde se hallara, se lo dedicaría a sus padres y a su tierra.

Probablemente en algún momento, Mariano habría hecho partícipe a Moisés de estas inquietudes; sin embargo su amigo desconocía con toda seguridad la férrea decisión de nuestro protagonista de volver a su pueblo.

Mariano pensó que yendo a casa de Moisés le informaría de la decisión, y desde allí se acercarían juntos a Santa Fe para visitar e informar también a su hermana.

Al verle se llevaron una tremenda alegría. Lamentaron, de verdad, no poderle acompañar. Celebraban el cumpleaños de uno de los hijos y debían ir a comer a su casa. Precisamente su hermana Elena también hubiera venido de no encontrarse bastante desanimada.

Moisés le animó a visitarla, asegurándole que su hermana Elena se lo agradecería.

El camino lo había hecho en otras ocasiones, aunque en



compañía de Moisés, por lo que no encontró dificultad en llegar.

Muy poco después de llamar salió Elena, que al ver a Mariano se quedó emocionalmente aturdida *¿Cómo por aquí? ¿Vienes tú solo? Pasa, pasa. Adelante.*

Elena y Mariano avanzaron juntos hacia la casa. Mariano le explicó que había ido a casa de su hermano y que al ser el cumpleaños de uno de los hijos, celebraban la fecha con una comida. Por esta razón no le acompañó. Además Moisés le animó a que viniese, asegurándole que su hermana Elena agradecería la visita.

*Sí, dijo ella. Precisamente yo también tenía pensado el ir, pero, aunque ya me encuentro muy bien, la semana pasada me dolía mucho la cabeza.*

Mariano, de pie, empezó a explicar que la visita se debía a darle una primicia: quería informarle de la decisión de regresar a Castilla. Aportó toda clase de detalles y los medios con que contaba.

Valoró, como decisiva, la ayuda que le prestaron tantas personas.

Jamás olvidaría y, por eso, lo recordó: ¡aquél amanecer cuando subió a la diligencia!

Pero claro, en aquellos momentos...

*Síc transit vita.. (así pasa la vida)* pronunció Elena al tiempo que le pidió a Mariano que se sentara.

Éste, muy inseguro, manifestó que tenía un poco de prisa aunque aceptó la invitación

Hablaron con cierta añoranza de aquel viaje tan lejano.

¡Cuántas sorpresas daba la vida!

*Además de Ramón, también, no hace mucho, desapareció mi padre, añadió Mariano.*

*Ah, realmente, continuó la amiga, uno se siente desolado cuando, además de perder a un ser tan querido, la distancia impide poderle dar el último adiós. Creo que el ser humano, en muchas ocasiones, lucha por un mañana hasta poner en riesgo la propia vida y, si lo logra y no sabe disfrutar del presente, además del ayer, ha perdido el futuro.*

En un ambiente agradable, Elena invitó a Mariano a quedarse a comer.

Él puso como reparo causar molestias, pero ella dio por sentado que se quedaba por lo que marchó hacia la cocina.

Mariano la siguió con el ánimo de ayudarla.

Tantos años en la huerta le habían dado, además de conocimientos, una experiencia amplísima en menús. El plato escogido resultó exquisito, teniendo muy en cuenta la vital ayuda de Elena.

La minuciosa limpieza que después hizo Mariano de la cocina a Elena le resultó sorprendente.

Las horas pasadas en compañía crearon un mutuo atractivo.

Algunas insinuaciones de la señora no pasaron desapercibidas para Mariano.

Seguramente entre ellos había brotado la llama de un profundo cariño.

Al marchar, Elena acompañó a Mariano hasta la puerta. Éste al tiempo de darle la mano abrazó con dulzura a Elena, dándole un fuerte beso. Ella le estrechó entre sus brazos, pues aunque él era más joven, siempre sintió por este muchacho un cariño especial y Mariano, a su vez, sentía vergüenza expresar lo que llevaba oculto en su corazón. En ese momento se rompieron las barreras y dieron rienda suelta a sus sentimientos. Cuando ya se marchaba, ella, mirándole fijamente a los ojos le dijo: *espero que vuelvas pronto. Ese día yo me encargo de la comida.*

Para Mariano esta fecha permanecería eternamente imborrable.

Para quienes no tienen referencias ni metas el paso de los días representa una burda sucesión vegetativa a la que los mortales solemos llamar «aburrimiento» o, dicho en un registro más culto «monotonía.

Si en la vida no hubiera proyectos, por supuesto acordes con la naturaleza, fluiría necesariamente el hastío, un carácter agrio y el amontonamiento de los años en una suma sin nombre.

Cuando hablamos de ilusión estamos acariciando la realidad de un sueño.

El barco está surcando ahora las aguas, camino de Buenos Aires. Mientras tanto Mariano debería despedirse de cuantos conocía.

Le quedaba poco tiempo para gozar de estas tierras. Sabía, también, que si no regresaba ahora, casi con seguridad ya nunca lo haría.

Cuánto suponía dejar el porvenir labrado, a lo que habría que añadir las últimas vivencias que le ataron con tal fortaleza

que, si volvía la cabeza, olvidaría el proyecto de tornar a su pueblo.

A última hora las dudas sobre volver a la aldea le avasallaban sin tregua. Aquella voluntad férrea llegó a mellarse por la incertidumbre.

Embarcaría esa misma tarde en el navío Ligure. Tan singular efemérides le devolvería al lugar donde sus padres le trajeron al mundo.

Un tanto desconcertado, fluían en la mente de Mariano, sin orden, pensamientos, imágenes, recuerdos, el ayer, el futuro... Tan pronto, ante sí, aparecían imágenes lejanas de los rebaños, así como la yunta de bueyes tirando del arado romano dibujando los surcos con tiralíneas ante una cercana siembra.

Al pensar como reaccionaría al ver a su madre, a D. Antonio, a los vecinos, amigos etc. se quedaba sin aire, hasta casi ahogarse. Tardaría un tiempo en adaptarse a la vida de su pueblo.

Muy ligero de equipaje, Mariano, un poco antes de llegar al barco, junto a la pasarela, observó que un grupo de personas rodeaban a D. Santiago, al que conoció primero. Luego distinguió a Elena; su belleza le pareció sin igual. Compartían el momento sus compañeros de la huerta: Cosme, Santiago y Dámaso. De la compañía de tranvías el señor Miguel, su jefe de taller. Recuperado casi en la totalidad, Martín, acompañado de su mujer e hija. Todos ellos quisieron mostrarle a su salvador el más reconocido sentimiento de gratitud. Qué abrazo a Moisés y señora. *Para Ud. señora Francisca un beso muy fuerte.*

La despedida de Elena entrañaba algo más profundo que

un adiós.

Le entregaron varios obsequios que aceptó con claras muestras de reconocimiento.

En el instante de retirar la pasarela, alguien le llamó por su nombre. Miró para atrás y aunque dudó conocerle se acercó a él. *Sí, sí, todos hubiéramos querido venir a despedirle, sin embargo los demás se hallaban trabajando en la huerta.*

Mariano valoró enormemente el detalle sin dejar de preguntar por Bartolo y Lucero. Les deseó toda clase de suerte y salud.

Pablo, desde el interior del barco no perdió detalle. La estampa de semejante afecto, jamás la había presenciado a pesar de tantos años en esa profesión.

El viaje de vuelta a España, en nada se podía comparar con el de ida. Los conocimientos, la madurez, la experiencia hacían de Mariano un hombre nuevo.

Después de tantos días de travesía, cuando llegó a Barcelona lo celebró con Pablo. ¡Cuán distinto es el color del triunfo de cuando se busca a cuando se encuentra!

De nuevo el tren, por cierto muy poco renovado. Y de esto, por la semejanza con los tranvías, Mariano entendía un rato largo.

Ahora la diligencia le llevaría hasta muy cerca de su pueblo. Y claro, bajaría en la misma Casa de Postas donde la cogiera al marchar, entonces acompañado de su padre.

¡Cómo se ensanchaba el alma! El aire que respiraba no había cambiado. Los estorninos, en bandadas, surcaban rasos

los tejados. Las grajillas chillaban alrededor de las grietas de las profundas torcas.

Y vio a la señora mayor, encorvada, con las sayas negras, el delantal, la mantilla y el pelo tirante recogido en un moño. Y le pareció que veía a su madre.

No pudo por menos de restregarse los ojos. Seguramente aquella misma tarde la estrecharía entre sus brazos.

Afortunadamente los presagios de los hados no se cumplieron en su totalidad ya que aquella madre, que pensó no verle más, le volvería a besar, ahora con lágrimas de alegría.

El retorno de un hijo del pueblo, tras largos años de ausencia, inspiraba curiosidad por verle retornar a su hogar.

Para él todas las galas, todo el cariño. No habría ni un solo vecino que dejara de celebrar el regreso de Mariano.

Quedaban por recorrer no muchas leguas. Cuanto le rodeaba le resultaba familiar.

Apenas le costó encontrar a alguien que le acompañara con su mula para llevar unas maletas, casi la totalidad del equipaje.

Mientras caminaban iban conversando. Mariano no perdía detalle alguno. Muchas de las cosas permanecían casi como las dejó, otras, en cambio, se habían convertido en auténticas ruinas por el abandono y el paso del tiempo.

¿Qué había ocurrido con aquella ermita de San Roque? Recordaba la imagen de aquel peregrino con sombrero, el perrito y la hogaza de pan en la boca del animal. Ahora el tejado, medio hundido, amenazaba ruina. La pequeña ventana de piedra de sillería había perdido la horizontalidad y los hierros de

forja entrecruzados, caían de medio lado.

Algo muy parecido había sucedido con Santa Ana, otra de las ermitas próximas al pueblo, aunque en la otra orilla: El tejado estaba en malas condiciones aunque las paredes y ventanas no habían sufrido irreparables daños. Como las ventanas estaban un poco altas, para ver lo que se hallaba dentro, se colocaba en el suelo una piedra. En el reducido altar, algo elevado, se hallaba una maravillosa imagen románica que ocupaba una hornacina de singular belleza. Tan valiosa talla, bicéfalamente representaba a Santa Ana, madre de María; al lado la misma Virgen María unida a la anterior y el Niño Jesús apoyado sobre su madre con la bola del mundo en la mano.

Mariano, ya casi entrando al pueblo, con buen criterio, pensó en el peligro que suponía ir directamente a su casa, pensando en su madre. La sorpresa le podía causar tal choque que no aguantara el delicado corazón. Por todas las razones la primera visita le correspondía a D. Antonio.

Al llegar a la plaza, allí estaba la casa del cura, llamó con el picaporte. *¡Ya va*, dijo el sacerdote. Se levantó de la mesa de trabajo y descendió por las escaleras hasta el portal.

Se acercó a la puerta, y levantó el pestillo al tiempo que abrió el portón.

D. Antonio, al ver a Mariano dio un grito estremecedor *¡¡¡Mariano!!! ¡¡¡Mariano!!!* Durante unos segundos quedó petrificado.

Mariano, ante esta situación, no se movió del sitio.

Superado el impulso, el sacerdote se le acercó, mostrándole su afecto con un abrazo.

En ese instante brotaron en ambos hondas lágrimas de cariño.

En voz alta y profunda el sacerdote pronunció «*Alabado sea el Señor*», a la vez que recorría con la mirada la persona de Mariano.

Aparentaba que se encontrara ante una visión . Aquel muchacho, tantos años pasados desde que marchó, hoy, de nuevo, se presentaba ante él por lo que sentía un gozo inmenso.

La más profunda tristeza al partir, se convertiría en la mayor alegría al volver.

Mariano le pidió a su párroco la conveniencia de que le acompañara a casa de su madre dejando a su criterio la manera de cómo encontrarse con ella después de tantos años fuera del hogar.

D. Antonio asumió tal responsabilidad.

Al llegar a la casa, el señor cura golpeó la puerta con la mano; no tardó en salir una persona mayor, vestida toda de negro, con el pañuelo en la cabeza, atado debajo de la barbilla, saya larga y zapatillas de paño.

Abrió el cuarterón. Al ver que se trataba del señor cura le dio las buenas tardes invitándole a pasar como otros días. *Buenas tardes*, contestó el párroco. *Hoy tengo un poco de prisa. Cómo se encuentra. Muy bien*, le contestó.

*Claro que Mariano seguramente hoy ya no vendrá.*

*¡Ah! se me olvidaba decirle que escribió hace poco diciendo que pronto vendría a verla y que se quedaría aquí en el*



*pueblo para siempre.*

*«¡No se, no se!» Casi seguro que yo ya no le veré. Me hubiera gustado tenerle a mi lado, aunque a Ud le tenga que agradecer tanto por sus cuidados. Nadie mejor que Ud. sabe cómo le echó de menos su padre al morir.*

*Pero cada uno tiene su destino. Al nacer comenzamos un camino con dificultad, lo recorremos, y, al llegar al final, lo olvidamos.*

*Bueno Lucía como le he dicho, puede que Mariano venga hoy así que prepare buena cena para celebrarlo.*

*¡Hoy! ¡Pero hoy! Sí, sí, hoy, porque tengo esa corazonada. Pasaré luego más tarde a ver si el Señor ha hecho el milagro.*

Se marchó D. Antonio y se acercó a donde se encontraba Mariano para decirle que su madre ya contaba ilusionada con la llegada de su hijo. Le sugirió que al verla hiciese hincapié en que ya se quedaba para siempre con ella.

Mientras, sin que ella le viera, descargó fuera las maletas y pagó al que le trajo, acompañándole hasta las afueras del pueblo.

A medida que volvía hacia casa, la tensión se aceleraba.

Entre los hitos importantes de la vida, éste, para Mariano, podría representar el acontecimiento de mayor altura. Cuando hablan los sentimientos y, sobre todo los de una madre, todo lo material enmudece y se rinde.

Encontrar a una madre que durante tantos años, cada tar-

de esperaba la vuelta del hijo..., «será mañana»... no tenía calificativo para expresarlo.

Pero aquel día iba a producirse el prodigio.

Con las maletas en las manos, con decisión, se acercó hasta la casa donde había nacido.

*¡Madre!* pronunció en voz alta, a la vez que abría la puerta. Bajó el escalón que desde la calle accedía al prolongado portal; al final de éste, a mano izquierda la entrada a la cocina, donde se hacía la vida.

Como no salía su madre, Mariano volvió a llamar con mayor énfasis, *¡madre, madre!* Ahora sí, se oyó una voz desde la cocina «¡Es él!» se preguntaba mentalmente ¿o se equivocaba? Pero no, era su voz. *Hijo mío ¿dónde estás?*

Para no encontrarse de sopetón, Mariano se quedó un poco atrás del portal.

Al salir de la cocina, el contraste de la luz impedía ver con claridad, así que al ver al hijo más con el corazón que con la vista la madre se quedó inmóvil y gritó con los brazos abiertos y levantados: *¡hijo mío, pero, si eres tú!* a la vez que comenzó a llorar desconsolada.

Mariano, derrumbado, abrazó con todas las fuerzas a su madre al tiempo que la besaba y la miraba a los ojos. En un instante ella susurró *¡Si hubiera vivido tu padre! Cada día me preguntaba y tenía un miente para ti y para tu hermana. Solía decir: «ya no volverán» y se quedaba muy triste y se dormía.*

Ahora *¿te quedarás conmigo. ¿Ya no tendrás que verte a marchar?* Y repetía cada vez que le preguntaba algo: *hijo mío, hijo mío.* Le abrazaba dejando caer su mejilla sobre

el hombro.

Le miraba con fijación. Llegaba a dudar si su hijo era real o pudiera estar viendo algún fantasma. Por eso le cogía de la mano y le acariciaba con todo el derecho de una madre, al tiempo que se iba convenciendo de que era verdad.

Aquella cama que quedó vacía el día que Mariano marchó hacia Buenos Aires hoy, de nuevo, volvería a lucir sábanas de lino y colcha de terciopelo. En el rostro de esta madre volvió el gesto de la ilusión.

Esta noche, nada tenía que ver con las pasadas. Esta casa, maltrecha por el dolor, con el regreso del hijo, recobraría la luz del sol. Aun cuando llegara el crudo invierno, montones de leña apilados en el corral mantendrían viva la llama del hogar; borbollaría el puchero y cocerían los cubos de remolacha, revueltos con patatas, para alimentar a los cerdos.

Como cena, más que especial, las patatas desechas; unos torreznillos bien rechonchos y todo ello amenizado con pan de hogaza, manjar de dioses.

La noticia de la vuelta de Mariano se extendió con más rapidez que la pólvora.

Por simpatía la mayor parte, otros por vecindad, todo el pueblo se acercó a saludarle. Para todos sus vecinos hubo la recompensa del agradecimiento.

Al llegar la mañana su madre se levantó muy pronto como tenía por costumbre. Se acercó a la cama para ver al hijo y, cuando éste se levantó, la lumbrera del hogar llevaba rato encendida.

El olor a leña de pino, con miera en sus venas, el vapor

húmedo salido de la cocción de la lata, el succulento almuerzo de sopas de leche, fruto del ordeño de las inquietas cabras, nada comparable podría imitar a tal manjar ¡Qué deleite!

Qué hermoso resulta valorar lo perdido cuando se ha vuelto a recuperar.

Mariano salió de la cocina. Al instante volvió con un paquete.

Se acercó a su madre que terminaba de fregar las pocas cosas del almuerzo.

*Toma, le dijo, se trata de un pequeño recuerdo que he traído para ti.*

La señora miró con cierta sonrisa a su hijo, apoyándose, al tiempo, en el banco de la cocina mientras desenvolvía el paquete.

Una chambra, una saya, una toquilla, medias y unos zapatos de piel fina con remates de charol. Para adorno del cuello una gruesa cadena de oro de la que colgaba una preciosa medalla con la virgen en esmaltes de colores.

Nunca recordaba haber visto algo tan maravilloso.

Los vestidos, de color negro azabache, estaban confeccionados con tela adamascada. Repujados ramos de rosas sobresalían en el tejido.

*Hijo mío, cuánto dinero te has gastado conmigo. Te lo agradezco en el corazón pero el mejor regalo que me has podido hacer es que hayas vuelto para tenerte a mi lado.*

Para D. Antonio un reloj de bolsillo con su correspondiente cadena y enganche para el ojal; todo en oro y plata; otro detalle, muy propio para él, una pluma estilográfica de nácar con incrustaciones de oro.

Aquella misma mañana se acercó a su casa para entregárselo.

El sacerdote, su gran amigo, al ver tales joyas le dio un tremendo abrazo. Mariano jamás olvidaría la ayuda recibida de este sacerdote.

A sugerencia de éste quedaron en acercarse al banco para que el dinero pasara en su totalidad a nombre de Mariano.

Este hombre de feliz memoria, le encargó al párroco que se encargara de comprar un cáliz y un manto para la Virgen.

Con este obsequio a la parroquia de su pueblo, quería dar las gracias por el regreso a su tierra.

Al tiempo, también le encargó unas misas por su padre.

Aparentemente el tiempo pasaba con cierta monotonía. Cada uno en sus quehaceres.

Ecos más que elocuentes le llegaban a Mariano sobre posibles ventas, aunque la postura más sabia consistía en no darse por aludido.

Por fin se decidió por una casa doble. Aparte de amplias viviendas, en la parte trasera se prolongaba un inmenso huerto, con un vallado alto de piedra.

La conservación de las mismas, bastante mediocre, permitía cualquier reparo ya que las paredes maestras, de sólida piedra lo garantizaban.

Quitó toda la cubierta cambiando vigas y machones y actualizando la teja. Como algo caprichoso y típico conservó la estancia de la cocina, con su genuina chimenea de campana, el hogar y los bancos.

Una verdadera mansión rural.

No podían faltar las cuadras de los animales; el cobijo para las cabras; el gallinero y la cochiguera para los cerditos.

En aquellos momentos las costumbres populares exigían también contar con horno para cocer el pan. Cada familia debería disponer del llamado localmente cocedero.

Para llevar a cabo esta obra compraría una nueva casa, muy cercana a la primera, donde situaría un pequeño taller de carpintería, útil para reparar los aperos de trabajo.

Mariano escogió libremente el oficio de labrador que dominaba como algo heredado de sus padres y, así quiso que su ocupación fundamental se supeditara al cultivo de la tierra.

Cada uno de los meses del año, más bien de las estaciones, requerían un esfuerzo especial. Así en los meses de invierno, con las copiosas nevadas, bien andando o en borriquillo habría que llevar paja o hierba a las ovejas. Los apriscos o tenadas se levantaban en el monte a bastante distancia del pueblo.

El hacer leña y traerla, además del esfuerzo, constituía un elemento esencial de la vida ordinaria. Solamente con ella se cocían las comidas, se calentaba el agua, se conseguía el pan.

También esta parte del año se dedicaba a sacar piedra de alguna cantera. Arreglar alguna pared, reparar una tapia o levantar el sereno de un corral, entraban en las obligaciones del sacrificado labrador.

Ya no digo el esfuerzo añadido de cavar los huertos y

llevar la basura a las tierras.

En los meses siguientes ir a escardar y en el verano todas las horas del día resultaban insuficientes para hacer las labores de la siega, el acarreo de los cereales a la era, la trilla, el aventamiento y, por fin, verlo todo en el desván de la casa.

Aquel año Mariano no pudo hacer labores del campo, porque apenas contaba con tierras y no había comprado la yunta. Los aperos, todos nuevos, ya colgaban de la pared. Sus padres apenas tenían tierras de propiedad. Pero Mariano no compartía trabajar fincas por el sistema de «a medias». En parte, este motivo le empujó a marcharse. Aprendió a comprar y vender pero no alquilar.

El nuevo labrador iba logrando una hacienda de categoría: su última adquisición un bellísimo buey, bragado, bien se podría decir de él que a tanta corpulencia y fuerza le superaba su docilidad. Compañera de yugo una joven vaca, de piel ligeramente marrón y de granfortaleza.

A Mariano se le consideraba como el vecino con mayores recursos.

El año siguiente se entregó, por completo, a las labores de la tierra hasta conseguir meter los frutos bajo techo.

La cosecha no podía haber alcanzado mejores resultados.

Además de la lluvia a tiempo, uno de los factores de mayor importancia, se debía a que las tierras, en su mayor parte, llevaban tiempo en descanso o en barbecho por lo que rindieron al ciento por uno.

Con la experiencia, comprobaría que tanto trabajo para una sola persona resultaba muy sacrificado.

No se trataba de la jornada en sí, sino de lo que suponía

empezar con las labores domésticas después del esfuerzo de todo el día.

Aquella realidad no cambiaría; podía tener la certeza de que, a medida que fuera ampliando, llegaría el momento de lo imposible.

La reflexión le llevó a pensar que si formaba una familia, la mujer atendería la casa con tranquilidad. Si tuviera hijos, nunca les faltaría la atención. En lo económico las posibilidades lo permitían con holgura.

Coincidió que el párroco recibió por aquellos días los regalos que Mariano encargó para la iglesia. Las fiestas del pueblo ya llegaban y el señor cura pensó que estas fechas podrían ser el momento más adecuado para entregar los dones.

Se lo consultaría al interesado y si le parecía bien prepararía los actos para tal fin.

En la misa mayor, al llegar el ofertorio, Mariano se acercaría hasta el altar para entregar las ofrendas. El sacerdote las recogería, las mostraría a los feligreses y pronunciaría unas palabras de agradecimiento a Mariano por tales donaciones y daría las gracias al Señor por haberle devuelto a su tierra.

En lugar preferente, junto al altar, ocupó uno de los sitios la madre de Mariano, que estuvo acompañada de familiares allegados. Se le entregó un ramo de flores que, a su vez, lo depositó en el altar de la Virgen.

Al final de la misa se hizo un responso por los difuntos del pueblo.

Por deseo expreso de Mariano, en la Casa Villa, se obsequió con un pequeño refrigerio a cuantos así lo desearon. Al



acto también asistirían las autoridades.

Aquellas fiestas pondrían un jalón en su vida.

Cuando llegaban las celebraciones populares, por la mañana, el repique de campanas, el estruendo de los cohetes y los acordes de la música anunciaban un acontecimiento festivo. De los baúles, envueltas en bolas de alcanfor, se sacaron las ropas más preciadas para honrar al patrón asistiendo a los festejos religiosos y populares.

En sana armonía la convivencia marcaba pautas de tolerancia y entre familiares y visitantes se establecía un ambiente de cordialidad. Si alguien no tenía donde comer o dormir, cualquiera le ofrecía su casa pero de corazón. Tener un huésped añadía alegría a la ya reinante.

Qué estampa tan bella ver bailar en la procesión, ante su imagen, a todos los vecinos del pueblo. Muestras claras de fe y creencias. Tradiciones heredadas y consolidadas en el presente. Costumbres, ancestros que identifican a un pueblo por su originalidad.

Por la tarde, principalmente para la juventud, la diversión se centraba en el baile. Acordeón, gaita, trompeta, bombo y tamboril componían el conjunto de los gaiteros. En el trinquete se levantaba un escenario donde se ponían los músicos. Las parejas disfrutaban al son de los compases musicales.

En los intermedios o descansos, algunos continuaban conversando; otros se acercaban a los familiares o conocidos, probablemente sin haberse visto desde hace bastantes años, salvo que hubiera acontecido algún hecho relevante.

Mariano merecía todo el reconocimiento y valoración.

Tantos años ausente de su pueblo, emigrar a países tan lejanos como Argentina, suponía ya una heroicidad sin medida. Además, que supiera abrirse camino en lugares tan alejados y tener el pundonor de regresar con los suyos, pudiendo continuar en zonas tan maravillosas, donde se había forjado un porvenir seguro, tal comportamiento no admitía dudas, sólo era propio de valientes.

Sin él buscarlo, se le conocía en toda la comarca como una persona íntegra y con recursos para comprender la fuerza de la verdad.

No faltaron a las fiestas mozos y mozas venidos de los pueblos cercanos. Muchos se conocían por primera vez; entre algunos surgía la amistad que, al poco tiempo se convertía en cariño.

Algo así le ocurriría a Mariano. Venida de una cercana aldea, le llamó la atención una muchacha espigada, morena, agraciada y comedida, llamada Juana, perteneciente a una familia muy respetada y pudiente, algo que supo después, pues conocía a sus padres quienes gozaban de alta reputación en su entorno.

Juana y Mariano se conocieron y entablaron lazos de amistad que desembocarían en un noviazgo, antesala del matrimonio.

Siguiendo las normas del lugar, para quienes querían casarse, el novio debería ir primero a casa de los padres de la novia para informarles que salía con su hija, que la quería y que habían decidido casarse si ellos lo aceptaban.

Para cumplir con lo establecido, Mariano se presentó en

la casa de los padres de ella para hacerles la petición de la mano de su hija. El recibimiento resultó caluroso, aceptando el futuro matrimonio.

Hablaron ampliamente de todo, pero el centro de la conversación giró en torno a la vida del novio en Buenos Aires. El tema resultó de enorme interés.

Pasados algunos meses determinaron la fecha aproximada de las nupcias. En este tiempo la pareja acondicionaría la casa donde irían a vivir, aunque al ser una obra tan nueva, con algún pequeño detalle la estancia ya resultaría más que acogedora.

Semanas antes del día prefijado para la boda, con motivo de leer la primera amonestación, los padres de los novios iban a las casas de los familiares o amigos para comunicarles la buena nueva. A los familiares, muy cercanos, se les invitaba a una comida y a los familiares cuyo parentesco o amistad eran lejanos se les agasajaba con un café, pastas y copa.

Muy arraigada se conservaba la costumbre de que la novia llevara el ajuar: juegos de cama, toallas, mantelerías... adornados con puntillas o bordados con verdadero arte y filigranas.

Llegó el día de la boda. Desde primera hora de la mañana la alegría presidía cada instante. El sol apareció resplandeciente. Padres e invitados con sus mejores vestidos acompañaron a los novios en los actos de la iglesia para testimoniar la unión de aquellos muchachos.

D. Antonio, claramente emocionado: *Mariano, ¿quieres por esposa a Juana... en la salud y en la enfermedad? Sí, la quiero.* Lo mismo le había preguntado antes a ella.

Fuera ya de la iglesia, ahora deberían recorrer las calles.

Tanto los recién casados como los invitados entonaban canciones de ronda con el acompañamiento de una botella de anís, rascada con energía.

No caeremos en la menor exageración al decir que todo el pueblo participó de una u otra manera en este acontecimiento.

Comenzaba una nueva vida. Se abría una puerta al futuro y el pueblo de Marmolejo de Arriba inscribía dos nuevos nombres para el reparto de leña en los comuneros y por adra, acudir al trabajo de hacenderas u obrerizas.

Aquella casa, tanto tiempo olvidada, sombría, destejada, volvería a llenar de nuevos aires los aposentos. Las sonrisas de los entusiastas inquilinos elevarían cada mañana el optimismo y la ilusión.

Al volver del trabajo, el largo camino se acortaría pensando en llegar. Antes desolado, ahora le esperaba el amor de su mujer.

El nuevo matrimonio, formado en una familia rural, conocía los entresijos o reglas vecinales. Pudiera suceder que algunos detalles puntuales se les escaparan pero contaban con los padres que les informarían del modo más preciso.

Una hornada se consideraba satisfactoria cuando al partir la hogaza en rebanadas aparecían ojos u oquedades, muestra evidente de un pan esponjoso.

Seguramente heredado de los gremios profesionales, en cada pueblo sobresalía alguna persona en las distintas especialidades. Su buen hacer le afamaba y recurrían a él en busca de sus servicios. ¿Qué diríamos del buen herrero?, ¿de la graciosa forja, del temple tan preciso dado al hierro?

¿Cómo podríamos entender la presión exacta del alfare-

ro que aprisionaba con sus dedos la arcilla tamizada para convertirla en un inimitable jarrón?

¿De qué manera comprenderíamos el encaje de las partes de un pendolón si el carpintero no contara con las dotes de medida y precisión? Viga, pares, enano y algunos sencillos herrajes.

Cómo el picapedrero con el cincel iba modelando las caras de la piedra arenisca.

El molinero que con la yema de los dedos comprendía la finura y aspereza de la harina.

No menos el hojalatero, que además de los faroles, embudos, jícaras... colocaba lañas a los barreños de barro.

El tejedor, tan hábil con los pies y con las manos para conseguir coloridos paños, mantas etc.

Y después de estas profesiones y muchas más, no podríamos olvidar y hacer una exaltación de las comadronas por traer a la vida el fruto del amor. En la mujer que iba a parir, inspiraban tal confianza que su ayuda era vital.

De una de ellas recibió la ayuda la mujer de Mariano que ya estaba en cinta. Cuando le llegó la hora dio a luz una hermosa niña. Posteriormente otras dos hijas y un varón.

A la mayor, la recién nacida, le pusieron el nombre de Amelia quien casó con Bernardo de cuyo matrimonio nacieron dos hijos: José y Rosario.

Precisamente José pasó largas temporadas con sus abuelos.

De ellos aprendió la disciplina, el sacrificio y cuantas maneras van modelando a la persona.

Este muchacho comprendió, a su manera, que entre la verdad y la mentira solamente existía un paso: el de la fiabilidad, llamada también confianza o el del abominable desprecio.

De aquellos abuelos y de modo especial del abuelo Mariano José aprendió para qué había nacido. Él le enseñó que era preciso superarse cuanto se pudiera en cada edad. Entonces tocaba comprender y entender las letras e ir escribiendo. Contar con los dedos y hacer unas sumas y restas sencillas.

El nieto nunca olvidaría que en una de las veces que le llevaron sus padres con los abuelos, coincidió en la Semana Santa.

Todos los niños del pueblo, al llegar este tiempo, desempolvaban las carracas.

El abuelo Mariano se percató de que su nieto no tenía y, con toda diligencia, se apresuró a hacerle una a su medida.

Cuando el nieto se quejó de que todos sus compañeros tenían el ruidoso instrumento, el abuelo le dijo: *«Espera José, pudiera ocurrir que San Isidro te hubiese hecho una.»*

Marcharon juntos abuelo y nieto, cogidos de la mano, a la otra casa donde tenía un pequeño taller de carpintero y al ver la carraca el nieto se abrazó al abuelo premiándole con un montón de besos.

Loco de contento el muchachito se vio feliz.

*Ah, abuelo ya me contarás la historia de San Isidro.*

*Claro que sí José. Te gustará. Pero ahora tienes que jugar.*

Le enseñaron a convivir con la naturaleza, aunque en más de una ocasión, también iba a buscar nidos.

Conoció del respeto a los demás, pero se ve que la fragilidad de los niños no impidió que tirara piedras al tejado de la señora Estefanía. Y lo peor, cuando la mujer se quejaba alguna vez, la insultaba.

Como los demás niños, José acudía a la escuela. Lo primero, nada más entrar, era obligado el saludo al maestro. En el pupitre el tintero; alguna mosca metía dentro. Cómo chupaban aquellos secantes de color rosa y cómo borraban las gomas «Milán» aunque había otras que la mitad era para borrar lápiz y la otra mitad para tinta. Guardaba en la memoria las distintas plumillas; no sé por qué tenía la imagen de aquella que terminaba cortada en recto; con ella aprendió a hacer letra redondilla. El plumier estaba lleno de lápices de colores «Alpino». El cuaderno cuadriculado de cien hojas se iniciaba con una cabecera, de titular, impresionante. Al cabo de una semana, hojas arrancadas y dobladas. Cuando se hizo mayor lo entendió «La justicia de enero es rigurosa. Cuando llega febrero... ya es otra cosa».

En la catequesis, había que aprender, de memoria, el catecismo del P. Astete.

En el mes de mayo, para José fue muy importante el día en que le tocó, con un ramo de flores en la mano, declamar a la Virgen esta poesía:

«En castillos de topacio  
otros tengan su mansión  
para mí, el mejor palacio  
es tu hermoso corazón.»

A medida que este mozalbete crecía aumentaban sus conocimientos. Resultaría curioso que aquel muchachito atraído por los números, al llegar a mayor se especializara en temas relacionados con las letras. Como anécdota, así somos los humanos, José durante algunos años llevó el sustento a su familia, empleado en una empresa como contable: números, balances, inventarios, llamémoslo como queramos, pero números.

La mayor parte de la niñez la pasó con los abuelos hasta que sus padres le llevaron a un internado.

A partir de ahí se veía muy de tarde en tarde con ellos; solamente en las vacaciones, algún día, se acercaba hasta el pueblo para saludarles. Siempre le preguntaban por los estudios y le aconsejaban que se aplicara. Qué razón llevaban.



## *Marmolejo de Arriba, 1927*

Pero volviendo con Mariano al principio del relato, aquella carta que, Eleuterio, el cartero, entregó a Juana, claro que tenía otro remitente y el contenido nada tenía que ver ni con la tía Primitiva ni con Cuba. La noche se le hacía eterna pues ni siquiera se movía en la cama para evitar que su esposa Juana le preguntase qué le pasaba. Mentalmente la leía una y otra vez:

*«Querido Mariano: Ya casi no te acordarás de mi, soy Elena. Siempre te llevo en mi corazón, ya que fuiste la persona que dio sentido a mi vida. Como sabes no tuve hijos en mi matrimonio con Ramón pero fruto de aquel encuentro que tuvimos en tu despedida para venirte a España, nació un niño al que puse tu nombre. Es sano y fuerte como tú. Es lo más grande que me ha dado la vida.*

*Nunca te dije nada para no enturbiar la ilusión por volver a tu tierra, que es la mía. Me casé con un hombre bueno, el que le dio sus apellidos.*

*Pero no quería morir sin antes contarte este secreto*

*Con todo mi cariño: Elena».*

Esta noticia le desconcertó y alteró ¡Un hijo!

Qué era mejor, contárselo a Juana o mantenerlo oculto. ¡Ya está! Iría a primera hora a hablar con D. Antonio, ya que siempre tenía un sabio consejo.

Se levantó más temprano que de costumbre. No fue al campo con la excusa de arreglar el cobertizo.

En cuanto se hizo la hora oportuna para ir a hablar con el párroco, allí se encaminó.

D. Antonio le escuchó atentamente, leyendo a continuación la carta.

Se quedó unos momentos pensativo y le dijo: Mira Mariano todos tenemos algún secreto en la vida pero hay que sopesar si con sacarlos a la luz, uno se queda tranquilo y liberado, o por el contrario, es contraproducente y motivo de discordia, desconfianza y, a veces, hasta conlleva la separación de la familia.

Tu hijo está bien y feliz con el que cree que es su padre. Ha pasado mucho tiempo y debes guardarlo como si nunca hubiera ocurrido, de lo contrario se haría mucho daño a ambas familias.

El consejo que D. Antonio dio a Mariano, acertadísimo por cierto, le quitó la pesadilla reconociendo el valor de Elena y el olvido del pasado.

La repuesta que Mariano diera a su esposa, del remitente, aunque engañosa, tenía visos de verosimilitud, dado que la tía Primitiva existía y que además vivía en Cuba.

Seguramente Juana, convencida de la explicación de su marido, lo olvidó todo. O pudiera ocurrir que desconfiara e intentara encontrar la carta que la sacara de dudas. De haber llegado a sus manos, con el silencio, habría logrado la paz en la

familia. Y si la falta de confianza de su esposo le causó algún sufrimiento, jamás lo mostró.

Poco tiempo después ocurrió que Mariano quedó solo pues inesperadamente su esposa murió y una idea comenzó a surgirle en la cabeza: conocer a ese hijo.

Aún se sentía con fortaleza y, ya sin ataduras, emprendería de nuevo un viaje a Buenos Aires.

En su pueblo ya no le quedaban proyectos. Empezó a ver con ilusión el volver a saludar a tantos amigos que allí había dejado. Y a Elena, su primer amor. Se presentaría a ella, como un amigo y, como tal, saludaría a su hijo sin desvelar en ningún momento que era él su padre.

Qué distinto sería este viaje, sin problemas, sabiendo desenvolverse y con una economía desahogada.

Todo se le amontonaba en la cabeza: *¿Seguirá existiendo el «Ligure»? ¿y si viera a Pablo?*

*¿Qué dirán mis hijos y nietos? ¡Al diablo! Ya he cumplido mi obligación con ellos... me voy.*

*Quiero acabar mi vida en esa tierra que tanto me ha dado y quitarles a mis hijos la carga de mi vejez. Aunque aquí se queda mi alma junto a mi esposa Juana. Conmigo va la felicidad que me dio y esa madre que crió y enseñó a los hijos.*

*Vosotros, hijos míos, ya tenéis mis bienes, ahora os corresponde mantenerlos. Luchad por vuestros herederos. Sólo tenéis que mirar para adelante, ningún lastre os restará avanzar con facilidad ni siquiera la preocupación de atender a un viejo con achaques.*

Como ocurría que todos los hijos le ofrecían su incondi-

cional ayuda y atención, el padre les pidió que entregasen a un centro benéfico el valor del tiempo que emplearían con él. Todos se revelaron ante la propuesta. A ello el padre les dijo: *Si no sois capaces de desprenderos de lo que os han dado, cómo podéis dar de lo que os pertenece: vuestro tiempo.*

En ese tiempo todo había cambiado. Los medios de comunicación en nada se parecían a los pasados.

Las diligencias se habían sustituido por veloces autobuses. Los trenes circulaban con mayor frecuencia y habían mejorado sorprendentemente su rapidez y comodidad.

La decisión tomada por Mariano, superadas las influencias de la familia, de los amigos y conocidos, volvería a refrescar su avanzada edad.

Nada en la vida tiene mayor fuerza que la ilusión.

Para este emprendedor no existía la duda de lo incierto.

Retornaba a lo conocido pero, en esta ocasión, la necesidad del trabajo quedaba relegada. al olvido. Ahora el proyecto discurría por otros derroteros.

Al volver a estas latitudes de América recorrería y admiraría los tesoros que la madre naturaleza había regalado a esta parte del mundo. Ahora, a donde libremente decidiera, sin ataduras en el caminar, le acompañarían él mismo y sus pensamientos.

Recordando el pasado volvería a gozar de un mundo nuevo. Y allí, en un lugar de Santa Fe, vería a Elena y... a su hijo.

Y al final de la vida, sin nombre, reposaría en algún lugar desconocido, y por ello, inmortal.

## EPÍLOGO

De alguna manera, todos y cada uno de nosotros caminamos experimentando vivencias de muy diversa naturaleza. Algunas de ellas, las más deseadas, son placenteras y satisfactorias. Otras, quizás inesperadas, son dolorosas y, a veces, causantes de angustia y desesperación. Pero en cualquier caso hay que avanzar y seguir adelante. Y es entonces cuando la vida nos pone a prueba.

El esfuerzo y la ilusión del día a día nos hacen superar-nos a nosotros mismos y nos llevan a conseguir las metas más insospechadas. Asimismo, la honradez nos hace sentir orgullosos de todo lo conseguido, porque de otra forma, mediante ardid o engaño, siempre quedó en nuestra conciencia la decepción de no haber alcanzado los objetivos deseados por méritos propios.

Pero si en verdad hay algo tan importante que siempre hemos de tener presente en todas nuestras actuaciones es la familia. El afecto y el cariño de unos padres, de unos hijos o de unos esposos nos marcan todas las etapas de la evolución, desde la infancia, pasando por la juventud y la madurez, hasta llegar a la vejez. Los consejos y la educación de un padre o de

una madre que desde pequeños asimilamos como algo inherente a nuestra personalidad, nos conducen a tomar las decisiones más adecuadas aunque no siempre obtengamos de ellas el resultado esperado, y que, de no tomarlas, sembraría en nosotros la duda de haber actuado acertadamente.

En definitiva éstos y otros aspectos son los que se intentan reseñar en esta novela con un doble propósito además de entretener, hacer reflexionar a los lectores sobre una serie de valores, en la actualidad casi perdidos, así como hacer ver que, desde el punto de vista del autor, una contrariedad no es una derrota sino un afán de superación y que nunca hemos de olvidarnos de «ser personas».

*Silvia Rubio Condado*

## INDICE

	Pág.
Prólogo .....	5
Cap. I. Mariano proyecta una nueva vida .....	13
Cap. II. El viaje .....	31
Cap. III. La llegada a Buenos Aires .....	81
Cap. IV. Los comienzos reales de un sueño .....	109
Cap. V. Una heroicidad .....	165
Cap. VI. Mariano vuelve a España .....	197
Epílogo .....	237

Cuando nace este relato, la mente se traslada a los lugares y tiempo de aquel momento. Escenarios, comportamiento, vicisitudes, sentimientos, afecto... conforman el largo proyecto, allá por los finales del siglo XIX y principios del XX, justa aspiración de un muchacho, nacido en un pueblo de Castilla, que emigra a Argentina.

Mejorar la situación económica, apoyándose en unos recursos nobles: sacrificio, tenacidad y empeño justifican todo el esfuerzo.

En Mariano se reflejan las vivencias de aquella sociedad, conductas nacidas de una población de Castilla la Vieja, que por alejada de las grandes ciudades, pobres en lo material, guardan la riqueza del honor, honradez y del ingenio.

Buscando el fin, algunas anécdotas, curiosas unas, gloriosas otras, se suceden de modo natural.

Por medio el continuo recuerdo hacia su tierra, el agradecimiento a cuantos le han ayudado, el amor oculto hacia Elena, los agasajos y reconocimiento con todo merecimiento recibidos, sin olvidar las caricias del burro Bartolo y el mastín Luce-ro, un día el castellano regresó a Marmolejo de Arriba. Colmó de cariño a su madre, formó una familia y de nuevo partió.